

**Maestro de Microbiología y de Vida**

# **Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla**

Maestro de Microbiología y de Vida:  
Dr. Manuel A.  
Rodríguez Quintanilla



## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Mtro. Rogelio G. Garza Rivera  
*Rector*

Dr. Santos Guzmán López  
*Secretario General*

Dr. Celso José Garza Acuña  
*Secretario de Extensión y Cultura*

Lic. Humberto Salazar Herrera  
*Director de Humanidades e Historia*

Lic. Edmundo Derbez García  
*Coordinador del Centro de Documentación  
y Archivo Histórico de la UANL*

Editores: Dr. José Santos García Alvarado  
y Dr. Carlos Eduardo Medina De la Garza  
Edición y revisión: Edmundo Derbez García  
Diseño: Alejandro Derbez García

Centro de Documentación y Archivo Histórico de la UANL  
Alfonso Reyes 4000 norte, planta principal de la  
Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías,  
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440.  
Teléfono: + 52 81 8329-4000, Ext. 6578 y 4265

Primera edición, 2021  
© Universidad Autónoma de Nuevo León  
© Centro de Documentación y Archivo Histórico de la UANL

Impreso y hecho en Monterrey, México  
*Printed and made in Monterrey, México*

Maestro de Microbiología y de Vida:  
Dr. Manuel A.  
Rodríguez Quintanilla

---

Dr. José Santos García Alvarado y  
Dr. Carlos Eduardo Medina De la Garza  
Editores

Universidad Autónoma de Nuevo León  
Monterrey, 2021

# INTRODUCCIÓN

**E**ste libro es el resultado del esfuerzo e interés de muchas personas: ex alumnos, colegas y amigos del doctor Manuel Antonio Rodríguez Quintanilla, un profesor universitario del más alto nivel humano y profesional. El origen de la presente obra es el descubrimiento de un manuscrito inédito del doctor Rodríguez sobre el médico y microbiólogo alemán Robert Koch y su descubrimiento del bacilo causal de la tuberculosis. Este manuscrito fue encontrado entre los documentos de la biblioteca personal del doctor, antes de ser entregada a la Biblioteca Universitaria “Raúl Rangel Frías” de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Con el propósito de hacer público este interesante documento, nunca publicado con anterioridad a nuestro conocimiento, pensamos que un marco ideal para presentarlo sería hacerlo junto a comentarios, anécdotas, pensamientos e historias escritas por varias personas, quienes conocieron al Dr. Rodríguez como académico, profesional y ser humano.

Al comunicarnos con ex alumnos, colegas, amigos y familiares del doctor e invitarles a colaborar, tuvimos una decidida y positiva respuesta y sabemos que quienes eventualmente no pudieron enviar un texto, colaboraron igualmente con su buena voluntad y favorables deseos del cumplimiento de esta tarea. Conforme avanzó la idea, pudimos agregar también algunos otros documentos manuscritos encontrados en su biblioteca, para dar así una visión más amplia del pensamiento académico y humano de Manuel Rodríguez.

Es importante mencionar que al rememorar al doctor Rodríguez, es natural y gratificante tener la oportunidad también de recordar a muchos

antiguos profesores, colegas, amigos y colaboradores, de los cuales algunos ya no se encuentran entre nosotros, y que aparecen a lo largo de los escritos al haber compartido con el doctor las circunstancias profesionales y de amistad en el tiempo y el espacio.

Agradecemos a la familia del doctor Rodríguez, su difunta esposa QFB Alma Garza Mercado y sus hijos Manuel, Alma, Jaime y Eduardo Rodríguez Garza, el haber cedido el legado bibliográfico del doctor, hecho sin el cual este proyecto no hubiese tenido un punto de inicio. En esa labor de clasificación y recepción de ese legado, evocamos el empeño y apoyo del director de Bibliotecas de la Máxima Casa de Estudios, Dr. Porfirio Tamez Solís; del M.C. Juan Manuel Adame Rodríguez, ex director de la Facultad de Ciencias Biológicas de nuestra Universidad; y del Dr. José Gerardo Velasco Castañón, exprofesor del Departamento de Microbiología de nuestra Facultad de Medicina. Igualmente agradecemos el apoyo del Dr. José Celso Garza Acuña, secretario de Extensión y Cultura, y del Lic. Edmundo Derbez García del Centro de Documentación y Archivo Histórico de la UANL, por el apoyo y la consecución editorial de este documento, así como a Alejandro Derbez García por la labor de gráfica correspondiente.

Finalmente, y de manera relevante, agradecemos el tiempo y el esfuerzo hecho por todos y cada uno de quienes hicieron posible con sus historias, anécdotas, fotografías y datos, la construcción de este homenaje a un ilustre universitario, que dejó tras de sí una herencia de inspiración que ha trascendido a través del tiempo.

Nosotros solo hemos tenido la fortuna y privilegio de poder editar y conjuntar este material para regresarlo y presentarlo a la comunidad académica, tanto de nuestra Institución como la de todas aquellas en las que el nombre de Manuel Antonio Rodríguez Quintanilla significa algo, y dejar así constancia de la vida de éxito de un hombre dedicado a su profesión. Lo hacemos con afecto, admiración, respeto y agradecimiento.

Los editores

# PREFACIO

**A**l introducirme en este libro se palpa la nobleza de un hombre recordado con cariño por sus actos –cariño que comparto– pues la vida me permitió conocerle, tratarle y disfrutar de las particularidades de un buen hombre. Al leer este libro, además de comentar algunas experiencias personales con el Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla, he querido resaltar algunas de sus cualidades que se documentan por los colegas, amigos, y compañeros de trabajo, con el fin de dar tributo a su memoria.

## LA PERSONA

El Dr. Rodríguez fue siempre una persona estudiosa; pero durante su juventud, fue un joven muy serio, sin embargo, en su adultez denotaba características como su alegría, su sonrisa, su tenacidad, su ánimo contagioso, su gran calidad humana, amable, sencillo, educado, respetuoso, atento a las necesidades de sus colaboradores y sensible ante los problemas personales de cada uno.

El Dr. Rodríguez, en situaciones buenas o malas para el prójimo, tenía siempre un consejo, una actitud noble desinteresada, con conocimiento, capacidad y experiencia de la cual siempre se obtenía orientación y entrega para salir adelante. Estar cerca del doctor, de una gran figura de la Microbiología, no era tanto imponente, cuanto que era más atractiva, paternalista y siempre alentadora. Él insistía en la necesidad de guardar los valores éticos humanos esenciales para la convivencia en grupo.

## EL MAESTRO

Quienes fueron sus alumnos lo consideran un maestro ejemplar, dedicado, alegre y con muy buen sentido del humor. Sus clases amenas mantenían la

PÁGINA OPUESTA.  
El doctor Manuel  
A. Rodríguez  
Quintanilla en  
actividad docente.



atención de los alumnos. Su conocimiento de la Microbiología era muy extenso, el haber realizado su maestría en la Universidad de Michigan de EEUU y su doctorado en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, el participar constantemente en congresos internacionales de prestigio, y el estar continuamente atento a las publicaciones de principales revistas científicas, le permitía tener una excelente visión de la microbiología médica.

Su esmero, estilo y amor por la docencia fue muy fructífero. Como resultado de esto, cientos de los entonces estudiantes sintieron una adicción hacia el conocimiento del mundo microbiano, y su obra ahora se difunde por el mundo.

### **EL INVESTIGADOR**

Investigador nato, enamorado del microscopio, estaba al tanto de los avances científicos en la Microbiología. Con sus discusiones sobre los tópicos recientes, contagiaba para acudir a la biblioteca departamental de Microbiología, que contaba con una elegante colección de revistas científicas. Con su forma de ser, promovía en sus alumnos que la reflexión, objetividad, curiosidad, disciplina, orden, compromiso y pasión son esenciales para llevar al cabo la investigación. Siempre estuvo atento a concentrar sus esfuerzos para estimular la investigación microbiológica, generando proyectos de investigación, organizando eventos científicos, promoviendo alumnos para presentar trabajos en congresos nacionales e internacionales, publicando trabajos científicos en las mejores revistas de su área, todo para que el nombre de la Universidad Autónoma de Nuevo León brillara tanto a nivel nacional como internacional.

### **EL INCENTIVADOR**

Él fue una fuente de superación para muchos, siempre suscitando el desarrollo no solo profesional sino personal. En los congresos nacionales e internacionales, saludaba con alegría y te presentaba a otros grandes de la Microbiología. Atento estaba a situaciones personales de colegas y alumnos, tratando siempre de dar ánimo y consejo.

Una de las situaciones que se comentan más es el sentirse bien recibido, bien tratado por el Dr. Rodríguez. Esto era un común denominador ya fuera en el Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina, de la oficina de Posgrado de Rectoría o en el Departamento de Microbiología e Inmunología de la Facultad de Ciencias Biológicas, ya

que su armonía contagiaba al resto del personal desde profesores, trabajadores, estudiantes, instructores de pregrado, servicio social y posgrado.

### **SUS FRASES**

El Dr. Rodríguez era un hombre de frases para diversas circunstancias; algunas para alegrarte, otras para aconsejarte, o bien para animarte: “La paciencia trae rosas”, “Tú ten fe”, “¿Qué es lo peor que puede pasar?”, “Sí y No, en ese orden”, “Acuérdate que las cosas caen por su propio peso”, “cuando seas general, sé un buen general, cuando seas soldado, sé un buen soldado”, o “jahh que divertida te estás dando!”. Éstas se han quedado en el recuerdo de muchos de nosotros, y su sabiduría nos sigue ayudando en nuestras vidas.

### **EN CASA**

El Dr. Rodríguez provenía de una típica familia norteña, trabajadora, con buen sentido del humor, la cual se componía de ocho miembros, sus padres, don Manuel y la señora Fannié, y sus hermanos, Irma, Judith, Leonel, Roger y Fannié.

Se casó con su apreciable “primera esposa Alma” (así la presentaba, con una sonrisa), con quien vivió muy feliz y con quien muchos compartimos bellos momentos en familia. Ellos procrearon a Manuel, Almita, Eduardo y Jaime, formando una bella familia.

En su casa, gustaba de la lectura, tanto de ciencia como de otros temas, así como de escuchar música clásica. Disfrutaba preparar el desayuno, y como en ciencia, buscaba nuevas recetas y modalidades para innovar.

### **EL ADMINISTRADOR**

Su legado dejó huella en muchas generaciones que él formó directa e indirectamente, no solo como maestro sino como funcionario académico, ya que participó en la organización de los estudios de posgrado de la Universidad Autónoma de Nuevo León y de la Facultad de Medicina. El Dr. Alfredo Piñeiro López, siendo rector de la UANL, le invitó como director de Posgrado e Investigación. La visión y liderazgo académico, así como su pasión por la investigación científica sin duda en su mente vislumbraban la necesidad de los estudios de posgrado, por lo que el Dr. Rodríguez desarrolló el Reglamento de Posgrado e Investigación de la UANL, así como la formación de las primeras y múltiples maestrías y los primeros doctorados que emergieron. Este fue el despegue de nuestra

Universidad como institución de clase mundial, gracias a la entrega, a la gestión de un líder con un gran respaldo académico.

### **EL COLEGA**

Gracias al esfuerzo y al interés que siempre lo caracterizaron, el doctor Rodríguez estableció relaciones sinérgicas con distinguidos profesores como el Dr. Oliverio Welsh Lozano, el Dr. Juventino González Benavides, el Dr. Corando Sáenz, el Dr. Wilfrido Bustos, el Dr. Mario Cesar Salinas, el Dr. Jorge Valenzuela, el Dr. Luis J. Galán Wong y muchos otros que contribuyeron a consolidar áreas localmente como la Infectología, la parasitología con la Micología, la Virología, la Inmunología, la Microbiología industrial, entre otras, y en todas estas áreas, contribuyó a la formación de distinguidos profesores.

A nivel nacional, destaca su relación de trabajo y amistad con prestigiosos profesores como el Dr. Sergio Estrada Parra, Dra. Lydia Mota, Dra. Silvia Giono Cerezo, el Dr. Raúl Romero Cabello, el Dr. Ramón Becerril Luna, el Dr. Carlos Garrocho Sandoval, el Dr. Jaime Mendiola Gómez, el Dr. Adolfo Pérez Miravete. Sus colegas extranjeros como el Dr. Vulus Raymond Dowell, del CDC de Atlanta Georgia; Ronald Labbé de la Universidad de Massachusetts, Moselio “Elio” Schaechter, profesor emérito en Tufts University; o el Dr. Richard A. Finkelstein de la Universidad de Missouri, solo por mencionar algunos que entre muchos otros pudimos conocer, y a quienes al igual que a nosotros encantaba con su sangre liviana para envolvernos en el maravilloso mundo de la Microbiología.

Agradezco la oportunidad de haberle conocido, de haberle tratado, de disfrutar juntos momentos en la vida, pero sobre todo de haber sido testigo de su ejemplar vivir y de su formidable trascendencia.

Reyes S. Tamez Guerra

**Dr. Reyes Tamez Guerra.** QBP. Doctor en Ciencias por el Instituto Politécnico Nacional, ex director de la Facultad de Ciencias Biológicas, ex secretario general y ex rector de la UANL. Ex secretario de Educación Pública de México. Profesor Emérito de la UANL y miembro del SNI nivel II.

# SEMBLANZA

DEL DR. MANUEL A. RODRÍGUEZ  
QUINTANILLA

SEMBLANZA



# UN EJEMPLO A SEGUIR

**E**l Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla nació en Nuevo Laredo, Tamaulipas; sus padres fueron don Manuel Rodríguez Ortega y doña Fannié Quintanilla Espinosa. Fue el primogénito de seis hijos; sus estudios, hasta la preparatoria, los realizó ahí mismo, en su tierra natal. Se trasladó a la ciudad de Monterrey para llevar a cabo sus estudios profesionales en la Universidad de Nuevo León, en donde obtuvo su Licenciatura de Químico Farmacéutico Biólogo en la Facultad de Ciencias Químicas, en el año de 1950.

Con ese entusiasmo que lo caracterizaba, realizaba investigaciones y estudios bacteriológicos. Su vida siempre estuvo ligada a la Microbiología, pues su tesis profesional versó en esta rama. Sus estudios de posgrado, para obtener el grado de Maestro en Ciencias con especialidad en Bacteriología, los llevó a cabo en la Universidad de Michigan en el año de 1957; y el Doctorado en Ciencias, especialidad en Microbiología, en el

---

**Nota de los editores:** Esta semblanza que se presenta fue escrita por la Maestra Alicia Suárez Semour, profesora del departamento de Microbiología, quien trabajó con el Doctor Rodríguez por más de treinta años. Fue originalmente publicada en el CD conmemorativo que acompañaba al libro *Reflejo de Alma Rodríguez* de 2006. Asimismo, existe una semblanza escrita por la maestra Esperanza Torres de Navarro publicada en el *Boletín Informativo* de la Sociedad de Química de México, sección Nuevo León y el Colegio de Químicos de Nuevo León, A.C., en el número 4 del año 1996.

PÁGINA OPUESTA.  
Foto infantil del Dr.  
Rodríguez, fecha  
desconocida, en  
Nuevo Laredo,  
Tamaulipas.

SEMLANZA

El Dr. Rodríguez en  
pose juvenil y  
suficiente en  
Nuevo Laredo,  
Tamaulipas.



Instituto Politécnico Nacional en la Ciudad de México en el año de 1968, con su tesis titulada “Estudios sobre el mecanismo antimicrobiano de alcoholes primarios”.

Su entrega hacia la docencia se ve reflejada mucho antes de obtener su licenciatura; ya que se involucró en la noble y apasionante tarea de la enseñanza, un año antes de obtenerla, siendo profesor de Microbiología General en 1949. Algunas otras materias que impartió fueron la de Bacteriología Médica en 1951, e Inmunología de 1952 a 1954 en la Facultad de Ciencias Químicas de la UNL.

Por su arduo trabajo y dedicación, en el año de 1957, recibió el nombramiento de Maestro de Tiempo Completo en la Facultad de Medicina de la UNL en la materia de Microbiología Médica para la carrera de Médico Cirujano Partero, así como también de las materias de Microbiología Básica y Microbiología Médica Diagnóstica en la carrera de Laboratorista Clínico Biólogo.

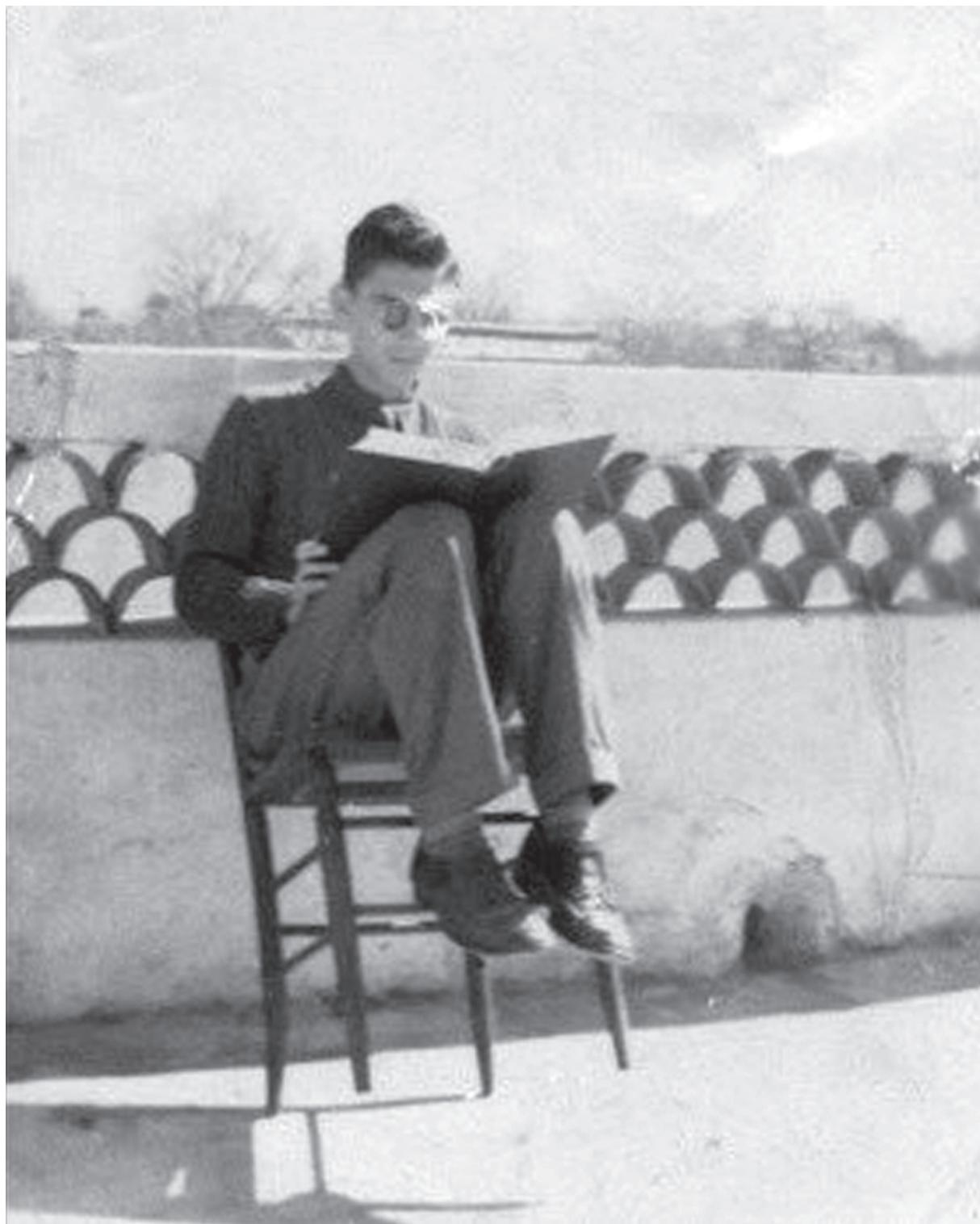
Un año más tarde, el 21 de mayo de 1958, el Honorable Consejo Universitario le otorgó el nombramiento de jefe del Departamento de Microbiología en la Facultad de Medicina de la UNL, cargo que desempeñó siempre de manera digna, recta y honorable, hasta el mes de mayo del año de 1996.

El Dr. Rodríguez se distinguió por ser un excelente maestro, ameno, motivador, con un buen sentido del humor, usando frases célebres y algunos chistes, que hacían muy amenas sus disertaciones.

Contribuyó a la formación de muchas generaciones tanto de médicos como de Químicos Clínicos Biólogos, carrera a la que impulsó en el área Microbiológica y de la que también fue maestro.

Por su interés, en la formación de maestros en el área de Microbiología, inició a dar cursos de posgrado, tanto él, como con maestros invitados del Instituto Politécnico Nacional y de la Universidad Nacional Autónoma de México, dando inicio a un programa de Maestría en Ciencias con especialidad en Microbiología Médica, el cual fue aprobado por el Honorable Consejo Universitario.

Por sus amplios conocimientos y capacidades fue miembro de un gran número de asociaciones; una de ellas, la Asociación Mexicana de Profesores de Microbiología y Parasitología en Escuelas de Medicina, A. C., de la que fue pilar muy importante desde sus inicios en el año de 1963, siendo



miembro distinguido por su interés en el crecimiento y desarrollo de esta asociación, cuyo objetivo es propugnar por el mejoramiento de la enseñanza de la Microbiología y Parasitología en escuelas de medicina de nuestro país. Fungió como presidente de ésta, los años de 1973 y 1974; y en noviembre de 1995 se le rindió un homenaje por su trayectoria.

Con gran liderazgo, responsabilidad y autoridad, algunos de los puestos que desempeñó en la Facultad de Medicina fueron: secretario de Ciencias Básicas para Estudios de Posgrado (1968-1970), coordinador de la Maestría en Microbiología hasta mayo de 1996, secretario de Ciencias Básicas, División de Graduados (1977-1979), director general de Estudios de Posgrado de la UANL (1979-1987), presidente del Comité de Doctorado de la Subdirección de Estudios de Posgrado (1984-1987), miembro del Comité de Doctorado en Ciencias (1987-1996) y miembro de la Comisión de Currículum (1987-1993).

Asimismo, por sus valiosos triunfos logrados, cabe mencionar que se integró a numerosas e importantes agrupaciones científicas, algunas de las cuales encabezó atinadamente: fue presidente de la rama nuevoleonesa de la Asociación Mexicana de Microbiología (1960-1964), presidente de la Asociación Mexicana de Microbiología (1964-1966), representante ante la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) México (1984-1990), miembro del Comité de Asesores de Educación Continua de la Universidad Autónoma de Guadalajara (1985-1988), miembro de la Comisión Intersectorial para la Educación en Salud, México (1987-1990), miembro de la Comisión Técnica para la Normatividad del Posgrado (CONAPOS) SEP (1989-1990), y miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 1993 hasta su fallecimiento.

Maestro incansable y trabajador, por su constante labor se hizo acreedor a destacados premios y reconocimientos, recibió Diploma y Medalla “Louis Pasteur” al Mérito Microbiológico, México, en mayo de 1989; Premio de Investigación Científica de la UANL en el área de Ciencias de la Salud, correspondiente al año 1990; Premio al Mejor Trabajo de Investigación para la Industria Farmacéutica, México, D. F. (1992); recibió homenaje de la Asociación Mexicana de Bacteriología Clínica (AMBAC) el 1 de marzo de 1996; el Honorable Consejo Universitario de la UANL, le otorgó la más alta distinción al designarlo Maestro Emérito, el 15 de

PÁGINA OPUESTA.  
El Dr. Rodríguez en  
su juventud en  
Nuevo Laredo,  
Tamaulipas.



El Dr. Rodríguez con Alma Garza Mercado en el Congreso Latinoamericano de Microbiología, México, D. F., octubre de 1958. Aparecen en la segunda fila de abajo hacia arriba y de izquierda a derecha.

julio de 1996, con base en sus brillantes antecedentes académicos y a su reiterada entrega a las mejores causas de la Universidad. Además, ese mismo año, la Sociedad Química de México, sección Nuevo León, le otorgó el premio “Xorge A. Domínguez”; y el 11 de julio de 1997 se hizo acreedor *post mortem* a la Medalla al Mérito Cívico “Presea Estado de Nuevo León”, por su arduo camino en el campo de la investigación científica.

El Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla falleció el 10 de diciembre de 1996 en Monterrey, Nuevo León.

Forjador de muchas generaciones de médicos, de químico clínico biólogos, de maestros en Ciencias y de doctorados, dirigió 36 tesis de licenciatura, 18 de maestría y ocho de doctorado, además de publicar un gran número de artículos científicos en revistas científicas nacionales y extranjeras, y participó en la autoría y edición de libros relacionados a la Microbiología.

Todos lo recordaremos como el gran maestro, investigador y científico.

En reconocimiento al historial del Dr. Rodríguez, así como el apoyo siempre incondicional a los químicos, se instituyó en el año 2002 el Premio

Matrimonio con  
Alma Garza  
Mercado, 1958.



a la Investigación “Dr. Manuel Antonio Rodríguez Quintanilla”, el cual se entregó al mejor trabajo de investigación en el 2º Congreso Nacional de Químicos Clínicos y Medicina de Laboratorios, organizado por la Federación Nacional de Colegios de Químicos Clínicos, llevado a cabo en Nuevo Laredo, Tamaulipas.

A partir del año 2005, además del diploma, se hace entrega de la medalla “Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla” en cada congreso.

El Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla, con su vida tan productiva, dejó un legado de ejemplo y trabajo a seguir como investigador, científico, maestro incansable por su dedicación y entrega a la noble labor de la enseñanza. Para su familia: un ejemplar esposo, padre y abuelo. Y para todos los que lo conocimos y colaboramos con él: un ejemplo a seguir, por su amplia trayectoria profesional y educativa; pero, sobre todo, por su trato amable y cordial, así como su amistad que brindó en vida a cada uno de nosotros.

El Dr. Rodríguez y su esposa Alma Garza Mercado durante un descanso de un Congreso en New Orleans, Estados Unidos, 1992.



# ESCRITOS

DEL DR. MANUEL A. RODRÍGUEZ  
QUINTANILLA

# EL CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DEL GERMEN CAUSAL DE LA TUBERCULOSIS

En Homenaje a Robert Koch

“ Era un 24 de marzo de 1882 y estábamos en una habitación pequeña de unos 10 o 15 metros asignada al Instituto de la Sociedad Fisiológica de Berlín, donde se nos había invitado para escuchar un trabajo que presentaría una serie de demostraciones de un médico, oficial del Ministerio de Salud Imperial que se llamaba Robert Koch...”

Así nos relata en sus propias palabras Paul Ehrlich (1854-1915). En ese salón adjunto de la biblioteca del Instituto de Fisiología de la Universidad, se amontonaban 72 sillas y estaba al frente una gran mesa donde se encontraban unas 200 preparaciones microscópicas. La sesión comenzó presidida por el fisiólogo profesor Emil Du Bois-Reymond (1818-1896). El salón estaba lleno a toda su capacidad. Robert Koch, quien ya había ganado cierta reputación con sus exitosos trabajos en Ántrax y en el desarrollo de métodos novedosos para el estudio de las bacterias, empezó a hablar en forma lenta y deteniéndose en su discurso frecuentemente. Sin

---

**Nota de los editores:** Este texto inédito “El centenario del descubrimiento del germen causal de la tuberculosis. En homenaje a Robert Koch”, escrito por el Dr. Manuel A. Rodríguez fue encontrado por uno de nosotros entre sus escritos en su biblioteca, cuando la misma fue desmontada y empacada para ser donada a la Biblioteca Universitaria “Raúl Rangel Frías” de la Universidad Autónoma de Nuevo León en mayo de 2016. El texto tenía varios borradores, con correcciones hechas a mano, y una versión aparentemente final, la cual es reproducida aquí. No hay en alguna página de los borradores indicios de la fecha de elaboración, pero es factible que se haya escrito a fines de 1981 o inicios de 1982, ya que como su nombre lo indica, buscaba ser un homenaje a Robert Koch en el centenario de su descubrimiento revolucionario, dado a conocer en marzo de 1882. La fuente principal de información consultada por el doctor Rodríguez es con mucha probabilidad el libro *Milestones in Microbiology* de 1961, obra del microbiólogo norteamericano Thomas D. Brock (n. 1926), un profundo conocedor de la vida y obra de Koch.

embargo, a medida que empezó a tomar confianza, comenzó a manejar sus ideas en una forma segura y brillante.

Koch relató cómo había empezado sus primeras inoculaciones de tejidos infectados de un mono tuberculoso a cobayos el 18 de agosto de 1881 y como realizó sus experimentos de manera tal, que logró demostrar la capacidad de esos tejidos de transmitir la tuberculosis experimentalmente. Explicó cómo encontró un microbio de forma bacilar, cómo logró teñirlo tanto de biopsias como de fluidos de los animales enfermos y cómo hizo que el germen creciera y se desarrollara en medios de cultivo líquidos y sólidos. Asimismo, demostró también la transmisión por vía aérea en solo unos 8 meses de trabajo en su laboratorio.

“La presentación –dice Paul Ehrlich– mantuvo al auditorio fijo en sus asientos, y por unos momentos después que había terminado su disertación, se percibió un largo silencio en aquel pequeño salón y de pronto, arrancó un entusiasta y largo aplauso. Muchos de los presentes se levantaron y caminaron hacia Koch para felicitarlo personalmente. Todos aquellos que estuvimos presentes aquella noche, nos sentimos profundamente conmovidos y esa sesión ha sido conservada en mi memoria como una de las experiencias científicas más grandes de mi vida”.

He aquí algunos de los pasajes de la presentación de Koch aquella noche memorable:

El descubrimiento de Villemain (Jean-Antoine, 1827-1892) de que la tuberculosis puede ser trasmitida a animales ha sido confirmada repetidas veces, aunque algunas personas se oponen sobre bases bastante aceptables de manera tal que hasta muy recientemente no ha sido posible determinar con certeza si la tuberculosis es una enfermedad infecciosa o hereditaria. Si la importancia de una enfermedad para la humanidad es medida por el número de muertes que causa, entonces la tuberculosis deberá ser considerada como muy importante y deberá ser más temida que otras enfermedades infecciosas como la peste, el cólera y otras parecidas. Las estadísticas han mostrado que un séptimo de todos los humanos muere de tuberculosis. Su naturaleza y causa ha sido estudiada por muchos, aunque no se han obtenido resultados satisfactorios. Los métodos de coloración que han sido tan útiles en la demostración de otros

microorganismos patógenos, han sido totalmente ineficientes aquí. Además, los experimentos que han sido diseñados para el aislamiento y cultivo del virus\* de la tuberculosis han fracasado, de tal manera que Cohnheim (Julius Friedrich, 1839-1884) ha sido obligado a señalar en su nuevo libro de conferencias sobre Patología General que la demostración del “virus” de la tuberculosis es aún un problema no resuelto.

Respecto a mis propios estudios sobre la tuberculosis, empecé utilizando los métodos ya conocidos sin ningún éxito. Sin embargo, algunas observaciones casuales me indujeron a empezar a trabajar en una nueva dirección, que finalmente me ha llevado a resultados positivos.

El objetivo final del trabajo fue primero la demostración de una estructura extraña a nuestro cuerpo, la cual pudiera ser identificada como el posible agente casual. Esta comprobación fue posible a través de cierto procedimiento de coloración que me ha permitido descubrir una bacteria con características hasta la fecha no descritas y que está presente siempre en los órganos alterados por la tuberculosis.

El material para el estudio fue preparado en la forma habitual que se usa para el estudio de las bacterias patógenas. Este material fue extendido en portaobjetos, secado y calentado o bien el material cortado en pequeños pedazos y después deshidratado con alcohol. Las extensiones en portaobjeto o las piezas de tejidos fueron colocados en una solución de colorante que contenía 200 cc de agua destilada y 1 cc de una solución concentrada alcohólica de azul de metileno. Fueron agitados y después se les agregó 0.2 cc de una solución de hidróxido de potasio al 10%. El material para ser teñido deberá permanecer en esta solución durante 20-24 horas. Si esta solución concentrada es calentada a 40°C en un baño de agua el tiempo puede acortarse hasta en  $\frac{1}{2}$  a 1 hora. Los portaobjetos son entonces sumergidos en una solución acuosa recientemente filtrada de Vesuvina por 1 o 2 minutos y luego enjuagados con agua destilada.

---

\* Koch usa aquí el término “virus” como equivalente a “germen”.

Bajo el microscopio, las estructuras de estos tejidos animales tales como el núcleo de las células y sus productos de degradación son de color café, mientras que las bacterias de la tuberculosis se observan de un hermoso color azul. Realmente, todos los otros tipos de bacterias, excepto la bacilo de la lepra, toman un color café. El contraste entre los tejidos de color café y las bacterias azules del germen de la tuberculosis es tan grande que aun presente este germen en pequeños números puede ser fácilmente encontrado y reconocido.

Las bacterias visualizadas por esta técnica muestran características muy distintas. Son gérmenes en forma de bacilos que por lo tanto pertenecen al grupo de los *Bacillus*, son muy delgaditos y son solamente  $\frac{1}{4}$  ó  $\frac{1}{2}$  tan largos como el diámetro de un glóbulo rojo, pero ocasionalmente pueden llegar a ser tan largos como un eritrocito. Poseen una forma y tamaño que es sorprendentemente parecida a la del bacilo de la lepra. Encontré que en todos los tejidos donde se demuestra un proceso tuberculoso, estos bacilos pueden ser encontrados en grandes números. Generalmente se les halla en pequeños grupos o bien en montones o haces y frecuentemente se encuentran dentro de las células de los tejidos. Tan pronto como el máximo de la formación del tubérculo ha pasado, los bacilos se van haciendo más raros aunque todavía se presentan en pequeños números o solo en las orillas de la masa del tubérculo, mostrando bacilos pobemente teñidos y algunos de ellos casi invisibles, los cuales probablemente están en el proceso de morir o están ya muertos. Finalmente, pueden desaparecer completamente pero esto ocurre solo en forma muy rara, o bien, solo en aquellos lugares en que el proceso tuberculoso se ha detenido completamente.

Sobre la base de muy extensas observaciones en tejidos sanos y enfermos la presencia de este microbio ha sido tan constante que considero que esto es una prueba de que en todas las lesiones tuberculosas del hombre y los animales, este germen podrá ser demostrado, y creo firmemente sea el agente causal de la tuberculosis con propiedades muy específicas que permiten diferenciar de los pocos microorganismos que hasta la fecha conocemos.

A partir de esta correlación de la presencia del germen de lesiones tuberculosas no necesariamente debe deducirse que el fenómeno de la enfermedad tuberculosa y la presencia de los bacilos esté relacionada causalmente. Sin embargo, un alto grado de probabilidad para esta relación causal puede ser inferido de la observación de que los bacilos se encuentran cuando la lesión tuberculosa está en pleno desarrollo y progreso, y de que estos mismos bacilos desaparecen cuando la enfermedad va cediendo y finalmente se extingue. Con el objeto de probar que la tuberculosis es causada por la penetración al cuerpo de estos bacilos, y que la enfermedad es causada por el crecimiento y la reproducción de estos mismos bacilos, el microorganismo debe ser primero aislado del cuerpo enfermo y cultivado en el laboratorio en forma pura, de manera que pueda ser liberado de componentes enfermos de los tejidos del propio paciente y que puedan adherirse al bacilo. Después de esto, los bacilos aislados y limpios deben transferir la enfermedad a otros animales y causar el mismo cuadro clínico que se presentó en los animales o pacientes que estaban enfermos en forma natural.

No describiré todos los experimentos preliminares que me ayudaron a resolver este problema, solamente señalaré el método que finalmente nos dio resultado. El principio de este método está basado en el uso de un medio de cultivo sólido, transparente, el cual puede permanecer sólido aún a la temperatura del incubador. La ventaja del uso de un medio sólido en la investigación bacteriológica para la producción de cultivos puros la he presentado en otros trabajos antes (*Zur Untersuchung von pathogenen Organismen*, 1881).

El suero sanguíneo de una vaca o de un borrego, que debe obtenerse en la forma más pura posible, es colocado en tubos de ensayo con tapón de algodón y calentado cada día por 6 días durante una hora a 58°C. En este medio sólido de suero sanguíneo el material tuberculoso es tomado de la siguiente manera: el método más sencillo consiste en colocar tejido enfermo sobre su superficie... Los tubos de ensayo son entonces colocados en el incubador y son incubados por un largo tiempo a 37-38°C. Durante la primer semana no hay ningún cambio que pueda ser observado. Sin embargo, si se

desarrollan bacterias los primeros días alrededor del inóculo y aparecen como pequeñas gotas de color blanco, gris o amarillentas se trata de una contaminación y el experimento de considera fallido. El crecimiento del bacilo tuberculoso puede ser observado a simple vista aproximadamente durante la segunda semana de la siembra, ocasionalmente para el día décimo, como puntos pequeños secos y de aspecto costroso... el crecimiento del cultivo cesa después de algunas semanas y un crecimiento más extenso probablemente no ocurra, debido a que los bacilos han perdido su propio poder de movimiento.

De los cientos de cobayos que he comprado y que ocasionalmente he disecado para examinar sus tejidos, nunca he encontrado un solo caso de tuberculosis natural. En la tuberculosis natural de estos animales, los ganglios bronquiales se inflaman y se llenan de pus, y en el pulmón se desarrolla una masa cremosa y caseosa, distribuida en el tejido en una forma muy parecida al absceso tuberculoso del humano. Sin embargo, los animales han sido inoculados con tuberculosis, muestran un cuadro clínico totalmente diferente. El lugar de inoculación habitualmente es el abdomen, cercano a la zona inguinal. Esta parte primero se hincha y da una indicación inequívoca de que una infección ha ocurrido. La infección continua a paso muy acelerado y pronto se puede observar que otros tejidos, particularmente el bazo y el hígado, muestran lesiones tuberculosas muy evidentes. Por lo tanto, no es nada difícil diferenciar entre la tuberculosis inducida artificialmente y la natural. Considerando estos hechos, se puede concluir que es relativamente confiable asegurar cuándo la tuberculosis, en el animal experimental, es producida por la inoculación del material por el investigador y no por otra acción propia del animal.

Si uno repite este tipo de experiencia en muchos animales, el cuadro clínico que desarrollan es el mismo y se obtiene gran reproducibilidad experimental. Se pueden desarrollar en medios de cultivo sólidos bacilos de la tuberculosis fácilmente a partir de las lesiones de los cobayos, o bien de los pulmones de los monos así como de cerebros y pulmones de humanos que han muerto de la tuberculosis. En todos estos casos el tipo de bacilo es muy semejante, lo cual demuestra

que es el mismo agente causal de esa enfermedad en los diferentes animales. Uno puede inocular cobayos con bacilos de la tuberculosis procedente de monos o procedentes de humanos y el cuadro clínico observado, así como el patológico y los gérmenes posteriormente rescatados, son todos muy semejantes.

Todos estos hechos tomados en conjunto, conducen a la conclusión de que el bacilo presente en las substancias tuberculosas no solo acompañan al proceso tuberculoso, sino que son la causa de este. En el bacilo tenemos por lo tanto el real agente causal de la tuberculosis.” \*\*

La presentación de Koch tuvo una reacción casi inmediata. Paul Ehrlich quedó tan impresionado de la demostración experimental de Koch, que regresó a su laboratorio inmediatamente después de la conferencia y comenzó a trabajar en otro método de coloración para el bacilo. Mientras que Koch usó una solución de azul de metileno alcalino que requería de 20-24 horas a temperatura del laboratorio y vesuvina como colorante de contraste, Ehrlich puso fuchsina o violeta de metilo en agua saturada con amino benzeno, lo cual requería de ácido nítrico diluido y contrastar con un colorante azul o amarillo. De esta manera obtuvo unas preparaciones microscópicas mucho mejores que las que Koch había logrado.

Ehrlich informó de esta tinción perfeccionada en la cual, al igual que Koch, señalaba el concepto de ácido-alcohol resistencia del bacilo de la tuberculosis presentando sus datos ante la Sociedad de Medicina Interna en Berlín el 1 de mayo de 1882.

Tres meses más tarde, Franz Ziehl (1857-1926) de la Clínica Médica de la Universidad de Heidelberg describió otro método de tinción para la Tuberculosis. El patólogo Friederich Carl Neelsen (1854-1894) se hizo de tales experiencias publicadas y presentó un trabajo monográfico en 1892. Esto es lo que sentó las bases de la coloración de Ziehl-Neelsen, tan conocida en la actualidad, para teñir los bacilos de la tuberculosis y de la lepra. Sin embargo, nadie dá ningún crédito por este descubrimiento a Paul Ehrlich, quien junto con Robert Koch, fueron los primeros en señalar

---

\*\* Este trabajo fue publicado bajo el título de “Die Aetiologie der Tuberkulose” en la revista *Berliner Klinische Wochenschrift*, No. 15, Abril 10, 1882, pp. 221-230.

la importancia y la peculiaridad del ácido-alcohol-resistencia de este tipo de microbios.

La presentación de Koch fue difundida a través de diversas publicaciones y en editoriales durante los meses de abril y mayo de 1882. El 20 de abril demostró sus preparaciones microscópicas y anatómicas en el Primer Congreso Médico en Wiesbaden, donde repitió su presentación anterior. Sus hallazgos fueron discutidos por muchos medios muy prestigiados y aun recibió ataques de muchos científicos, tanto en Alemania como en el exterior. Pero nadie pudo, en ningún momento, desmentir la sistemática presentación de datos experimentales tan definitivos.

En 1884 Robert Koch comunicó una extensión de su investigación sobre tuberculosis en otro reporte memorable titulado “Die Aetiologie der Tuberkulose” en la publicación *Mittheilungen aus dem kaiserlichen Gesundheitsamte*, volumen 2, páginas 1-88. Aquí maneja ampliamente el concepto que lo llevó a la demostración del agente causal de la tuberculosis a través de presentar, de una manera lógica y ordenada, el sistema experimental para probar fuera de toda duda que un microbio determinado es el causante de una enfermedad específica; es decir, lo que conocemos actualmente con el nombre de “postulados de Koch”.

Robert Koch nació en 1843 en Clausthal, un pequeño pueblo minero en la zona de la montaña de Harz en Alemania. Sus padres tenían una limitada situación financiera aunque estaban bien dispuestos hacia la educación de sus hijos, ya que Robert era el tercero de la familia de 13. Su padre era un inspector de minas que trabajaba en el gobierno y eventualmente llegó a una excelente posición en ese trabajo. Robert era un niño con muy diversos intereses y lleno de energía. Buen coleccionista de insectos, se encargaba de la alimentación de los pollos, vacas, puercos, caballos y otros animales que la familia poseía. Tenía interés en muchas actividades que incluían la fotografía, el ajedrez, el piano, y se extendieron al plano emocional a la edad de 15 años, cuando se enamoró de su prima Agatha Goediske. Aunque su tía María, la madre de Agatha, rápidamente intervino para frenar el ardor amoroso de Robert, a través de los años siempre mantuvo un gran afecto por Agatha. El desarrollo académico de Robert durante su primaria, secundaria y bachillerato (denominado en Alemania *Gymnasium*) fue calificado según sus maestros entre satisfactorio y muy bueno. Aunque las

circunstancias financieras de una familia con 13 hijos no eran realmente sobresalientes, la familia accedió que Robert fuera a la Universidad y estudiara medicina. Después de una seria reunión de familia se decidió que fuera a la universidad de Göttingen. La Universidad de Göttingen era llamada “la gran escuela en un pequeño pueblo” y en aquella época era una comunidad rural donde las vacas y los borregos pasaban por la calle y podían ser vistos desde la ventada de la Universidad. Koch empezó sus estudios en 1862 y los terminó en 1866. Koch dejó la Universidad de Göttingen llevando consigo su nuevo diploma de médico que decía *Eximia Cum Landa*. Decidió entonces dirigirse a Berlín, que era la Meca de la Medicina, para mejorar sus experiencia clínica, aunque se desanimó un poco debido a que el hospital donde trató de incorporarse no tenía las facilidades que él buscaba para aprender rápidamente. El primer intento para trabajar y estudiar bajo el mando de Rudolf Virchow (1821-1902) no pudo concretarse. A través de recomendaciones de un tío suyo, consiguió un trabajo de asistente en el Hospital General de Hamburgo, donde por primera vez observó el germen del cólera asiático a través de un microscopio. Mientras desarrollaba su trabajo en el hospital y en un viaje a Clausthal, su pueblo natal, en 1867, se comprometió y se casó con Emilie Fraatz (1847-1913), hija del teólogo y superintendente de la diócesis local Wilhelm Fraatz (1803-1878).

El puesto de Koch fue anulado y la joven pareja tuvo que cambiarse primero al pequeño pueblo de Potsdam cerca de Berlín y más tarde en 1869 a Rakwitz, en Sajonia. Se presentó como médico voluntario al ejército prusiano pero se le dio de baja porque los ciudadanos de Rakwitz necesitaban a su médico de regreso. Después presentó los exámenes para médico sanitario y en 1872 se le designó un puesto en Wollstein (hoy en Polonia), donde serviría como oficial de salud pública y médico general. Koch improvisó un laboratorio rudimentario adjunto a su consultorio, donde instaló una incubadora, un lavabo, un pequeño cuarto oscuro y mesas de trabajo. Pronto se vieron colmados de pipetas, tubos de ensayo y otro material de vidrio y, según relata su propia esposa, se pasaba horas cultivando bacterias en extractos de papa y en otros menjurjes hechos por él. En el jardín tenía unas jaulas donde guardaba sus cobayos, conejos y otros animales; sin embargo, los monos que empezó a usar después, los conservaba en el hospital del distrito. Todos

los gastos que tenían que hacer los Koch para estas actividades extra-familiares provenían de su propio sueldo. En 1873 Koch empezó sus estudios sobre el ántrax, una enfermedad muy importante en esa región ganadera y uno de los problemas de salud pública sobre el cual él tenía responsabilidad oficial.

Hasta este momento la teoría de las enfermedades infecciosas causadas por microorganismos apenas empezaba a tomar forma gracias a los trabajos de Louis Pasteur (1822-1895). Sin embargo, faltaba todavía bastante por precisar. No obstante que diversos investigadores habían logrado identificar microorganismos asociados con tejidos enfermos bajo el microscopio –tales como Edwin Klebs (1834-1913), quien demostró la presencia del agente causal de la difteria– la joven ciencia microbiológica no había podido probar que los microorganismos, separados de los tejidos enfermos, eran por sí solos capaces de producir nuevamente la enfermedad en animales de experimentación. A pesar de que Klebs en 1875 presentó un excelente trabajo en el congreso de cirujanos alemanes sobre la teoría de los gérmenes, hombres de gran talla científica como Virchow y el famoso cirujano Carl Thiersch (1822-1895) se oponían a este concepto, ya que no se podía decidir si la putrefacción de los tejidos seguía después de la actividad bacteriana o la bacteria simplemente aparecía donde la putrefacción se había iniciado por otras causas.

Para la primavera de 1876, Koch había hecho numerosísimos experimentos sobre la etiología del ántrax, en los cuales había logrado cultivar un bacilo que formaba esporas directamente de los tejidos de la sangre de borregos enfermos, utilizando caldos de cultivo y algunos medios que podían gelificarse haciendo sólidos y, por lo tanto, permitiendo que las bacterias formaran colonias que podían ser aisladas y estudiadas independientemente. A partir de las colonias se podía repetir el ciclo de vida del germen y aún ser inoculadas en animales normales para volver a producir la enfermedad. Koch estaba seguro de que los problemas más importantes que concernían a la etiología del ántrax ya habían sido resueltos con su metodología, según consta en una nota manuscrita marginal de su bitácora de laboratorio fechada en el mes de abril, aunque ponía una lista de no menos de 32 dudas que requerían más experimentos para ser aclaradas. Preocupado por la posibilidad de que hubiera errores todavía en su trabajo debido a sus técnicas primitivas –como él les llamaba– envió

una carta al profesor Ferdinand Cohn (1828-1898), distinguido investigador y botánico en Breslau, en la cual le decía:

Distinguido profesor:

Estimulado por sus investigaciones bacteriológicas que fueron publicadas en “Contribución a la Biología de las Plantas”, he tenido la oportunidad de estudiar con gran detenimiento, debido a que cuento con mucho material de estudio, la etiología del ántrax... Después de muchos fracasos, finalmente he logrado dilucidar el ciclo de desarrollo del bacilo del ántrax. Yo creo que he confirmado ampliamente que este germe es el agente causal. Sin embargo, estimado profesor, yo estaría sumamente agradecido, que siendo Ud. la máxima autoridad sobre bacterias, pudiera presentarme su crítica a mi trabajo antes de que yo lo presente para publicación. Ya que mi material de demostración no puede ser conservado, pido su amable permiso para demostrarle algunos experimentos críticos durante el curso de varios días en el Instituto de Fisiología Vegetal. Si Ud. me otorga este favor, le sugiero me indique cuál es la fecha más adecuada para hacer mi viaje a Breslau.

Algunos años después, Cohn describió su reacción a la carta enviada por Koch: “Cuando recibí la carta de Koch yo ya tenía algunos años de hacer investigaciones en microbiología y por lo tanto recibía con alguna frecuencia cartas de aficionados a la investigación diciendo que habían descubierto microbios de enfermedades en un campo que apenas empezaba a desarrollarse. Yo realmente esperaba muy poco de la solicitud de un médico desconocido, proveniente de un pequeño pueblo campesino. De todas maneras le escribí diciéndole que me gustaría mucho recibirla con su material”.

Al recibir la respuesta, Koch se trasladó rápidamente a Breslau llegando al laboratorio cargado con equipo (microscopio, animales, preparaciones, etc.). El primer día el profesor Cohn le permitió trabajar en su laboratorio e invitó solamente a un observador, Moritz Traube (1826-1894), uno de los químicos del Instituto que trabajaba en fermentos (enzimas). Después de muy poco tiempo, ambos estaban sorprendidos de la perfección demostrativa de Koch. Cohn nos comenta: “Desde la primera hora me di

cuenta de que este joven médico era un privilegiado de la investigación científica". Durante el segundo día de la demostración experimental, Cohn pidió a todo el cuerpo del Instituto de Patología estar presente en las demostraciones de Koch. Carl Weigert (1845-1904) tenía trabajo de autopsia y no podía asistir, pero el profesor Julius Cohnheim (1839-1884), director del Instituto de Patología sí asistió. Este quedó tan impresionado, como Cohn, después de varios experimentos. Fue entonces cuando Cohn regresó del Instituto de Patología y le dijo a Weigert: "Deje Ud. lo que esté haciendo y vaya a ver el trabajo de Koch, este hombre ha hecho un gran descubrimiento y lo que más sorprende es que ha desarrollado métodos muy sencillos y precisos, creo que definitivos y totalmente de su propia cosecha. No tengo nada más que agregar. Creo que ha hecho un descubrimiento en el campo de la microbiología y estoy seguro que Koch continuará sorprendiéndonos y avergonzándonos con más descubrimientos".

El tercer día de la permanencia de Koch en el Instituto, el grupo de observadores para sus demostraciones experimentales incluían a Cohenheim, Weigert, Ludwig Lichtheim (1845-1928) de la sección de medicina interna, Leopold Auerbach (1828-1897) el histólogo, Traube y el propio Cohn. Koch regresó a su pueblo en un estado de gran excitación, continuó su experimentación con ántrax y finalmente publicó un trabajo sobre la etiología del ántrax, basado en el ciclo del desarrollo del *Bacillus anthracis*, el cual se publicó en la revista editada por Cohn, *Beiträge zur Biologie der Pflanzen* en 1877.

El prestigio de Koch se elevó rápidamente con sus trabajos sobre ántrax entre 1876-1880. Aunque todavía trabajó en su pequeño laboratorio en casa, tuvo gran desarrollo y en 1877 publicó otro trabajo sobre el uso de cierta metodología incluyendo la aplicación de la microfotografía, la cual apenas se estaba desarrollando en aquella época. Posteriormente publicó su monografía en 1878, denominada "Investigación sobre la etiología de las enfermedades traumáticas infecciosas", donde enfatiza la presencia de microorganismos infecciosos en traumatismos, incluyendo gangrena, abscesos, septicemia y erisipela.

A pesar de todo este excelente trabajo, Koch todavía no tenía un laboratorio adecuado para trabajar plenamente. Sus colegas en Breslau trataban de obtenerle un trabajo en el Instituto que le permitiera dedicar

todo su tiempo a la investigación. Fue hasta 1880 cuando fue designado miembro visitante de la Oficina Imperial de Salud Pública en Berlín. En julio de ese año a las secciones de Química e Higiene se les había conseguido un espacio de laboratorio y el lugar designado a Koch fue un pequeño cuarto que tenía una sola ventana.

Pronto se unieron a su trabajo Friedrich Loeffler (1852-1915) y Georg Gaffky (1850-1918). El trabajo incrementó y tuvieron que cambiarse a un cuarto más amplio. La incorporación de Koch generó tanto trabajo nuevo en el Instituto que hubo necesidad de crear una nueva revista para publicación de sus resultados que se llamó *Mittheilungen aus dem kaiserlichen Gesundheitsamte* (Informes del Ministerio de Salud Imperial) apareciendo en su primer número un trabajo de Koch sobre sus estudios con los microorganismos patógenos conocidos hasta 1881.

En 1883 Koch fue nombrado miembro de la comisión para el estudio del cólera en Egipto y en India, y publicó sus descubrimientos en el siguiente año. En 1885 fue nombrado director del nuevo Instituto de Higiene y jefe del Departamento de Higiene de la Universidad de Berlín. En 1890, anunció ante el Décimo Congreso Internacional de Medicina de Berlín que había encontrado la cura de la tuberculosis a través de un componente del bacilo: la tuberculina. Este anuncio demasiado prematuro y sin suficiente apoyo científico le causó posteriormente grandes problemas de prestigio.

Para que siguiera sus investigaciones sin interferencia de la enseñanza y de sus obligaciones de servicio, el gobierno alemán le construyó el Instituto para Enfermedades Infecciosas, localizado en Berlín y ahora denominado Instituto Robert Koch. Allí trabajó de 1881 a 1904 sobre el tema de la tuberculina con verdadero tesón. Se inyectó él mismo y a sus asociados, Shibasaburo Kitasato (1853-1931) y August Wasserman (1866-1925). Más aún, también entró en los experimentos su futura segunda esposa, una guapa modelo y actriz de 20 años llamada Hedwig Freiberg (1872-1945). Koch le dijo que probablemente se pondría un poquito mala pero que no sería tan serio y que no se preocupara, que no moriría. Las inyecciones de tuberculina dejaron a Hedwing Koch con cicatrices por el resto de su vida. Durante todo este tiempo, Koch y sus colegas trabajaban en muchas enfermedades desde el paludismo, la fiebre de Texas, y la enfermedad del sueño hasta la lepra, la tifoidea y algunas otras. Viajó a muchos países del mundo, principalmente África y Asia, en misiones de investigación. En

1905 le fue otorgado el Premio Nobel de Medicina por su trabajo sobre la tuberculosis. En 1908-1909, viajó a Estados Unidos de Norteamérica, donde recibió grandes honores, incluyendo donativos para sus investigaciones. Posteriormente, decidió transportarse a Japón para visitar a su antiguo alumno, el ahora profesor Kitasato, donde permaneció alrededor de 2 meses, maravillado con la cultura japonesa.

En el mes de abril de 1910 Koch experimentó algunos problemas cardiovasculares, entre ellos un ataque cardíaco moderado que lo puso en malas condiciones y decidió dejar totalmente su trabajo para trasladarse a un sanatorio de Baden-Baden. Allí permaneció durante varios días, para morir el 27 de mayo de 1910. Su cuerpo fue incinerado y sus cenizas se encuentran depositadas en el mausoleo del Instituto Robert Koch en Berlín, con un grabado sobre piedra de su fecha de nacimiento y muerte, así como una cronología de sus grandes triunfos.

No hay duda que hombres como Robert Koch aparecen en la historia muy pocas veces. Su genio, su talento, su presencia, su fuerza estaban siempre conducidos al bien de la humanidad sin pedir recompensa alguna.

La humanidad debe mucho a hombres como él y para aquellos que hemos seguido en detalle algunos aspectos de su vida, nos sentimos muy orgullosos de poder escribir algunas notas sobre el primer centenario de uno de sus más significativos descubrimientos.

Dr. Manuel A. Rodríguez  
Jefe del Departamento de Microbiología

## EXTRAORDINARIOS AVANCES DE LA MICROBIOLOGÍA

**C**omo ustedes bien saben, la Microbiología es una ciencia muy joven comparada con otras ciencias del saber humano —ya que empezó hace un poco más de 120 años—, con los trabajos de varios pioneros, pero sobre todo en la sistematización impuesta por los dos fundadores de la Microbiología, Louis Pasteur y Robert Koch.

Si estos dos señores hubieran estado con nosotros esta mañana y hubiesen abordado los temas relacionados con la identificación y clasificación automatizada de los numerosos microorganismos de trascendencia médica y veterinaria, en forma sorprendentemente confiable y también los sistemas usados para determinar la susceptibilidad y resistencia de estos microorganismos a diversos antibióticos, no dudo que se hubieran quedado atónitos sobre los extraordinarios avances de la Microbiología.

En los tiempos de Pasteur y Koch la identificación de los microbios se limitaba a la observación de sus formas y características en medios líquidos, frecuentemente en cultivos mixtos. El uso del agar para solidificar los medios de cultivo permitió, por primera vez, el estudio macroscópico de las colonias de los microorganismos, que con sus diversas formas y colores permitió una clasificación más o menos rudimentaria, pero ya esto fue un gran avance científico.

---

**Nota de los editores:** Este texto corresponde a los comentarios finales del Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla expresados durante el evento “Tendencias en el diagnóstico de identificaciones y sensibilidades bacterianas”, llevado a cabo en el Centro Asturiano Polanco en la Ciudad de México, el 2 de septiembre de 1994, en el que destaca los avances científicos logrados en el campo gracias a la tecnología y al trabajo de la industria especializada, de expertos bioquímicos, ingenieros electrónicos y peritos en computación.

El más detallado estudio de las actividades metabólicas de las bacterias y las levaduras permitió diferenciarlas examinando sus patrones fermentativos y oxidativos de diversos azúcares, como también la identificación de metabolitos diversos que permitían su reconocimiento. Estas reacciones llamadas ahora clásicas se hacían y aún se hacen en tubos de ensayo, siendo para muchos expertos el estándar de oro.

La multiplicación del número de pruebas bioquímicas para la identificación microbiana fue un gran estímulo para los especialistas en la taxonomía de los microorganismos, es decir, el arreglo ordenado de los seres vivos.

La taxonomía, como dicen Cowan y Steel<sup>1</sup>, se parece mucho a lo que es un cocktail: una combinación de tres componentes hábilmente mezclados, de manera tal que el que lo va a beber disfrute el conjunto, pero no pueda discernir entre los componentes individuales.

Los ingredientes de la Taxonomía son:

1. La clasificación, o sea el arreglo ordenado de las unidades.
2. La nomenclatura, o sea el darle nombre a las unidades.
3. La identificación, o sea la caracterización de la unidad definida usando las reglas de la clasificación y de la nomenclatura.

Sin una adecuada clasificación, es imposible nombrarlos racionalmente y sin un sistema en que las unidades tengan nombre y puedan ser definidas, es imposible clasificarlas e identificarlas con otras y comunicar el resultado a una tercer persona. Si esto no se logra en un sistema racional, la estructura del lenguaje de la comunicación de la ciencia resulta imposible.

Originalmente, escoger los procesos bioquímicos para la identificación de los microorganismos, la lectura de los resultados y la estandarización y reproducibilidad de las pruebas era totalmente individual. Hacer la comparación de resultados entre laboratorio y laboratorio era muy difícil, ya que las condiciones de cada prueba variaban de un laboratorio a otro.

Fue aquí donde varios microbiólogos con visión futurista promovieron el control de calidad a través de cepas bacterianas bien caracterizadas y desarrollaron pruebas bioquímicas diversas que tuvieran tres características: una sería la reproducibilidad; otra, la definición de las reacciones de identificación desde el punto de vista bioquímico usando substratos y

---

<sup>1</sup> Cowan and Steel's: *Manual for the identification of medical bacteria*.

reacciones con corte definido y no ambiguo y, por último, la miniaturización de estas pruebas bioquímicas.

La reproducibilidad de las pruebas de identificación se fue resolviendo mediante el uso de muchas cepas de una sola especie y analizando estadísticamente los resultados obtenidos para determinar la decisión de si una cepa es positiva o negativa frente a una prueba.

El asunto de la precisión de las pruebas bioquímicas y su punto de corte es también difícil porque la producción de metabolitos, la cantidad de enzimas que se producen en una población bacteriana es un asunto cuantitativo y no del todo o nada. Por lo tanto, el punto de corte con que se tiene que calibrar una determinada reacción debe ser cuidadosamente decidido.

El problema de la miniaturización era, desde hace mucho, otra meta ya buscada. Es decir, pasar del tubo de ensayo al de placas con hoyos planteaba varios problemas, no solo el tamaño del inóculo celular: también las reacciones bioquímicas tendrían que ajustarse a trabajar con pequeñísimas cantidades de enzimas preformadas o fácilmente inducibles para atacar los substratos también en pequeñas cantidades.

Creo que muchos de los avances logrados modernamente en este campo se debe a la industria especializada y al trabajo de químicos, bioquímicos, ingenieros electrónicos y expertos en computación, que han permitido que esta tecnología pase de lo individual a lo automatizado con fórmulas múltiples y reproducibles.

Nosotros los microbiólogos hemos sido adiestrados en un sistema de identificación bacteriana en esquemas dicotómicos, que producen los conocidos “árboles de decisión” de si una prueba determinada (digamos, oxidasa) es positiva o negativa: uno decide por cuál lado irse para hacer la siguiente prueba y, dependiendo de ésta, hacemos la siguiente, etc. El error está inherente en el método mismo, ya que uno debe seguir religiosamente el esquema y no hay alternativas: no hay variaciones ni biológicas ni genéticas ni químicas, lo cual está muy lejos de la realidad.

La definición de especie no es precisamente una definición estática, sino que cada especie en realidad representa una pléyade de variantes que llamamos clonas y que si bien son muy semejantes entre sí, no responden bioquímicamente en forma igual; por lo tanto, se acepta por ejemplo en los sistemas modernos que la producción de indol es positiva cuando las

cepas de una especie lo producen en cuando menos el 85% de ellas; lo cual quiere decir que cuando tenemos una *E. coli* indol-negativa no deja de ser *E. coli* sino solo una del 15% de variantes indol-negativa. El problema es que aquí cada prueba bioquímica tiene un peso decisivo diferente en los esquemas dicotómicos.

Esto impulsó a Sneath<sup>2</sup> en Inglaterra a hacer un sistema de clasificación de muchas pruebas simultáneas (20 o 30) en las que cada una tuviera el mismo peso decisivo para definir una especie. Esto logró que se obtuvieran patrones de reconocimiento de las especies lo que permitiría huir de un error metodológico; ya que una o dos reacciones que fallen o no respondan solo se cancelan o diluyen entre todas las demás, pero la identificación de la especie no sufre un descalabro serio.

Claro, este número de combinaciones es difícil manejarlo, como lo hacemos en una tabla taxonómica, por lo que debe usarse una computadora. En la lógica binaria de estos sistemas, o se tiene un sí o un no, un positivo o un negativo, o como los expertos lo representan: como 1(+) o 0(-), que en la computadora solo se diferencian en el voltaje de la señal. Por ejemplo, si una bacteria es probada si tiene o no 5 atributos bioquímicos, de los cuales 3 fueron positivos y 2 negativos, el resultado en la computadora sería codificado como 11100, de los cuales el número de combinaciones posibles sería de  $2^5$ , o sea 32 permutaciones, lo que ya indica un poderoso sistema para diferenciar microorganismos.

Imagínense ahora los paneles que las distintas compañías manufactureras, como Merck, ofrecen con 21 pruebas bioquímicas clasificadoras para una cepa bacteriana; darían  $2^{21}$  o sean 2,097,152 combinaciones. Por eso los bancos de datos de identificación microbiana deben ser abreviados a las especies más importantes para un objetivo dado, sea Microbiología médica, veterinaria, industrial o en agricultura, de otra manera sería inmanejable.

Los resultados del ensayo son dados en el porcentaje de probabilidad en que una especie sea identificada sobre un ideal matematizado. Esta es una *Escherichia coli* con un 98% de probabilidad; como para *Escherichia freundii* con un 82% de probabilidad y un *Enterobacter aerogenes* con un 16% de probabilidad.

---

<sup>2</sup> Sneath, Peter H. (1923-2010). Microbiólogo inglés, co-fundador de la taxonomía numérica.

Estos sistemas han evolucionado mucho sobre todo con el uso de nuevos substratos cromogénicos y fluorescentes, fácil y rápidamente atacados por las enzimas bacterianas, dando resultados legibles en 4 horas y aún en 2 horas, lo que permite hacer diagnósticos taxonómicos muy rápidamente. No hay que olvidar que las reacciones que se usan en estos paneles no son del mismo tipo: unas son decarboxilaciones, otras son hidrolíticas, otras de asimilación, otras de fermentación, etc. etc. Y todas tienen sus propias velocidades de reacción y sus condiciones bioquímicas para desarrollarse, así que no se puede esperar que todas respondan igual en forma simplista.

De todas maneras, los productores seleccionan cuidadosamente los substratos a utilizar en cada panel, según su objetivo, sean cocos Gram-positivos, bacilos Gram-negativos, bacterias anaerobias, etc. Y siempre se encuentran con el mismo problema: un alto nivel de identificación reduce el riesgo de cometer identificaciones falsas, pero disminuye la proporción de identificaciones. Un nivel bajo de identificación aumenta el nivel de identificaciones, pero lleva consigo el aumento de identificaciones falsas. Siempre se hace un compromiso práctico y se pide verificar o tipificar con reacciones inmuno-serológicas.

De cualquier forma como se le vea, estos avances tecnológicos han dado un enorme jalón a los sistemas de identificación microbiana en el laboratorio ya que aún con personal con entrenamiento mínimo en Microbiología, se pueden ahora identificar muchas más especies microbianas de importancia médica. Se ha ganado mucho en la reproducibilidad al tener substratos y reactivos estandarizados. Ha bajado mucho la preparación de reactivos y medios de cultivo en el laboratorio con ganancia de tiempo del personal para hacer otras labores útiles de servicio y, sobre todo, ha agregado una sensación de confianza y seguridad, en los químicos, técnicos y jefes, de que sus resultados son confiables y reproducibles.

Sin embargo, todos estos avances en tecnología microbiológica no sirven de nada si no se hace una labor microbiológica pulcra. Hay que recordar que estos sistemas no funcionan correctamente si no se inoculan con células de una sola colonia; es decir, con cepas puras. Muchas identificaciones falsas son reportadas cuando se usan suspensiones de varias colonias que nadie puede probar o asegurar que pertenecen a la misma especie. Lo que se puede ganar en precisión, en exactitud y confiabilidad, se echa a perder

por una pobre técnica bacteriológica. El tener esta tecnología disponible no nos excusa de trabajar bien la Microbiología.

El sistema Sensident, que nos ha presentado ahora Merck, proporciona confiabilidad, rapidez, exactitud y flexibilidad comparables con cualquier otro equipo y sistema que ofrezca la competencia de otras compañías y seguramente vale la pena su utilización en el laboratorio clínico. Todos aquellos que hemos sido invitados a opinar sobre sus ventajas y desventajas hemos dado nuestra sincera opinión sobre esta nueva tecnología.

Como una valiosa adición están los paneles para la determinación de la susceptibilidad o resistencia a diversos antimicrobianos. Los formatos cualitativos de determinar susceptibilidad o resistencia a ciertas concentraciones terapéuticas alcanzables en la sangre y los tejidos del paciente se presentan en varios formatos, siendo leídos visualmente o por medio de un fotómetro, hasta de 40 antibióticos escogidos según el propósito. El panel para determinar la concentración mínima inhibitoria es una aportación esencial para nuestros especialistas en infectología, que requieren mayor precisión en el nivel de susceptibilidad de ciertas bacterias a los antibióticos.

Esta determinación es de gran responsabilidad para el laboratorio y este sistema de ensayar solo las concentraciones terapéuticamente útiles está destinada a substituir a la ya clásica técnica de difusión de discos consagrada por Kirby y Bauer hace ya muchos años y que, creo, que ya ha cumplido con su misión histórica.

Todos aquellos de nosotros que hemos dedicado nuestra vida a la Microbiología vemos con gran admiración los avances que ha tenido en los últimos 10 años gracias a la miniaturización y la automatización, gracias a los esfuerzos de las diferentes compañías como Merck, a la cual debo agradecer la gentileza de invitarme a hacer estos comentarios.

Dr. Manuel A. Rodríguez

## HAY QUE INSPIRAR IDEAS VITALES

**E**stimables colegas y amigos:  
Quiero agradecer a la Asociación de Profesores de Microbiología y Parasitología en Escuelas de Medicina esta honrosa distinción, a quien no tiene más mérito que el de haber persistido en la tarea de la educación por largo tiempo. Para mí, sin embargo, dentro del sinnúmero de actividades que el hombre puede escoger para darle sentido y propósito a su vida, la educación es, sin duda, la más noble y la que más trascendencia tiene en la humanidad.

En mi vida en esta actividad he aprendido cosas elementales, quizá la más importante es que el hombre debe educarse para hacer el bien, no el mal.

En la selva de la vida, el hombre camina y camina. Y puede perderse si no se traza caminos, rutas que le den un sentido a su existencia. Esto es lo que provee la educación: caminos para que la existencia tenga significado y no sea una tragedia.

La cultura nos provee de ideas, sobre nosotros mismos, sobre los demás, la sociedad y el universo. En otras palabras, la cultura es el sistema de ideas que alimenta el espíritu del hombre y le da sentido a su vida. Nosotros somos lo que son nuestras ideas y actuamos basados en ellas.

El hombre nace, vive y muere en un tiempo, en una generación. No la que él escoge, sino la que le toca. Y esta generación que nos toca se instala

---

**Nota de los editores:** Discurso de agradecimiento por parte del Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla en virtud de la distinción conferida por la Asociación de Profesores de Microbiología y Parasitología en Escuelas de Medicina, A. C., en Aguascalientes, Aguascalientes, el 20 de noviembre de 1995.

no en cualquier tiempo, sino necesariamente sobre los hombros de la generación anterior

Esto indicaría que el hombre se educa a la altura de su tiempo y de su generación y, por lo tanto, vive a la altura de su tiempo y de las ideas de su tiempo.

Nosotros aprendemos y enseñamos las ideas de nuestro tiempo y de nuestra generación y estamos atrapados en ella. ¡Vaya tarea que nos hemos echado a cuestas aquellos que nos hemos dedicado toda nuestra vida la educación de las nuevas generaciones!

Los filósofos de la educación nos dicen que nuestros hijos se parecen más a las ideas de su propia generación que a la de sus padres.

¿Cuáles de nuestras ideas vitales vale la pena que les enseñemos, que les sean útiles a su generación, no a la nuestra? No basta con que les enseñemos a realizar un oficio, como el de médico. Eso está bien, y es necesario hacerlo bien y a la altura del progreso biotecnológico.

Pero hay que inspirar algo más, las ideas vitales: dedicación, honestidad, profesionalismo, responsabilidad, respeto a los demás y otros valores trascendentales que el maestro debe transmitir, además de su saber en un campo de la ciencia.

Esta Asociación de Profesores se ha distinguido por preocuparse no solo por su ciencia y por la manera en que se enseña, sino también por transformar los valores de sus maestros y de sus ideas vitales.

Estas ideas y su cariño por sus semejantes, y aderezado a través del tiempo por la amistad, son la vitalidad que esta asociación ha tenido a través de tantos años de reunirse con periodicidad enviable.

Así pues, este reconocimiento no es para mí en esta ocasión, sino también para la propia Asociación y los valores que la han mantenido viva y activa.

De la misma manera, no crean ustedes que los logros de mi vida profesional han sido un éxito propio. Poco hubiera logrado de mi vida útil sin el apoyo incesante y decidido de mi esposa y mis hijos, los que siempre han estado a mi lado en todos los momentos, los buenos y los malos.

Lo mismo debo decir de mis colaboradores, sin quienes muchos de los logros profesionales y educativos que reclamo como propios, se hubieran podido desarrollar. Ellos han colaborado en el Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la UANL a través de tantos

años, y son quienes han influido profundamente en mi actuación profesional y educativa a través de mi vida. Este es el foro más apropiado para hacer yo un reconocimiento a su dedicación, honestidad, amistad y crítica constructiva, de forma tal que es a través de tanto tiempo que juntos hemos constituido un departamento basado en un alto sentido de responsabilidad, orden, confianza y amistad.

Así pues, como ustedes ven, el mérito no solo es mío: es de todos aquellos que me han acompañado en abrir un camino, en realizar una tarea, y con los cuales tengo una gran deuda no solo espiritual, sino de amistad imperecedera.

Reitero a la asociación mi agradecimiento por esta distinción que guardaré junto a mi corazón, y que compartiré siempre con mis dos familias: los de mi casa y los de mi departamento.

Muchas, muchas gracias.

Dr. Manuel A. Rodríguez  
Jefe del Departamento de Microbiología

# TESTIMONIOS

DE SUS AMIGOS, COLEGAS  
Y FAMILIARES

# Dios y mi padre lo pusieron en mi camino

● ROSAURA ADALCO RODRÍGUEZ

Los editores de este texto me pidieron una reseña del tiempo que laboré en el Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la UANL, y sobre mi relación profesional y personal con el entonces jefe del departamento Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla. Para ello me remonto al año 1979, en el mes de febrero, fecha en que falleció mi padre, el sostén de la familia. En marzo de ese año me enteré por el periódico acerca de una convocatoria para ocupar una plaza de trabajo en dicho departamento. Asistí, se me valoró y fui aceptada. Empecé a trabajar en abril de 1979 en el Departamento de Microbiología, “en Micro” y pienso que mi papá, desde donde estaba, habló con Dios y me favoreció por contar como jefe al Dr. Manuel A. Rodríguez. Todo lo que se pueda decir del Dr. Rodríguez es poco. Era una persona amable, educada, justa. Platicaba anécdotas de las que uno se podía pasar horas escuchándolo. Sus clases, a las cuales asistí, eran muy amenas y nada aburridas. Se terminaban muy rápido o al menos eso era lo que nos parecía a nosotros los alumnos. No creo que en lo profesional existiera una persona con el conocimiento que él tenía. Diariamente revisaba revistas internacionales acerca de los nuevos avances y descubrimientos en la Microbiología.

¿Cómo olvidar las llegadas del Dr. Rodríguez cada mañana al departamento? Siempre entraba silbando alguna melodía que denotaba su

---

**Rosaura Aldaco Rodríguez.** Química Fármaco Bióloga (QFB). Con Maestría en Enseñanza de la Ciencias con especialidad en Química. Profesora de Microbiología (1979-2009) en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

amor por esa área física de la Facultad de Medicina. Siempre de muy buen humor, pidiendo su café y sus empanadas de calabaza. No recuerdo haberlo visto enojado y si por algún motivo estaba molesto y te llamaba a su oficina, te dirigías con temor a hablar con él, pero al conversar y darte la orientación debida, te despedía con una palmada en el hombro, que te hacía salir contenta y pensando “aquí no pasó nada”. Así te hacía sentir el Dr. Rodríguez. Sus regaños o llamadas de atención eran afectuosos y sin ánimo de molestarte u ofenderte.

¿Cómo olvidar las fechas de Navidad y día de Reyes? Eran todo un acontecimiento en el departamento. Eran fechas que él fomentaba para convivir con su personal y nos hacía sentir como si estuvieras con tu familia. Y eso era el Departamento de Microbiología para mí en esa época del Dr. Rodríguez, como una segunda familia. Deben saber que a la fecha, después de muchos años de jubilados, nos reunimos y nos vemos con cariño y amor. Esto es consecuencia del trato recibido por el Dr. Rodríguez.

¿Como crecí profesionalmente con la asesoría del doctor? Soy Química Fármaco Bióloga (QFB). Mi trabajo inicial era en un laboratorio de preparación de Microbiología. Gracias al Dr. Manuel pasé a ser primero auxiliar de grupos de laboratorio y luego maestra de grupos de la carrera de Químico Clínico Biólogo (QCB) y Medicina. Me impulsó a preparar carteles para exponer en congresos de la Facultad de Medicina de nuestra Universidad, donde obtuvimos algunos primeros lugares. Gracias a su apoyo al ajustar mi horario, pude concluir las materias que me acreditaron con la Maestría en Enseñanza de la Ciencias con especialidad en Química. En fin, mi crecimiento profesional se lo debo a la asesoría y apoyo del doctor, por lo cual estaré siempre agradecida.

Al estar jubilada y hacer un recuento de mi vida en el departamento de Micro, no me queda más que agradecer a Dios y a mi padre que siempre cuidaron de mí para ser aceptada en el departamento dirigido por el Dr. Manuel A. Rodríguez.

**No creo que en lo profesional existiera una persona con el conocimiento que él tenía.**

# Dios lo puso en mi destino

● ALMA YOLANDA ARCE MENDOZA

**D**icen que recordar es vivir. No hay frase más cierta que esa, ya que los recuerdos maravillosos que tengo en mi mente y corazón de los 20 años que pasé como maestra de Inmunología (sin ser la Inmunóloga que ahora soy) y Microbiología y además como estudiante de posgrado para la Maestría en Microbiología Médica (1983), son únicos y que mi mente no alcanza a entender lo que el destino o Dios me tenían preparado.

Todo empezó en 1967, desde que era yo estudiante del principio del tercer año de la carrera de Laboratorista Clínica Bióloga de la Facultad de Medicina, cuando pasé por el pasillo que me llevaba a mi clase de Patología, en donde se encontraba recargado en la entrada del Departamento de Microbiología, el Dr. Joaquín Ortiz que era el subjefe, y me vio pasar. Me llama y me pregunta que si ya había llevado la clase de Inmunología a lo que yo le contesté que sí. Para mi sorpresa me dice que si quería yo dar esa clase a mis compañeros de años atrás porque la maestra anterior renunció. Yo creo que vio mi cara de asombro con los ojos como platos, por lo que sonrió, y yo aún media impresionada y muy ‘macha’ le dije que sí. Entonces me dijo que fuera a la entrevista al otro día con el jefe, el Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla, lo cual llevé a cabo de inmediato.

---

**Alma Yolanda Arce Mendoza.** Químico Clínico Biólogo (QCB). Maestra en Microbiología, doctora en Inmunología y profesora del Departamento de Inmunología de la Facultad de Medicina y Hospital Universitario de la UANL. Maestra emérita de la Facultad de Medicina de la UANL. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) nivel I.

Grande fue mi asombro cuando lo veo con su cara sonriente extendiéndome la mano con gran calidez y diciéndome: “bienvenida Almita”, ¡ya se sabía mi nombre! Imagínense cómo me sentí desde ese momento. Nunca pensé un recibimiento tan hermoso aún sin conocerme bien y si estaba yo capacitada para ser maestra de mis compañeros que me precedían. Esa fue mi primera impresión de ese gran ser humano, en el que fui aceptada como maestra en 1967.

Del Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla aprendí tanto, que dos cuartillas son pocas para describir todo lo que me enseñó, no solo a nivel profesional y docente, sino como persona. Si de alguien aprendí a superarme y aprender de los errores y no frustrarme ante la adversidad fue él quien me enseñó. Así aprendí a dar clases con tarjetas, donde resumía el contenido de cada tema, aprendí a utilizar el pizarrón con gises de colores para explicar mejor el tema, cosas que agradecieron los alumnos porque entendían mejor y aprendían. Con él tuve la primera experiencia de ir a un congreso y, aunque no lo crean, él lo pagó, casi me llevó de la mano y por supuesto me sentía muy importante estar al lado de un gran personaje de la Microbiología, a quien todos los grandes de esa época lo saludaban con mucha alegría.

Ahora quiero compartir algunas anécdotas que pasé durante esos 20 años que estuve como maestra en el Departamento de Microbiología de esta Facultad de Medicina.

Una ocasión invitó a un maestro alemán a darnos un curso de Entomología, y estudiamos la anatomía de muchos insectos. En una clase necesitábamos cucarachas para hacerles la autopsia (o sea descuajaringarlas para conocer su anatomía), entonces llegó el Dr. Manuel y de su bata sacó un bote lleno de cucarachas y dijo: “me pasé toda la noche correteándolas en mi casa para traérselas junto con mi mujer”, hizo pausa y dijo: “a las cucarachas”. Nos atacamos de risa.

En diciembre siempre teníamos una comida navideña que organizaba Mamá Licha (maestra Alicia Suárez, así le decíamos) y los estudiantes de posgrado, instructores, algunos trabajadores y yo por supuesto,

Si de alguien aprendí a superarme y aprender de los errores fue él quien me enseñó.

Convivencia del Departamento de Microbiología en una finca campestre; de izquierda a derecha de pie: José W. Bustos, Irma Salinas, Lydia Galarza Rocha, Marisela de la Peña, Rolando Tijerina, Alma Yolanda Arce, Irma Rositas, Isidra Hernández, Cristina Cordero, Blanca E. Rodríguez. En cuillillas: Manuel A. Rodríguez, Gerardo Velasco Castañón y Ernesto Araiza.

organizábamos pastorelas con personajes que llevaban el nombre de los demás maestros y no se podía escapar el de ese gran jefe, cuyo personaje generalmente era el diablo. El doctor Manuel se sentaba en primera fila y no paraba de reír viendo su personaje. Era feliz. ¿Quién como jefe se integra a los festejos decembrinos y nos acompaña en otras actividades sociales fuera de la facultad?

Cuando hacíamos algo mal o discutíamos por algo académico, nos regañaba de tal forma que ni nos dábamos cuenta, era muy sutil su forma de regañar. ¡Qué clase de hombre!

Él me debió haber regañado cuando en un Congreso Nacional de Parasitología que se llevó a cabo en las instalaciones de la facultad, un grupo de estudiantes fueron los encargados de amenizar la cena de clausura en el jardín central. Pues yo en la mañana presidí una mesa redonda y en la noche, en la cena de clausura, tocó la estudiantina y me pidieron que llevara al grupo de baile *tahitiano* y *hawaiano*, donde yo bailaba y se me ocurrió salir yo también a bailar; así cuando empezaron los tamborazos todos los





Alma Yolanda Arce,  
Alma Garza de  
Rodríguez y  
Manuel Rodríguez  
Quintanilla en el  
Primer Congreso  
Nacional de  
Inmunología,  
Oaxtepec, 1976.

asistentes se pararon y acercaron a la antigua plazoleta redonda del centro del jardín donde nos pusimos a bailar *hawaiano* primero y luego *tabitiano* y por supuesto yo en el centro. De repente el presidente del congreso le dice a mi jefe al oído: “¿no es ella (apuntándome con el dedo) una de tus maestras?”, y lo que el doctor Manuel con mucha prudencia le contesta: “si, es que ella es muy versátil”. ¡Imagínense el trago que pasó mi querido maestro el Dr. Rodríguez!

La última anécdota muy personal que les voy a compartir y que estoy completamente segura que ningún jefe que conozco incluyendo mi jefe actual, haría lo que él hizo para consolarme. En 1981 yo tuve un novio al que quería mucho, pues una ocasión nos enojamos y yo estaba triste y lloraba. El doctor Rodríguez se percató y cuando yo no estaba dejó en mi escritorio un papelito doblado sobre él, que decía: “Porque llora la niña triste, deja de llorar porque sus lágrimas me entristecen”. ¿Quién se preocupa y hace lo que él con sus maestros? ... perdón, estoy llorando. Es un momento que nunca olvidaré.

¡Al igual, nunca olvidaré al gran maestro y amigo, con el cual tuve la inmensa alegría y gratitud de tenerlo como jefe, y al haber pasado circunstancialmente por ese pasillo, Dios lo puso en mi camino, sin yo saber que era mi destino ser microbióloga y posteriormente inmunóloga!

# Un señor en toda la extensión de la palabra



MARÍA DE LOS ÁNGELES CASTRO CORONA

Como estudiante de la Maestría en Ciencias con orientación en Inmunología, asistí a un seminario departamental a principios del mes de agosto del año 1990. En este seminario un estudiante de doctorado en microbiología presentó su trabajo de tesis. Recuerdo que al inicio del mismo se habló de la bacteria *Nocardia brasiliensis*, hasta ese momento poco conocida por mí. Llamó mi atención el hecho de que la bacteria, utilizada en ese trabajo, había sido identificada por el jefe del Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la UANL, quien además era codirector de la tesis. En esa ocasión solo escuché nombrar al Dr. Manuel Antonio Rodríguez Quintanilla, ya que ese día él no estuvo presente. A la semana siguiente, conocí al doctor que había llamado mi atención en el seminario mencionado, ya que el Dr. Rodríguez era el profesor titular de la materia de Metodología de la Investigación, uno de los cursos que llevaría en mi primer semestre como estudiante de maestría. En este curso estuvimos solo cuatro estudiantes y la clase se llevaba a cabo en una pequeña sala del Departamento de Microbiología, lo que nos permitía tener un diálogo cercano con el Dr. Rodríguez y el maestro Ernst Köhn, el otro profesor del curso.

Recuerdo que el Dr. Rodríguez llegaba silbando alguna melodía y, sonriente, entraba al salón. Era una persona amable, que nos trataba con sincero respeto. Desde el inicio puso a nuestra disposición sus libros y revistas, muchas de ellas encuadradas. Para tener el libro o revista,

---

**María de los Ángeles Castro Corona.** Médica Cirujana y Partera (MCP). Especialista en Pediatría, maestra y doctora en Inmunología. Profesora del Servicio de Inmunología del Hospital Universitario de la UANL. Investigadora del Centro de Investigación y Desarrollo en Ciencias de la Salud (CIDICS) de la UANL.

solo debías hacer un vale sin necesidad de dejar credencial. La condición era que lo regresaras a la brevedad posible. No tengo duda que el vale era solo para saber en dónde estaba el material faltante de su amplio acervo bibliográfico. Al terminar el primer semestre e iniciar mi propuesta de tesis, el doctor fue nombrado miembro de mi comisión. Durante el desarrollo de mi trabajo experimental, acudí con frecuencia con él a solicitar libros, revistas y asesoría en relación a mis tareas. En este periodo tuve la oportunidad de conocerlo más, aunque sin tener una gran relación, ya que nuestras pláticas eran frecuentemente cortas. Alguien podría decir que yo no conocí al Dr. Rodríguez tanto como otros, porque estuve en contacto con él poco tiempo. Pero debo decir que tengo la certeza de haberlo conocido en su esencia aún sin haber compartido mucho tiempo, lo cual es tan cierto como cuando uno no termina de conocer a alguien –o no lo conoce en absoluto— aún conviviendo de manera cercana durante muchos años. El día de mi examen de grado de maestría, el 17 de mayo de 1995, la primera persona que llegó al auditorio 2 del Hospital Universitario fue el Dr. Rodríguez. Al preguntarme “¿cómo estás?”, le dije “muy nerviosa” y con su clásica sonrisa, percibí un aura que iluminaba su cara, me dijo “no tienes por qué estarlo, nadie de los presentes sabe más de tu trabajo que tú misma”, lo que me brindó una gran tranquilidad. Debo mencionar que ese sabio consejo lo he usado, ahora como profesora, con algún estudiante que está nervioso en un caso similar.

Después de su jubilación de la Facultad de Medicina, el Dr. Rodríguez se incorporó a la Facultad de Ciencias Biológicas de la UANL. Como en ocasiones previas, en diciembre de 1996 hablé con él para solicitarle una ejemplar del *Journal of Microbiology*. Me recibió en su oficina con su sonrisa sin igual y después de los saludos, le pregunté sobre el artículo que buscaba. Numerosas revistas se encontraban apiladas sobre su escritorio, sin embargo, no tuvo dificultad para encontrar aquella donde se encontraba el artículo requerido, para copiarlo. Uno o dos días después de esta visita, me enteré que el Dr. Rodríguez había fallecido, lo que me causó una gran impresión y una profunda tristeza.

En el año de 2006 se formó la Sociedad de Egresados del Área Básica (SEAB) de la Facultad de Medicina de la UANL. La sociedad estableció la entrega anual de un reconocimiento a un egresado destacado de los programas de maestría o doctorado. No tuvimos duda de que el reconocimiento debería llevar el nombre de “Dr. Manuel Antonio

Rodríguez Quintanilla” para evocar la memoria de un ser humano excepcional, ejemplar docente y científico. Este reconocimiento de la SEAB se entregó por primera vez en al año de 2008 y lo han recibido egresados de Microbiología y de otras áreas del posgrado. Es notable mencionar que otras sociedades y asociaciones entregan reconocimientos que llevan el nombre del doctor. La Asociación de Infectología del Norte de México A. C. (AINMAC) fue fundada en 1994 por un grupo de profesionales, donde su presidente fundador fue el Dr. Conrado Sáenz Aguirre, y el secretario fundador el mismo Dr. Rodríguez. Después del fallecimiento del Dr. Rodríguez, la AINMAC instituyó un reconocimiento homónimo, entregado a investigadores destacados en el evento científico de dicha

Asociación. El Colegio de Profesionales de la Química Clínica de Nuevo Laredo, A. C., también entrega un reconocimiento con el nombre del doctor. La Federación Nacional de

**[ Las enseñanzas más relevantes las transmitió con su ejemplo, un ser humano congruente. ]**

Colegios de Químicos Clínicos (FENACQC) instituyó un reconocimiento homónimo en el año 2002; y a partir del año 2005, además del diploma se entrega la medalla “Manuel Rodríguez Quintanilla”. El reconocimiento de FENACQC, a diferencia de los primeros, es a nivel nacional, lo que muestra el respeto hacia el Dr. Rodríguez por sus aportaciones a la química clínica y la academia.

En el décimo aniversario luctuoso del Dr. Rodríguez su familia ofreció una comida en su memoria y su hija, la QCB Alma Rodríguez Garza, presentó el libro *Reflejo*, donde conjuntó recuerdos y pensamientos personales. La acertada foto, que es la cubierta de ese libro, transmite mucho de lo que era el doctor en su andar por el mundo. Un señor, en toda la extensión de la palabra, que inspiraba serenidad y confianza. Fue una agradable sorpresa haber sido invitada, ya que a esta reunión asistieron fundamentalmente personas ligadas al Departamento de Microbiología. Fue una alegría estar así, de nuevo y en una forma diferente, con el doctor. Gracias doctor Rodríguez por sus enseñanzas, las más relevantes las transmitió con su ejemplo, un ser humano congruente con sus palabras y sus actos.

# Sentirse bien recibido



JORGE CASTRO GARZA

**E**n febrero de 1984 buscaba un lugar para iniciar una Maestría en Ciencias. En aquel entonces una de las mejores opciones en la ciudad de Monterrey era la Maestría en Microbiología Médica, que ofrecía la Facultad de Medicina de la UANL. Por lo que luego de investigar con quién tenía que hablar, me dirigí al Departamento de Microbiología de dicha facultad. El jefe del departamento era el Dr. Manuel A. Rodríguez. Al llegar a su oficina me recibió su secretaria pidiéndome lo esperara pues aún no había llegado. Tuve suerte, pues sin saber sus horarios no pasaron más que unos minutos y el Dr. Rodríguez llegó. Y esa fue la primera vez de muchas que le oí preguntar por las empanadas de calabaza al llegar. No me hizo esperar, aún sin conocerme me recibió casi de inmediato y me explicó lo básico sobre el posgrado y los trámites a seguir.

Para marzo del mismo año, inicié mi posgrado teniendo como mi asesor interno al Dr. Rodríguez, lo que me dio la oportunidad de entablar una relación asesor-alumno, que continuó a lo largo de la maestría y el doctorado.

Durante el primer semestre de la maestría, tomamos el curso de Bioquímica Microbiana, impartido por varios maestros, entre los cuales estaba el Dr. Jorge Valenzuela Pérez, muy amigo del Dr. Rodríguez.

---

**Jorge Castro Garza.** Químico Biólogo Parasitólogo (QBP). Maestro y doctor en Microbiología. Investigador del Centro de Investigación del Noreste del Instituto Mexicano del Seguro Social. Miembro de la Academia Mexicana de Ciencias. Miembro del SNI nivel II.

Recuerdo que la clase era a las 4.00 pm y cuando al Dr. Valenzuela le tocaba la clase, el Dr. Rodríguez llegaba como a media clase, se sentaba en un extremo del salón en silencio, hasta que de pronto el Dr. Valenzuela hacía la pregunta: “¿te acuerdas Manuel de...?” Con lo que sabíamos que la clase acababa y era tiempo de oír las anécdotas de viajes y otras historias de los dos. En ese semestre aprendimos de Bioquímica, pero también mucho de experiencias de vida útiles para el trato con quienes nos rodean.

Una de las cosas que se aprecian más y luego años después se recuerdan con añoranza es el sentirse bien recibido. Así me sentí en el Departamento de Microbiología. Creo que el ambiente generado en el lugar se debía en gran parte al Dr. Rodríguez, y que se contagiaba al resto del personal desde profesores hasta los trabajadores de servicios básicos, pasando por los estudiantes involucrados en el área, instructores de pregrado, servicio social y posgrado. El tiempo que estuve ahí fue muy agradable y al final todos mis maestros terminaron como mis buenos amigos. El buen trato

se extendía fuera del laboratorio, teniendo la oportunidad de conocer y convivir con su familia.

En 1994, asistí por primera vez a un congreso de la Sociedad Americana de Micro-

**Aprendimos de experiencia de vida útiles para el trato con quienes nos rodean.**

biología, con la intención de lograr contactos para una estancia posdoctoral. En esa ocasión, mi esposa y yo tuvimos el gusto de compartir con el Dr. Rodríguez y su esposa durante la estancia en Las Vegas, Estados Unidos, cenando juntos y asistiendo a uno de los shows de los hoteles. Fue muy agradable compartir con los dos.

De las últimas comunicaciones por escrito que tuve con el Dr. Rodríguez fue en octubre de 1996, estando yo en Atlanta, Georgia, donde le solicitaba una carta de apoyo para extender mi estancia en los Centers for Disease Control (CDC), y luego a principios de diciembre tuvimos una breve charla por teléfono para ponernos de acuerdo para el envío de la carta, la cual nunca llegó, debido a la inesperada muerte del doctor el 10 de diciembre de 1996 en Monterrey, Nuevo León.

# ...más que un amigo, ¡un hombre!



ALEJANDRO CRUZ LUNA

Una de mis grandes fortunas en la vida, fue indudablemente haber conocido a “Don Manuel”, como le decía yo. Creo que fue verdaderamente un designio de Dios, un regalo único que, sin menoscabo alguno, cambió mi vida y me hizo alcanzar lo que de otra forma probablemente no hubiera logrado.

Uno de mis grandes anhelos profesionales desde estudiante de medicina fue llegar a ser Microbiólogo. De hecho, ya desde la secundaria y la preparatoria asistía a un laboratorio clínico con el único objetivo de conocer y aprender.

Estando en mi servicio social en el Departamento de Microbiología de la Universidad Autónoma de Guadalajara, ingresé a la Asociación Mexicana de Profesores de Microbiología y Parasitología en Escuelas de Medicina, donde asistía a las reuniones semestrales y fue precisamente ahí, en una reunión en Chapala, en 1973, creo, donde conocí a don Manuel. Tenía yo entonces una gran inquietud por realizar un posgrado en Microbiología en una alguna universidad en Estados Unidos, y aquí es donde comenzó esta dichosa historia.

Desde que lo escuché, no recuerdo si en alguna exposición o comentario, y después al conocer su currículo y su trayectoria, surgió en mí una gran

---

**Alejandro Cruz Luna.** MCP. Maestro en Microbiología, especialista en Patología Clínica. Profesor de Microbiología de la Universidad Autónoma de Guadalajara. Jefe de la Sección Microbiología del Laboratorio de Patología del Hospital Universitario de la UAG. Infectólogo, certificado por el Consejo Mexicano de Certificación en Infectología.

admiración y un mágico sentimiento de afecto y confianza que me hizo acercarme a él, presentarme y solicitarle unos minutos de su tiempo para platicarle mis inquietudes sobre mi deseo del posgrado. Su respuesta fue increíble: “acabando de cenar te vas conmigo a mi cuarto del hotel, pedimos un cafecito y con toda tranquilidad platicamos lo que deseas”.

Fue indudablemente una charla encantadora, útil y llena de esperanza. Me habló de los pros y los contras, de las facilidades, pero también de las dificultades y no solo eso: su generosidad le hizo regalarme un libro con todas las opciones existentes en Estados Unidos para el posgrado. ¿Qué más podía pedir?

Por problemas de carácter técnico y financiero, y a pesar de pasar un buen tiempo realizando los trámites correspondientes, no se pudo concretar el proyecto y fue entonces que surgió su venturosa invitación por ahí de 1977: “Vente con nosotros a la UANL. Nosotros tenemos la Maestría en Ciencias con especialidad en Microbiología Médica y aquí seguramente podrás alcanzar tu objetivo”, me dijo. Así fue el inicio de esta nueva y definitiva etapa de mi vida.

Dado que estaba por iniciar el programa y que yo todavía no tenía lugar para hospedarme, con su grandeza de corazón me recibió en su casa, seña-

lándome que me quedara el tiempo que requiriera hasta que encontrara el lugar adecuado para cambiarme. Ese tiempo me sirvió también para conocer, convivir y compartir con su linda familia.

Durante los casi tres años que permanecí en la maestría, fueron innumerables los detalles de apoyo honesto, verdadero y cariñoso diría yo, que requerirían un tratado para describirlos, así que solamente mencionaré algunos de los que más me impactaron, sumando ya los descritos anteriormente.

Entre las actitudes más generosas y trascendentes, no puedo evitar mencionar que tuve una grave crisis familiar que afectó severamente mi salud, por la que estuve a punto de abandonar la maestría; sin embargo, esto no sucedió gracias a su apoyo y al innegable cariño y solidaridad

**[ Fueron innumerables los detalles de apoyo honesto, verdadero y cariñoso diría yo. ]**

tanto de mis compañeros como de mis maestros. Como yo vivía solo, don Manuel con frecuencia los fines de semana me invitaba a la carne asada a su casa o al futbol a ver a sus Tigres o a los Rayados. A veces íbamos a aquel bar llamado Espuma I o II, no recuerdo bien, a tomar unas cervezas o también al famoso cabrito.

En otra actitud de invaluable ayuda y confianza, ya en las últimas etapas de la maestría, me designó Maestro Invitado en la Facultad de Medicina y del Curso de Posgrado de la Residencia en Ginecología y Obstetricia, así como de los cursos que ofrecía en aquel entonces el Departamento de Microbiología de la Universidad.

Una vez que terminé mi maestría con gran satisfacción y regresé a mi ciudad, fui llamado a ocupar el cargo de jefe de la Sección de Microbiología del Laboratorio de Patología del Hospital Universitario de la Universidad Autónoma de Guadalajara, mi universidad. Pero aquí no terminó mi estrecha y hermosa relación con don Manuel, a quien llegué a considerar como mi padre putativo.

Prácticamente al año de haber tomado mi nueva responsabilidad, me enrolé a organizar cursos de posgrado con el área de Educación Continua de la UAG, y obviamente siempre tuve como invitado de lujo a don Manuel, genial y extraordinario ponente, que prácticamente durante años, nunca falló. Por cierto, uno de tantos detalles hermosos que se hizo tradición al final de cada curso fue que en las clausuras se compartía con una comida y ronda de cuentos y chistes y no faltaba en esa convivencia “la actualización de la Palindromia”, otra de las grandes y simpáticas sugerencias de don Manuel.

Por último y como sentido homenaje, quiero plasmar aquí unas palabras que escribí como ofrenda a su partida de esta vida.

Manuel...

¿Qué tocaron tus mágicas manos que te heló el corazón?,  
¿Qué aguda lanza pudo traspasarte el pecho, que te dejó inmóvil?  
No Manuel... Tú no has muerto, tus ojos acaso se cerraron,  
Tu corazón quizá se detuvo, pero tu existencia no.  
¡Qué corta tu estancia aquí y que eterna tu permanencia allá!  
Bendito eres Manuel, raíz y columna de hombres grandes y nobles;  
Bendito eres por siempre, poeta de la vida y semilla de la ciencia.





El Dr. Adolfo Pérez  
Miravete, su esposa  
María Guadalupe de la  
Mora Ramírez; el Dr.  
Jaime Mendiola Gómez,  
Dr. Alejandro Cruz Luna  
y el Dr. Manuel  
Rodríguez con su  
esposa Alma Garza  
Mercado, en 1974.



El Dr. Rodríguez  
durante su  
asistencia a un  
Congreso de su  
especialidad en  
New Orleans,  
Estados Unidos,  
1992.

# Mi jefe: un caballero inteligente, sutil y firme



MARISELA DE LA PEÑA MEDRANO

Es difícil a veces recoger los recuerdos de cosas sucedidas hace tanto tiempo. Pero hay algunas experiencias que a pesar del paso de los años quedan en la memoria y nos acompañan para siempre. Una de esas experiencias es el haber tenido al Dr Manuel A. Rodríguez como jefe. En el otoño del año 1966 me enteré, por medio de una amiga, Concepción Galindo, que el jefe de ella en los Laboratorios Clínicos Especializados de Monterrey (que estaban en el edificio Benavides en la Ave. Pino Suárez), un doctor, Manuel A. Rodríguez, estaba buscando secretaria. Yo había salido recientemente de la escuela donde había hecho los estudios de secretaria Bilingüe y Comercio, así que fui a la Facultad de Medicina a probar suerte. El Dr. Rodríguez me recibió muy afable, pero, en primera instancia, me dijo que yo era muy joven y que en el puesto de secretaria tendría que tratar con muchos estudiantes molestos y que sería difícil para mí. Sin embargo, después de su duda inicial, me hicieron una prueba y una semana después me hablaron y contrataron. Así fue como inicié mi trabajo allí en el Departamento de Microbiología, donde pasé 18 años de mi vida siendo secretaria del doctor de 1966 a 1984.

Entre los maestros que trabajaban en el departamento cuando entré, se encontraban además del Dr. Rodríguez, el profesor José Vargas Mena, de Parasitología; y el Dr. Joaquín Ortiz, así como otros profesores y profesoras

---

**Marisela de la Peña Medrano.** Secretaria del Departamento de Microbiología y asistente del Dr. Rodríguez (1966-1984). Asistente de la Dirección de la Escuela y Preparatoria Técnica Médica de la UANL (1985-1995).

que después mencionaré. El ambiente de trabajo en el departamento era muy bueno y todos estábamos integrados alrededor de la figura del jefe, Manuel A. Rodríguez. Desde que llegaba por la mañana anunciando a todo el mundo en voz alta “good morning por la mañana” acomodándose su saco de cuadritos y su corbata de moño al entrar. Su oficina estaba en la parte de atrás en el primer piso del departamento de Micro, y luego de un tiempo se cambió al segundo piso. El doctor Rodríguez se distinguía porque trataba bien a todo el mundo, desde los que trabajaban preparando material en el tercer piso como Agapita Córdoba y Catarino Hernández, o quienes mantenían en orden el departamento como Lupita Iracheta (quien era la primera que llegaba, desde Ciénega de Flores, y abría el departamento a las 6.00 am), hasta los profesores y alumnos.

El trabajo secretarial bien hecho no es fácil, aunque haya quienes piensen lo contrario. Yo siempre pude contar con la guía del doctor Rodríguez, y cuando ocurrían errores o situaciones difíciles, su forma de corregir era la de un caballero, con tranquilidad, sutil pero firme, nunca, nunca humillando

o amenazando. Era un hombre honesto, muy inteligente, exigente, pero a la vez tolerante.

Una actividad importante y al mismo tiempo delicada en mi trabajo era elaborar los exá-

menes. El Dr. Rodríguez me pasaba el manuscrito del examen y me ponía a mecanografiarlo, me acompañaba la maestra Lily Galarza, entre otras maestras, quien se encargaba de corregir y cotejar los nombres de las bacterias y que el examen estuviera bien escrito y sin errores. Y por cierto, luego íbamos las dos juntas al tercer piso de la facultad a imprimir el examen, con los que en ese entonces se llamaban esténciles y se pasaban por la máquina de imprimir o mimeógrafo y de ahí salían los exámenes impresos. Igualmente me tocó transcribir manuscritos y borradores de programas académicos, temarios y artículos, tal como el que se presenta en este libro sobre la tuberculosis. También me tocó mecanografiar el “Manual de Manuel”, como llamaban en el departamento al manual de prácticas laboratorio para los estudiantes de pregrado.

Otras cosas que nos ponía a hacer era ayudar en la organización de los congresos y reuniones y en ocasiones, en función de “edecán” o guía, acompañábamos a las esposas de los profesores o a los profesores en visitas a la ciudad, en los programas sociales dentro de las actividades del congreso. Un personaje que recuerdo en particular es al Dr. Sergio Estrada Parra, a quien el Dr. Rodríguez apreciaba mucho, se llevaban muy bien.

Y así se llevaba con muchos profesores, como los que mencioné, José Vargas, Joaquín Ortiz, Efraín Montes, las maestras Lily Galarza y Alicia Suárez, y con los maestros que llegaron después como Rita Rositas e Irma Rositas, Irma Salinas y José W. Bustos y los jóvenes como Gerardo Velasco, Rolando Tijerina, Alma Yolanda Arce y Ernst Köhn. Después se integraron otros maestros que llegaron al ambiente de cordialidad y trabajo que reinaba en el departamento. Por diferentes razones tuve que diversificar mi trabajo y después trabajé en la Preparatoria Técnica Médica de la UANL, y me separé finalmente del departamento en 1984. Pero insisto que en los 18 años de trabajar con él día a día, no recuerdo ni una sola vez en que me haya gritado o maltratado, como mucha gente en posiciones de mando parece hacer con gusto.

Hablar del Dr. Rodríguez es recordar una etapa de mi vida que nunca olvidaré. Hay muchas anécdotas más que no recuerdo bien, pero ahora solo quiero dar gracias a Dios por esta experiencia en el Departamento de Microbiología, y a todos mis compañeros que estuvieron conmigo. Gracias a todos ellos y en especial al Dr. Rodríguez por ser esa persona honesta, buena, recta, bondadosa que era mi jefe.



Su secretaria Marisela de la Peña. En la imagen se muestra también cómo era la oficina en el departamento y parte de la abundante colección de libros y revistas.

# Pionero de la Microbiología en el norte

SERGIO ESTRADA PARRA

Soy Sergio Estrada Parra, investigador del Instituto Politécnico Nacional. Conocí a Manuel A. Rodríguez cuando iniciaba su doctorado en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas y yo acababa de regresar de realizar mi doctorado en Estados Unidos.

Me impresionó mucho Manuel por su empeño en realizar su doctorado aquí en la Ciudad de México viviendo en Monterrey, ya que tenía que ir cuando menos una o dos veces por semana a Monterrey a atender sus actividades como profesor de la Universidad de Nuevo León (luego Autónoma, UANL). Pero él cumplió con todas sus tareas en su Universidad y vino a todas sus clases en México, aprobó todas las materias del doctorado y se doctoró. Claro, esto fue un esfuerzo extraordinario que mostró la reciedumbre característica de Manuel.

Una vez doctorado, Manuel siguió trabajando en su laboratorio y de inmediato siguió preparando más gente para doctorarse y empezó a influir considerable para que otros estudiantes de otras facultades de la UANL se interesaran en realizar un doctorado, como los de la Facultad de Ciencias

---

**Sergio Estrada Parra.** QBP. Maestro en Microbiología y doctor en Inmunología. Miembro Fundador, profesor e investigador del Departamento de Inmunología de la Escuela de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional. Profesor Emérito del IPN. Doctor *honoris causa* por la UANL. Premio de Ciencias de la Academia Nacional de la Investigación Científica. Miembro del SNI nivel III.

Biológicas, institución que en esa época tenía deficiencias. Pero un grupo de estudiantes afanosos invitó a investigadores de otras instituciones para que dieran clases durante el periodo de vacaciones y esto fortaleció a la universidad, incluyendo a la sección de Biología de la institución.

Manuel A. Rodríguez continuó haciendo crecer su especialidad, la Microbiología, en la Universidad Autónoma de Nuevo León, así como continuó realizando investigación en su grupo. Fue un investigador reconocido a nivel nacional e internacional y lo hacía muy bien. Mi admiración por Manuel incluye también su gran interés en iniciar los posgrados en su universidad en Monterrey, lo cual ya fue como una vacuna para toda la UANL, puesto que incentivó que esta institución iniciara el envío de estudiantes a realizar doctorados en diferentes especialidades a varias instituciones nacionales, incluyendo al Instituto Politécnico Nacional. Estos doctores regresaron a Monterrey, reforzaron los posgrados ya existentes e iniciaron nuevos posgrados en la UANL. Manuel fue una persona interesada en mejorar la Máxima Casa de Estudios: esta tradición la continuaron varios jóvenes de la Facultad de Ciencias Biológicas, incluyendo el grupo de inmunólogos que se formaron con nosotros en el Instituto Politécnico Nacional, y que egresaron para formar un grupo sólido de profesores e investigadores en la UANL.

Me da muchísimo gusto que se realice este homenaje a Manuel A. Rodríguez y se reconozca tanto su gran labor en la microbiología en la UANL y en México, así como su labor como gestor de posgrados en su institución.



El Dr. Rodríguez haciendo apuntes y estudiando, fotografía tomada probablemente por su esposa.

# En breve: un buen hombre

AMADOR FLORES ARÉCHIGA

**M**anuel A. Rodríguez Quintanilla igual que yo, era originario, de Nuevo Laredo, Tamaulipas. Un hermano de Manuel, llamado Leonel, fue condiscípulo mío en la secundaria mientras Manuel terminaba la preparatoria. La amistad entre Leonel y yo trascendía la escuela, razón por la que lo visitaba en su casa, tal hecho me permitió conocer a toda la familia.

No es infrecuente que una persona relevante, como lo fue Manuel, se perfil en solitario, sin la visión de conjunto. La familia de Manuel constaba de ocho miembros, contando a sus padres, don Manuel y la señora Fannié. Los hermanos, en orden descendente fueron: Irma, Manuel, Judith, Leonel, Roger y Fannié. Era una típica familia norteña, trabajadora, con buen sentido del humor y los desacuerdos entre miembros de la familia se daban a voz en cuello, excepto Manuel que era, y siempre fue, mesurado. No lo puedo afirmar, pero pienso que Manuel, si bien no generaba problemas dentro o fuera de la familia, tampoco actuaba como pacificador.

En su juventud, como preparatoriano, era estudioso, serio y no parecía tener la pimienta de la familia en su relación vocinglera con los vecinos y al interior con los hermanos.

Una breve anécdota puede servir de ejemplo: una tarde, Leonel y yo algo hacíamos frente a su casa que requería un martillo, Leonel entró a buscar uno y salió con un martillo de su papá. Poco tiempo después, de regreso de la preparatoria, llega Manuel, y, sin mediar palabra, reconoce

---

**Amador Flores Aréchiga.** MCP. Especialista en Patología Clínica. Fundador del Programa Universitario de Salud. Fue jefe del departamento de Patología Clínica del Hospital Universitario de la UANL, rector de la UANL y Secretario de Salud del Estado de Nuevo León.

el martillo de su papá, lo toma y lo introduce en su casa. Me sentí intimidado por esa acción

Años después, cuando fuimos socios en un laboratorio privado con Manuel, su esposa Alma Garza Mercado y dos más, pude apreciar un cambio en Manuel que ahora era un hombre muy conversador y solía citar a sus familiares, más a su papá, un hombre autodidacta que solía decir, con acierto, que había “suposiciones” que eran conjeturas válidas y “supongancias” que carecían de valor. Diríase que Manuel, en su sentido del humor y sus citas familiares, se identifica con la familia de la que procedía y actúa en consecuencia. Parecía haber tomado un respiro durante su juventud para luego volver a sus raíces familiares.

Manuel fue uno de los dos primeros maestros de la Facultad de Medicina en ser enviado por la Fundación W. K. Kellogg, en programa acordado con la dirección de la facultad, para reforzar la enseñanza de las ciencias básicas para un cambio trascendental de maestros de horas libres por maestros de tiempo completo. No es mi intención criticar a excelentes maestros de horas libres que tuvo la Facultad de Medicina; sin embargo,

es evidente que el tiempo completo permite una estructura académica más sólida y una capacidad para la investigación. Posterior al reforzamiento de las ciencias básicas, la Fundación W. K. Kellogg entregó equipo de laboratorio para la utilización de

los estudiantes e investigadores de nuestra institución.

En años posteriores la misma fundación reforzó las áreas clínicas con becas y equipo. En resumen, Manuel vuelve a significarse como iniciador de la modernización académica de la Facultad de Medicina de la UANL.

Manuel fue muchas cosas buenas, buen maestro, buen investigador, buen amigo, para decirlo en breve, era un buen hombre.

Cuando Manuel falleció, yo regresaba de un lejano viaje, me reporté con mi secretaria a medio camino y me dio la triste noticia de su fallecimiento, alcancé a llegar a una misa posterior a su sepelio. Con frecuencia lo recuerdo, la imagen que más evoco es su cara con una plácida sonrisa, característica de un hombre en paz consigo mismo, con Dios y el mundo.

Manuel se significa como iniciador de la modernización de la Facultad de Medicina.

# Visión y liderazgo de un académico universitario

LUIS JESÚS GALÁN WONG

**H**ace cincuenta años inicié mi camino en la Universidad Autónoma de Nuevo León, primero en 1969, como estudiante de la carrera de Químico Bacteriólogo Parasitólogo (QBP) y posteriormente como profesor y representante de distintas áreas de esta Máxima Casa de Estudios, iniciando desde profesor por horas hasta llegar a ser rector de nuestra Universidad. Durante este medio siglo he tenido la suerte de coincidir con gente realmente talentosa, como lo fue el Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla. Él fue para mí la fuente donde empecé a saciar mi sed de conocimiento y espíritu universitario. A mi interés, inicialmente académico, se fue sumando la curiosidad por los engranajes que se movían en la universidad hacia su visión y misión universitaria, y por la incidencia que el proceder político tenía en el rumbo académico, y en lo que es hoy la vanguardia científica presente y futura de nuestra Universidad dentro del contexto nacional e internacional.

Cuando intento reconstruir esos años, esa importantísima década de los años setenta, es inevitable que acuda a mi memoria la imagen de un hombre con grandes cualidades, primero como persona, después como científico de muy alta estatura y también como administrador. Siempre estuvo atento

---

**Luis Jesús Galán Wong.** QBP. Maestro en Microbiología. Doctor en Microbiología. Profesor Titular D. Fue director de la Facultad de Ciencias Biológicas de la UANL, secretario general y rector de la UANL. Coordinador del Instituto de Biotecnología de la UANL. Miembro del SNI nivel II.

a concentrar sus esfuerzos para estimular la investigación microbiológica para que el nombre de la Universidad Autónoma de Nuevo León brillara tanto a nivel nacional como internacional. Me refiero al Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla, quien sembrara la semilla para iniciar los departamentos de investigación microbiológica en la Facultad de Medicina, que era su lugar de adscripción; después el Departamento de Microbiología de la Facultad de Ciencias Químicas, fundado y dirigido por el Dr. Jorge Valenzuela Pérez y; finalmente junto a un servidor, el Departamento de Microbiología e Inmunología en la Facultad de Ciencias Biológicas. A este último tuve el privilegio de fundarlo y actualmente lo dirige como jefa del departamento la Dra. María Cristina Rodríguez Padilla.

Eficiente y eficaz como pocos, el Dr. Manuel A. Rodríguez sabía distribuir su esfuerzo para apoyarnos y comunicarnos en estos tres departamentos atendiendo a todos los aspectos del quehacer académico, político y administrativo con verdadera vocación y total dedicación, y siempre dispuesto a compartir su experiencia y conocimiento dentro de la Microbiología. De las

reuniones que celebrábamos con el Dr. Rodríguez y el Dr. Valenzuela, rescato el agradable ambiente de trabajo y deseo de buscar la excelencia que sabía transmitirnos.

Entrañable para mí es también el recuerdo de los encuentros que por más de veinte años tuve junto con el Dr. Rodríguez Quintanilla y el Dr. Reyes S. Tamez Guerra –quien fuera posteriormente secretario de Educación Pública de México y ex rector de nuestra Máxima Casa de Estudios– todas las mañanas de los sábados en el Sanborns de Galerías Monterrey. En esos desayunos podíamos acabar de fraguar una amistad que duraría hasta el final de sus días. Era un placer acudir cada semana a esa cita para comentar con el Dr. Rodríguez Quintanilla y el Dr. Reyes S. Tamez los asuntos que en ese entonces nos ocupaban, no solo por lo valioso de sus puntos de vista, sino también por la amenidad con que se desenvolvía, con su fino sentido del humor y por el respeto que siempre concedió aun

**Siempre dispuesto a compartir su experiencia y conocimiento dentro de la Microbiología.**

a las ideas que no compartía. Sus logros académicos son muchos y ampliamente reconocidos a nivel nacional e internacional, un distinguido universitario y colega microbiólogo. Quisiera resaltar desde el punto de vista administrativo, que el Dr. Alfredo Piñeyro López, siendo rector de la UANL, invitó como jefe de Posgrado e Investigación de la UANL al Dr. Rodríguez Quintanilla, y que indiscutiblemente su visión y liderazgo académico consolidó el actual Reglamento de Posgrado e Investigación de la UANL, así como la formación de las primeras y múltiples maestrías y también los primeros doctorados que de él emergieron. Este fue el comienzo del despegue de nuestra Universidad de clase mundial, gracias a la entrega, a la gestión de un líder con un gran respaldo académico que encabezó este proyecto.

Aún recuerdo con gran nostalgia el momento durante una de nuestras reuniones, en que le propuse al Dr. Rodríguez Quintanilla la posibilidad de unirse como profesor a tiempo completo y exclusivo a nuestro Departamento de Microbiología e Inmunología de la Facultad de Ciencias Biológicas de la UANL. El Dr. Rodríguez aceptó con gran entusiasmo este nuevo reto para su persona y decidió formar parte de nuestro profesorado en el área de Microbiología Médica y Sanitaria en el Departamento de Microbiología e Inmunología de nuestra querida Facultad de Ciencias Biológicas. Estuve convencido de que el Dr. Manuel A. Rodríguez sería un gran refuerzo académico con vasta experiencia universitaria.

Las cualidades que quisiera resaltar además de la gran simpatía del Dr. Rodríguez Quintanilla, fueron su brillante carisma para la política y su lealtad, su gran reconocimiento académico y su excelente capacidad para las actividades administrativas frente a los nuevos retos. Siempre recordaré y llevaré en mi corazón a este gran universitario, pero sobre todo como mi gran amigo.

Quisiera finalmente felicitar al grupo de colaboradores y al Dr. José Santos García Alvarado, quien fue estudiante de posgrado del Dr. Rodríguez Quintanilla, el haber tomado esta iniciativa de hacer un homenaje póstumo y plasmar lo que sentimos, vivimos y admiramos de este gran universitario. Nuestra alma máter le recordará por su gran labor administrativa y por ser el pionero y promotor de la Microbiología Médica en el norte de México.

# Un gran maestro, colega y amigo



JOSÉ SANTOS GARCÍA ALVARADO

**E**s muy grato escribir estos renglones para recordar a mi apreciado maestro, colega y amigo, el Dr. Rodríguez. Una gran persona que influyó positivamente en mi vida y la de muchos. De él se caracterizaba su alegría, su sonrisa, su tenacidad, su ánimo contagioso, y desde luego su pasión por la Microbiología. Un servidor se acercó a él buscando un programa doctoral en el área de Microbiología Médica, a él le gustaba estudiar los anaerobios, y decidimos trabajar con *Clostridium perfringens*. En ese tiempo iniciaba el programa doctoral en la Facultad de Medicina, promovido por él, siendo tal vez un servidor, el primero o uno de los primeros alumnos inscritos. Nos tocó abrir camino, y se unieron muchos colegas en esta aventura que ha dado grandes frutos.

Como su alumno aprendí mucho de Microbiología, pero sobre todo de las cosas de la vida. “Acuérdate, Pepe, que las cosas caen por su propio peso”, me decía, cuando veíamos que algo era injusto, o “no pasa de que te quedes donde mismo”, cuando había la indecisión de buscar algo mejor, o “cuando seas general, sé un buen general, cuando seas soldado, sé un buen soldado”, cuando no se daban las cosas que uno esperaba, o “a que divertida te estás dando”, cuando me veía analizando la esporulación de mis cultivos bacterianos en su super microscopio negro Carl Zeiss de contraste de fases, que tenía al lado de su oficina. Esta, siempre llena de documentos y libros, se caracterizaba por un precioso cuadro con la imagen

---

**José Santos García Alvarado.** QBP. Doctorado en Microbiología Médica, Coordinador de la Maestría y Doctorado en Ciencias con acentuación en Microbiología en la Facultad de Ciencias Biológicas de la UANL. Ex presidente de la Junta de Gobierno de la UANL y miembro del SNI nivel III.

en relieve de Luis Pasteur, al cual el Dr. Rodríguez veía a su izquierda de frente y que tal vez inspiraba su día a día. Además, encontrábamos su reconocimiento de haber sido un becario de la Kellogg Foundation. Estar cerca del doctor, de una gran figura de la Microbiología, no era tanto imponente, cuanto que era más atractiva, paternalista y siempre aleatoria. Es por él, y por su actuar, que la Microbiología se enraizó en el noroeste del país, y desde allí dio frutos para el mundo. Era un placer ir a la biblioteca que él formó en el primer piso del departamento y que tenía cientos de números de diferentes revistas científicas y que era nuestra gran fuente de referencia para literatura científica. Podíamos mediante el *Current Contents* impreso, darnos cuenta de las publicaciones científicas en nuestra área y pedir sobretiros, mediante las tarjetas impresas que se enviaban por correo.

Siempre, con ganas de hacer algo novedoso y útil para los alumnos y el departamento, me invitó a organizar un simposio internacional sobre enterotoxinas bacterianas, el cual fue un aprendizaje enorme para mí; allí participaron tanto ponentes de la facultad como el Dr. Óscar Torres Alanís (QEPD), el Dr. Corando Sáenz, el Dr. Javier Ramos Jiménez, entre otros, y participaron también sus grandes amigas la Dra. Silvia Giono Cerezo y la Dra. Lidia Mota del Instituto Politécnico Nacional. Además, se invitaron a los dos más reconocidos científicos estadounidense que estudiaban las enterotoxinas de estafilococos y de *C. perfringens*, el Dr. Merlin Bergdoll (QEPD) de la Universidad de Wisconsin y el Dr. Ronald Labbé de la Universidad de Massachusetts (UMass), respectivamente. La participación de estos últimos fue fundamental para muchos alumnos, entre ellos para un servidor. Durante ese evento tuve la oportunidad de conocer al Dr. Labbé, exponerle mi investigación y fui invitado a hacer una estancia a la UMass, que me permitió centrar mi investigación de tesis, avanzar increíblemente en un ambiente rodeado de lo necesario, pero lo más valioso, fue la oportunidad de darme cuenta de mi potencial en un primer mundo, pues aunque durante mi viaje me sentía inseguro, estando allí me di cuenta que contaba con las herramientas para hacer lo que fuera necesario. Mis estancias pre doctorales en la UMass continuaron durante los veranos siguientes gracias al apoyo del Dr. Rodríguez y de los doctores Reyes S. Tamez Guerra y Dr. Luis Galán Wong, en ese entonces funcionarios de la Facultad de Ciencias Biológicas, donde yo trabajaba a nivel técnico, y quienes me apoyaron siempre para finalizar mi doctorado.

No puedo dejar de mencionar el apoyo del Dr. Rodríguez para lograr mi primer patrocinio de un proyecto de investigación (apoyado por la SEP) para mi tesis doctoral. Igualmente, su ayuda para mi primera asistencia al Congreso de la Asociación Americana de Microbiología en Dallas, Texas, donde tuve la oportunidad de conocer y platicar brevemente con el Dr. James Watson (con quien he tenido varias comunicaciones por carta), y conocer a grandes personalidades en el mundo de la Microbiología. Aún recuerdo el estrés de mis primeras presentaciones orales como estudiante, pero siempre respaldado por el Dr. Rodríguez, el Dr. Labbé (que fungió luego como asesor externo) y desde luego de otra alumna del Dr. Rodríguez, la dueña de mi amor, la Dra. Norma L. Heredia Rojas.

Habiéndome graduado del doctorado el 12 de diciembre del 1990 fui su primer alumno doctoral graduado, seguí en comunicación con el Dr. Rodríguez. Eran frecuentes los desayunos con nuestras esposas en el Sanborn's de Galerías Monterrey donde con su plática siempre amena, disfrutábamos unos ricos tacos de barbacoa, menudo, o cualquier platillo que atrajera nuestros

sentidos, para terminar con un café, del cual el Dr. Rodríguez disfrutaba hasta las gotas que caían de la taza al plato, pues estas volvían a la taza. Siempre había un tema

para platicar, como lo hay cuando se disfruta una compañía.

para platicar, como siempre lo hay cuando se disfruta una compañía, y más con un hombre tan culto y con tantas experiencias de vida. Tanto mi esposa como yo disfrutamos siempre su plática, pues ésta siempre era trascendente.

No puedo dejar de mencionar tres publicaciones producto de mi tesis doctoral, y su pasión por los anaerobios: 1) García-Alvarado, J. S. Manuel A. Rodríguez, and Ronald G. Labbé. 1992. "Influence of elevated temperature on starch hydrolysis by enterotoxin-positive and enterotoxin-negative strains of *Clostridium perfringens* Type A". *Applied and Environmental Microbiology*, 58:326-330. 2) García-Alvarado, J. S., M.A. Rodríguez y R. G. Labbé. 1992. "Isolation of inclusion bodies from vegetative *Clostridium perfringens*: partial purification of a 47 kDa inclusion protein". *Journal of*

El Dr. Rodríguez con el Dr. Romero Cabello, a la derecha, en una reunión con sus colegas de la Asociación Mexicana de Profesores de Microbiología y Parasitología en Escuelas de Medicina, A.C. Matamoros, Tamaulipas, 1980.

*Applied Bacteriology*, 73:157-162. 3) García-Alvarado, J. S., R. G. Labbé y M. A. Rodríguez. 1992. "Sporulation and enterotoxin production of *Clostridium perfringens* type A at 37 and 43°C". *Applied and Environmental Microbiology*, 58:1411-1414. Aún seguimos estudiando esta bacteria, nuevas investigaciones, nuevos alumnos siguen su pasión.

Cuando él se mudó a la Facultad de Ciencias Biológicas, su oficina estaba cerca de mi laboratorio, por lo que disfrutábamos mucho su presencia, sobre todo al final de cada día cuando llegaba a mi oficina, se quitaba el saco, se sentaba con la confianza de un amigo y platicábamos de tantos temas de la ciencia y de la vida. Hasta que un día me enteré de su fallecimiento inesperado, fueron muchas noches en que yo continué platicando con él en mis sueños, pues tanto para él como para mí, quedaron tantas cosas que platicar y para mí que agradecerle, que espero tener una eternidad juntos para hacerlo. Que así sea.



# Un profesional de trato educado y cordial



SILVIA GONO CEREZO

Cuando el doctor vino a hacer su doctorado en Ciencias (especialidad en Microbiología) en el Instituto Politécnico Nacional en la Ciudad de México, en el año de 1968, nos hicimos amigos, ya que mi jefe el doctor Adolfo Pérez Miravete tenía una amistad con el doctor Rodríguez de varios años. Lo admirable para mí fue conocer a un estudiante de doctorado que tomaba el ferrocarril (viajando en Pullman) en la noche saliendo de Monterrey a la Ciudad de México, se quedaba uno o dos días, presentaba sus resultados y se regresaba a su laboratorio. A partir de esas fechas, cuando había reunión en la Asociación Mexicana de Microbiología y la Asociación Mexicana de Profesores de Microbiología y Parasitología de las Escuelas de Medicina nos reuníamos para dar cursos. Desde 1973-1974 muchos de los amigos que teníamos en colaboración, como los doctores Santoscoy, que sabían que éramos profesores de Microbiología Médica, nos invitaban a dar cursos en varios sitios de México y desde luego en la Facultad de Medicina de la UANL, en donde el doctor Rodríguez era coordinador de la Maestría en Microbiología hasta mayo 1996.

Algo que me causaba mucha alegría era que cuando viajábamos para dar

---

**Silvia Gono Cerezo.** QBP. Doctorada en Microbiología, Posdoctorada en la Universidad de Utah. Jefa de Microbiología, Instituto Nacional de Referencia Epidemiológica (1991-1995). Profesora e investigadora del Departamento de Microbiología de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, Instituto Politécnico Nacional. Miembro del SNI nivel II.

los cursos, los profesores que nos invitaban creían que trabajábamos en la misma institución ya sea el IPN o UANL, porque manejábamos los criterios similares de trabajo sobre todo a nivel práctico y estábamos actualizados en los conocimientos que se necesitaban para ser buenos microbiólogos. Desde luego que en la Facultad de Medicina de la UANL hice muy buenos amigos, como las maestras Rositas, y conocía a todos los miembros del Departamento de Microbiología, y a Alma la esposa del doctor, con quien hice una amistad muy cercana.

Alguna vez me tocó alojarme en la casa del doctor y recuerdo con admiración que en la sala había en todos lados –además de los libreros– revistas de la Asociación Americana de Microbiología (ASM) y que Alma decía que no las alzaba porque el doctor sabía dónde las dejaba y dónde buscarlas para dar su clase. Así que esas revistas eran sagradas.

Con mucha habilidad y después de una visita al Centro para el Control de Enfermedades Infecciosas (CDC) de Atlanta, Georgia, conocimos al doctor Vulus Raymond Dowell, e hicimos un manual para realizar en

México diagnóstico de infecciones por bacterias anaerobias con mucho éxito. Recuerdo la técnica de la “quesadilla”, como le decía el doctor Rodríguez, al poner en la tapa de la

**Los que colaboramos con él no olvidamos su profesionalismo y su trato educado y cordial.**

caja de Petri un disco de papel filtro con ácido pirogálico más hidróxido de sodio; doblarla y sellarla con cinta adhesiva y pegamento, ya que no había sobres de marca registrada como Anaerogen ®.

Varias veces viajábamos juntos Alma, el doctor y una servidora, y discutíamos mucho en los congresos de Microbiología, sobre todo de Microbiología Médica Diagnóstica. En uno de los congresos de la American Society for Microbiology (Conference on Antimicrobial Agents & Chemotherapy, ICAAC) en Nueva Orleans, ocurrió una anécdota chistosa: el doctor planeó que fuéramos a desayunar a un restaurante muy elegante donde los meseros tenían guantes blancos y hacían unos búsquets especiales, huevos benedictinos y mimosas. Después de desayunar nos enteramos que había que pagar en efectivo y el doctor estaba muy apenado porque quería



pagar con tarjeta de crédito, y yo entre mis guardaditos completé para ese inolvidable desayuno.

Ambos fuimos merecedores de formar parte, en su creación, del Sistema Nacional de Investigadores hasta 1993, en donde yo dejé de ser miembro por un tiempo, ya que era subdirectora del área de Microbiología en el Instituto de Diagnóstico y Referencia Epidemiológico (INDRE), y encargada de Cólera por la Oficina Panamericana de la Salud en México. Por esta situación, la directora del SNI consideró que, como funcionaria, no estaba yo haciendo ciencia, aunque fue una muy buena oportunidad que me dio el doctor Jesús Kumate Rodríguez (QEPD), de hacer ciencia y publicaciones con investigadores a nivel internacional.

El doctor Rodríguez, obtuvo la Medalla al Mérito Cívico “Presea Estado de Nuevo León”, muy merecida en su estado en 1997. Su fallecimiento me fue comunicado por su hijita Alma, quien hizo el favor de llamarla por

Con la doctora  
Silvia Giono Cerezo  
y su esposa Alma  
Garza Mercado  
en un evento  
académico.

teléfono. Lo curioso es que en vez de que yo consolara a su hija, ella me estuvo consolando por teléfono porque no podía yo aceptar que una persona tan brillante, tan forjadora de generaciones de médicos y químicos y de estudiantes de posgrado, pudiera irse tan rápido.

Al menos tuve oportunidad de asistir a la develación de la placa con letras de oro donde aparece el nombre de mi querido amigo el doctor Manuel A. Rodríguez Quintanilla.

Muchos premios se han obtenido en la UANL con el nombre del doctor Rodríguez Quintanilla para los químicos clínicos y por la Federación Nacional de Químicos Clínicos (CONAQUIC, A. C.). Creo que los que colaboramos con él no debemos olvidar su profesionalismo su trato educado y cordial, y lo que para mí representa su amistad, que aún por teléfono podía contar con su palabra sabia y orientadora y lo pude disfrutar durante tantos años. Gracias a él puedo asegurar que sé lo que es y lo que debe ser un verdadero amigo, que en las buenas y en las malas tenía siempre un consejo, una actitud noble desinteresada, con conocimiento, capacidad y experiencia, de la cual siempre se obtenía orientación y entrega para salir adelante.

Doctor Manuel A. Rodríguez Quintanilla creo que este homenaje es algo muy merecido y siempre lo recordaremos con cariño.

El Dr. Rodríguez con su esposa Alma Garza Mercado durante un homenaje.



# Creador de un lugar donde se forja día a día



GLORIA MARÍA GONZÁLEZ GONZÁLEZ

**E**l 22 de mayo de 2019 recibí la llamada del Dr. Santos García, amigo muy querido desde hace mucho tiempo; para ser más precisa, desde nuestros años del posgrado en Microbiología Médica en el Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la UANL. El tema de la conversación telefónica fue acerca de la importancia de honrar la memoria del Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla, a través de la narración de vivencias, anécdotas, opiniones, etc. de un grupo de personas que tuvimos la oportunidad de conocerlo y tratarlo para posteriormente publicarlos en el formato de un libro.

Debo comenzar diciendo que no me es fácil exponer mis ideas y sentimientos pues resultan muy entremezclados y que además se resisten a seguir cualquier orden. Sin embargo, me corresponde el deber de agradecer esta encomienda. Mis palabras se encuadran en el contexto del reconocimiento y agradecimiento solo a algunas de las múltiples y muy variadas actividades desarrolladas en lo que constituye la trayectoria profesional del Dr. Rodríguez.

Gracias, en primer lugar, al maestro por su esmero y el mucho tiempo dedicado a la docencia, pues su participación en diversos cursos en las licenciaturas de Médico Cirujano y Partero y Químico Clínico Biólogo fue muy fructífera. Como resultado de esto, miles de los entonces estudiantes seguramente sienten una especie de adicción hacia el

---

**Gloria María González González.** QFB. Maestra y doctora en Microbiología, Profesora y jefa del Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la UANL. Líneas de investigación: Patogenia, diagnóstico y tratamiento de enfermedades fúngicas. Miembro del SNI nivel III.

conocimiento del mundo microbiano. Gracias al fundador del Departamento de Microbiología, quien supo congregar e impulsar una sólida planta de maestros especializados en diversas disciplinas de la Microbiología. Creó un ambiente de trabajo en donde se aprendía la importancia que tenía el trabajo bien hecho. Se vienen a mi memoria grandes maestros de los que aprendí un enviable estilo universitario, marcado por su dedicación y su disponibilidad.

Gracias al impulsor del posgrado básico en la Facultad de Medicina, creador de la Maestría en Ciencias con orientación en Microbiología Médica y años después del Doctorado en Ciencias con orientación en Microbiología Médica. Programas que en la actualidad están clasificados por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) como de Competencia Internacional. Cientos de estudiantes se han formado en estos posgrados

y ahora son investigadores reconocidos.

Gracias al investigador que nos formó como investigadores y que nos hizo ver que la reflexividad, objetividad, curiosidad, disci-

**Gracias por la huella imborrable de su buen hacer y su ejemplo de liderazgo y dedicación.**

plina, orden, compromiso y pasión son esenciales para llevar a cabo esta actividad.

Gracias por la huella imborrable de su buen hacer y su ejemplo de liderazgo, dedicación y compromiso con la comunidad universitaria en todas las actividades que desempeñó a lo largo de su vida.

Y gracias, en fin, Dr. Rodríguez y a todos los maestros, presentes y ya ausentes, que a lo largo de los años han hecho del departamento de Microbiología un lugar en el que no se improvisa; un lugar donde se cultiva y un lugar donde se forja día a día.

Quiero terminar este pequeño escrito con una frase de Henry Adams, que capta perfectamente el perfil del Dr. Rodríguez y su sobresaliente legado académico:

“El maestro deja una huella para la eternidad; nunca puede decir cuando se detiene su influencia”.

# Una trayectoria profesional y personal admirable



SANTOS GUZMÁN LÓPEZ

**T**ratar de resumir la carrera profesional del Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla no es tarea fácil, ya que sus logros personales, académicos y de investigación fueron muchos y muy importantes. El maestro Rodríguez Quintanilla tuvo una vida asombrosamente productiva y ejemplar.

Sus padres fueron don Manuel Rodríguez Ortegón y doña Fannié Quintanilla Espinosa, quienes formaron una hermosa familia en la ciudad de Nuevo Laredo, Tamaulipas, integrada por 6 hijos. Sus estudios básicos hasta preparatoria los realizó en esta ciudad, ya que en aquellos años era una ciudad próspera en los comercios, negocios pequeños y grandes, que empleaba a una gran cantidad de personas que trabajaban en el corazón de la ciudad. No existían los problemas graves de inseguridad, se podía acudir a las plazas y mercado con toda la confianza. Sin embargo, no existía una Facultad de Ciencias Químicas, la cual inició hasta el año de 1971, por lo que el Dr. Rodríguez hubo de migrar a la ciudad de Monterrey para realizar sus estudios de Licenciatura de Químico Farmacéutico Biólogo en la Facultad de Ciencias Químicas de la UNL en 1950. Facultad que gracias a maestros como él, crearon en 1933 la Facultad de Química y Farmacia, separándola de la Facultad de Medicina, y fue en 1943 cuando cambió su nombre por el de Facultad de Ciencias Químicas. Desde sus

---

**Santos Guzmán López.** MCP. Doctor en Medicina por la Facultad de Medicina de la UANL y la Universidad Complutense de Madrid. Ex director de la Facultad de Medicina de la UANL. Profesor y jefe del Departamento de Anatomía de la Facultad de Medicina de la UANL. Secretario General de la UANL. Miembro del SNI nivel I.

años de estudiante mostró una franca inclinación por la Microbiología, tema sobre el que versó su tesis profesional. Participó como profesor en Microbiología General desde antes de graduarse en 1949. Esta actitud de aprender enseñando lo caracterizaría toda la vida.

Para lograr mejores y más actuales conocimientos, realizó sus estudios de posgrado en la Universidad de Michigan, Estados Unidos, obteniendo el grado de Maestro en Ciencias con especialidad en Bacteriología en 1957. En ese mismo año, ingresa a la Facultad de Medicina como Maestro de Tiempo Completo en la materia de Microbiología Médica para la carrera, de Médico Cirujano Partero, así como también de las materias de Microbiología Básica y Microbiología Médica Diagnóstica, en la carrera de Laboratorista Clínico Biólogo. Esta última era una licenciatura muy joven apenas, creada por Dr. Roberto Treviño Martínez en 1948 con el nombre de Laboratorista Clínico Biólogo. Cabe destacar que al iniciarse esta carrera no existía en la Universidad de Nuevo León ninguna otra dirigida al diagnóstico de laboratorio de las enfermedades humanas. Finalmente, gracias al entusiasmo personal del Dr. Rodríguez y de sus colegas, esta licenciatura cambió su nombre en 1982 a Químico Clínico Biólogo.

Otra importante labor a la que el maestro dedicó gran tiempo de su vida fue la de conducir como jefe al Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la UANL por 38 años (1958-1996). Durante su jefatura realizó el Doctorado en Ciencias con especialidad en Microbiología, en el Instituto Politécnico Nacional en el año de 1968. Todos sus ex alumnos pudimos percibir que la labor docente del maestro Rodríguez, no era solo su trabajo sino una forma de vida, donde se podía percibir que nuestro gran maestro de Microbiología consideraba a la educación como lo más importante que puede sostener a una sociedad. El quería no solo trasmisir conocimientos, quería que esos conocimientos fueran utilizados para trasformar nuestro entorno, ya que la educación permite crear lazos sólidos entre los individuos y las instituciones, pero igual necesita que se le incorporen a cada instante las fortalezas de los seres humanos como miembros activos de la sociedad.

Con el paso del tiempo sus alumnos nos damos cuenta de la influencia, a veces casi imperceptible, que recibimos del maestro, a quien jamás le faltó coherencia y esa competencia juiciosa que caracteriza a las personas humildes y serias. Y para aquellos que seguimos sus pasos en el campo de la enseñanza en medicina nos sirvió de ejemplo ver la notoria confianza

que el Dr. Rodríguez tenía en sus conocimientos y capacidades, lo que le permitía intervenir para hacer más flexible el sistema escolar, innovar y no conformarse con lo ya existente. Estoy seguro que debe haber tenido en su vida personal acontecimientos que se unieron sinérgicamente para reforzar la confianza en sí mismos y la valentía de no desalentarse en casos de adversidad, lo que permitió una estabilidad personal que desembocó en bienestar y satisfacción por su trabajo.

Viendo siempre hacia el futuro, promovió la formación de maestros en el área de Microbiología, dando inicio al programa de Maestría en Ciencias con especialidad en Microbiología Médica en 1974. Hoy en día un ejemplo como orientación de posgrado con reconocimiento de competencia internacional por Conacyt.

En su trayectoria profesional ocupó numeroso e importantes puestos en la Facultad de Medicina, siempre sin descuidar su labor docente y de investigación. Así mismo, fue un miembro distinguido de la Asociación Mexicana de Microbiología de la cual fue presidente (1960-1964), representante ante la UNESCO, México (1984-1990), y como investigador publicó numerosos ar-

tículos médicos, libros y capítulos de libros. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores hasta su fallecimiento y recibió por su excelente labor docente

el nombramiento de Profesor Emérito de la UANL, así como la Medalla al Mérito Cívico “Presea Estado de Nuevo León” en el área de investigación científica por parte del gobierno de Nuevo León (*post mortem*, 1997). Definitivamente nombrar todos sus reconocimientos sería imposible, pero todos y cada uno de ellos fueron merecidos para un profesional que supo equilibrar sus grandes éxitos profesionales con una vida personal admirable, una actitud siempre amable y respetuosa para con sus alumnos y sus colegas, y nunca olvidó las grandes satisfacciones que a diario le daba su labor docente de casi 40 años de duración donde, a decir de él mismo, lo hacía despertar cada mañana deseando ser parte y estar siempre en ese lugar maravilloso, lleno de sorpresas, dudas, errores e inquietudes, que es un aula de nuestra facultad.

**[ Supo equilibrar sus grandes éxitos profesionales con una vida personal admirable. ]**

# Enseñó a encarar el mundo con una sonrisa

NORMA LAURA HEREDIA ROJAS

“ ¿Qué es lo peor que te pueden decir?, ¡Pues que te digan que sí!”, y “No escupas para arriba ¡porque luego te cae!”. Estas frases, frecuentemente dichas por el Dr. Rodríguez, se me quedaron tatuadas en el alma. Como director de mi tesis de licenciatura y de maestría y, posteriormente como asesor de mi tesis de doctorado, tuve la fortuna de convivir varios años con él de manera directa. Conocer al Dr. Rodríguez me ayudó grandemente en el proceso de mi crecimiento académico, ya que no solamente me apoyó a comenzar a descubrir el camino de la ciencia experimental, sino también fue un motor para que pudiera abrir las alas y mirar el horizonte... enfrentar miedos y permitir afrontar el mundo con dificultades y retos, pero sobretodo con esperanza.

Un hombre de mirada dulce y sonrisa fácil, con una plática amenísima y gran sentido del humor, al que nunca vi enojado, y a quien en dos palabras lo describiría como “optimista empedernido”. Cuando cursaba el cuarto semestre de mi carrera de Químico Bacteriólogo Parasitólogo, me presenté ante él para ver la posibilidad de hacer una tesis de licenciatura en el Departamento de Microbiología en la Facultad de Medicina, en donde

---

**Norma Laura Heredia Rojas.** QBP. Doctora en Ciencias con especialidad en Microbiología. Estancia de Investigación en el Centro Nacional de Enfermedades Animales del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, Ames, Iowa. Maestra de Tiempo Completo titular D en la Facultad de Ciencias Biológicas de la UANL. Miembro del SNI nivel III.

era jefe. Me acogió como una hija académica más y me abrió las puertas de sus laboratorios. Tanto a mí como a mi novio en ese entonces, ahora mi esposo, nos recibió y tuteló a lo largo del tiempo. Haciendo no solamente el papel de asesor sino el de amigo, que perduró a lo largo del tiempo hasta el día de su partida inesperada.

En mi caso, el Dr. Rodríguez fue una de las tres personas que marcaron mi vida académica; fue él quien, en el México de los ochenta donde teníamos un rezago en ciencia y tecnología impresionante, tuvo la visión de impulsarnos para asistir a congresos internacionales y mandarnos a hacer estancias de investigación en Estados Unidos. Él, habiéndose graduado en el extranjero, comprendía la importancia que tiene que un chico saliera del país a ver el mundo desde afuera, para ayudarlo a mejorar, traer nuevas ideas, pero, sobretodo, darse cuenta de las fortalezas con que cuenta y de esa manera aumentar su confianza y autoestima.

Fue promotor para que desarrolláramos nuestro ingenio y creatividad. Si bien él coordinaba nuestros proyectos, nos daba libertad para poder opinar y establecer objetivos de las investigaciones. No fue un asesor que proponía los trabajos, sino más bien un facilitador para el desarrollo de nuestras capacidades, lo cual llegó a

comprender solo tiempo después de graduarme, y lo cual le agradezco infinitamente. Comprendió totalmente su papel, dando independencia y libertad para que nuestra creatividad y nuestra formación de investigadores se desarrollara al máximo. Nos permitió estar en contacto directo con investigadores de otros países, revisando el inglés y la sintaxis de los escritos, pero permitiendo tener la iniciativa, siempre tratando de estar en un segundo plano, papel aún más complicado que si personalmente tuviera el control, pero que permitió nuestro desenvolvimiento total en el campo.

En 1987 el Dr. Rodríguez tuvo la idea de hacer un simposio sobre toxinas bacterianas, y pidió la opinión de los estudiantes que trabajaban en el área para sugerir a líderes mundiales, a raíz de ese evento que se desarrolló en

**[ El Dr. Rodríguez fue un motor para que pudiera abrir las alas y mirar el horizonte. ]**

marzo de 1988, tanto mi esposo como posteriormente yo misma, tuvimos la oportunidad de hacer estancias de investigación en la Universidad de Massachusetts, bajo la tutela del Dr. Ronald Labbé, líder mundial en enterotoxina de *Clostridium perfringens*. El estar en el extranjero a finales de los años ochenta y principios de los noventa fue una experiencia formativa total, que representó un parteaguas en nuestra vida académica y personal, aspecto que hemos tratado de compartir con chicos que han pasado por nuestro laboratorio, impulsándolos para realizar también estancias de investigación fuera de nuestra región y principalmente en el extranjero.

Tuvimos la oportunidad de mandar un trabajo al congreso anual de la Asociación Americana de Microbiología en Dallas, Texas, en 1991, en donde de México solo un grupo de la Universidad Nacional Autónoma

de México y nosotros participamos. Estar por primera vez en un congreso internacional fue una experiencia interesantísima y por demás formadora. Conocimos personalmente a James

**Me enseñó que aun con las dificultades es posible encarar el mundo con una sonrisa.**

Watson, pero, sobretodo, sentimos que nuestras investigaciones eran igual de competitivas que aquellas realizadas en otros países. Actualmente, aunque las comunicaciones han avanzado grandemente y el nivel científico de nuestro país está mucho mejor, procuramos que nuestros estudiantes salgan, y en forma personal tengan la experiencia de codearse con investigadores de otros partes, a fin de que a viva voz también comprendan de la calidad de sus trabajos.

Al concluir nuestros estudios de posgrado, continuamos manteniendo el contacto con el Dr. Rodríguez, convirtiéndose en una amistad estrecha lo que nos siguió uniendo; casi cada mes nos reuníamos un sábado por la mañana en Sanborn's de Plaza Galerías Monterrey el Dr. Rodríguez y su queridísima esposa Alma, con una servidora y mi esposo Santos. Durante estas charlas desenfadadas e informales conversábamos de cosas triviales, pero cargadas de sentimiento y sintiendo la gran estimación que mutuamente nos teníamos. El estar de nuevo conversando con nuestro formador y su

esposa, pero ahora conversando como colegas, nos ayudaba a cargarnos de optimismo, pero a la vez reflexionar en la importancia y la influencia que un buen asesor, una buena persona puede hacer en la vida de otros... realmente extraño esos sábados.

Los últimos tiempos del Dr. Rodríguez los pasó en nuestra escuela en el Departamento de Microbiología e Inmunología de la Facultad de Ciencias Biológicas, estado su oficina a dos laboratorios del nuestro, por lo que convivimos diariamente con él. Fue un tiempo delicioso, en donde cada tarde, antes de retirarse a su casa pasaba 10 o 15 minutos a nuestra oficina y se ponía a platicar de las novedades del día, de aspectos científicos que leía y de proyectos por hacer. El Dr. Rodríguez me enseñó, que aun con las dificultades de la vida, es posible encarar al mundo con una sonrisa, con la cabeza en alto y de manera digna, pensando que las cosas van a ser mejor, y que, si hoy no fue un día bueno, mañana mejorará; que es posible caer, pero sobretodo levantarse con el arrojo y la energía para empezar de nuevo.

Como dice el dicho: "el árbol bueno da frutos buenos", y el Dr. Rodríguez sembró la semilla de la investigación en nuestro carácter, y es algo que yo también quisiera trasmitir a mis estudiantes: el amor al trabajo y la satisfacción que queda al saber que independientemente de los resultados obtenidos, no hay nada mejor para terminar el día que saber que dimos nuestro mejor esfuerzo, impulsamos vidas y tratamos de trasmitir con un gesto o una sonrisa la alegría de vivir, tal y como lo hizo con nosotros el Dr. Rodríguez.



# Confianza, sabiduría y calidez humana

ROSA MARÍA HINOJOSA ROBLES

**R**ecuerdo la primera vez que vi al Dr. Rodríguez. En ese entonces yo era una recién graduada de la carrera de Químico Clínico Biólogo que había trabajado por un breve tiempo para un laboratorio particular, al cual renuncié porque sentía que estar en un pequeño espacio confinada a cuatro paredes por un determinado horario de tiempo no era para mí.

Y como bien dicen, “el que busca encuentra”. Escuché por ahí que en el Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la UANL estaban solicitando personas con un perfil específico como el de una servidora para desarrollar un programa piloto … la Maestría en Ciencias con especialidad en Microbiología Médica. El Dr. Manuel Antonio Rodríguez Quintanilla era el jefe en ese momento, y ahí fue, ahí fue donde lo ví por primera vez.

Desde el primer contacto, su presencia me cautivó, me infundió confianza, tranquilidad, sabiduría y una paz mas allá de todo pensamiento. Y, ¿como no? Si el Dr. Rodríguez tenía un carisma enorme, ¡como pocos he visto! Pero no solo era carismático, era inteligente y muy tenaz en todo lo que se proponía. Tenía una gran templanza y una de las características que más me impresionó era su calidez humana, su don de gente, su simpatía. Además, su alegría era contagiosa, a todo le encontraba el lado positivo y siempre se le veía con una gran sonrisa.

---

**Rosa María Hinojosa Robles.** QFB. Doctora en Ciencias con especialidad en Microbiología Médica. Maestra de Microbiología. Profesora de Microbiología en la Facultad de Medicina de la UANL. Responsable del Laboratorio de Infectología del Hospital Universitario de la UANL.

¿Qué puedo decir de su gran trayectoria académica, científica, social y humanitaria que no se haya dicho ya? Si el Dr. Rodríguez era el “ajonjolí de todos los moles”, solo por recordar una de sus frases célebres. Cuando era estudiante de la maestría y en una ocasión alguien le preguntó que cuáles temas teníamos que estudiar para el examen, él con una gran sonrisa nos contestó… “de chile, tomate y cebolla”.

A inicios del año 1996, siendo presidenta una servidora de la Asociación Mexicana de Bacteriología Clínica (AMBAC) y durante el Primer Simposio en Microbiología Clínica e Industrial, se le hizo un pequeño reconocimiento al Dr. Rodríguez por su gran trayectoria y carrera. Nunca imaginé que ese era uno de los últimos que se le hicieran en vida, pues él, desafortunadamente, falleció el 10 de diciembre de ese mismo año. Dejó un gran espacio vacío y cerró uno de los ciclos más importantes dentro de la Microbiología Médica en el Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la UANL.

# Muere menos quien deja huella



ERNST KÖHN BEHN

**C**onocí al Dr. Manuel Rodríguez en el año 1980, o mejor dicho, lo saludé por primera vez. Solicité trabajo en el Departamento de Microbiología dirigido por él, porque al cabo de vivir por cinco años en el país se me hizo poco atractivo regresar a mi natal Alemania. En aquella época, la Entomología Médica tenía una mayor jerarquía entre los temas, y siendo biólogo fui contratado para dar apoyo a esta materia. Mi primera impresión del Dr. Rodríguez fue de una persona muy dinámica, que inspiraba confianza y simpatía, que reflejaba buen humor y entusiasmo. También la colaboración posterior resultaba muy agradable. Él tenía la costumbre de alivianar momentos tensos con una actitud conciliadora, muchas veces expresando la situación en forma de chiste.

Alguna vez, después de haber intervenido en un problema con una persona que obstaculizaba el desarrollo armonioso de las labores, se sentó con una sonrisa en el sillón de su oficina. “Te voy a platicar un chiste”, dijo: “El alacrán quiso cruzar el río y le pidió a la ranita llevarlo al otro lado. Pero la rana le contestó: No te llevo, porque me vas a picar. Pero el alacrán insistía hasta que la ranita consintió, y el alacrán se trepó al lomo de la ranita. Llegando a la mitad del recorrido, la ranita de repente sintió el piquete mortal. Moribunda le dijo al alacrán: ¿Por qué me picas, alacrán? ¡Tú también te vas a ahogar! Y le contestó el alacrán: ¿qué quieres que haga, ranita?, así somos los alacranes”. Sin embargo, también se daban casos cuando los chistes no fueron la manera de enfrentar la situación.

---

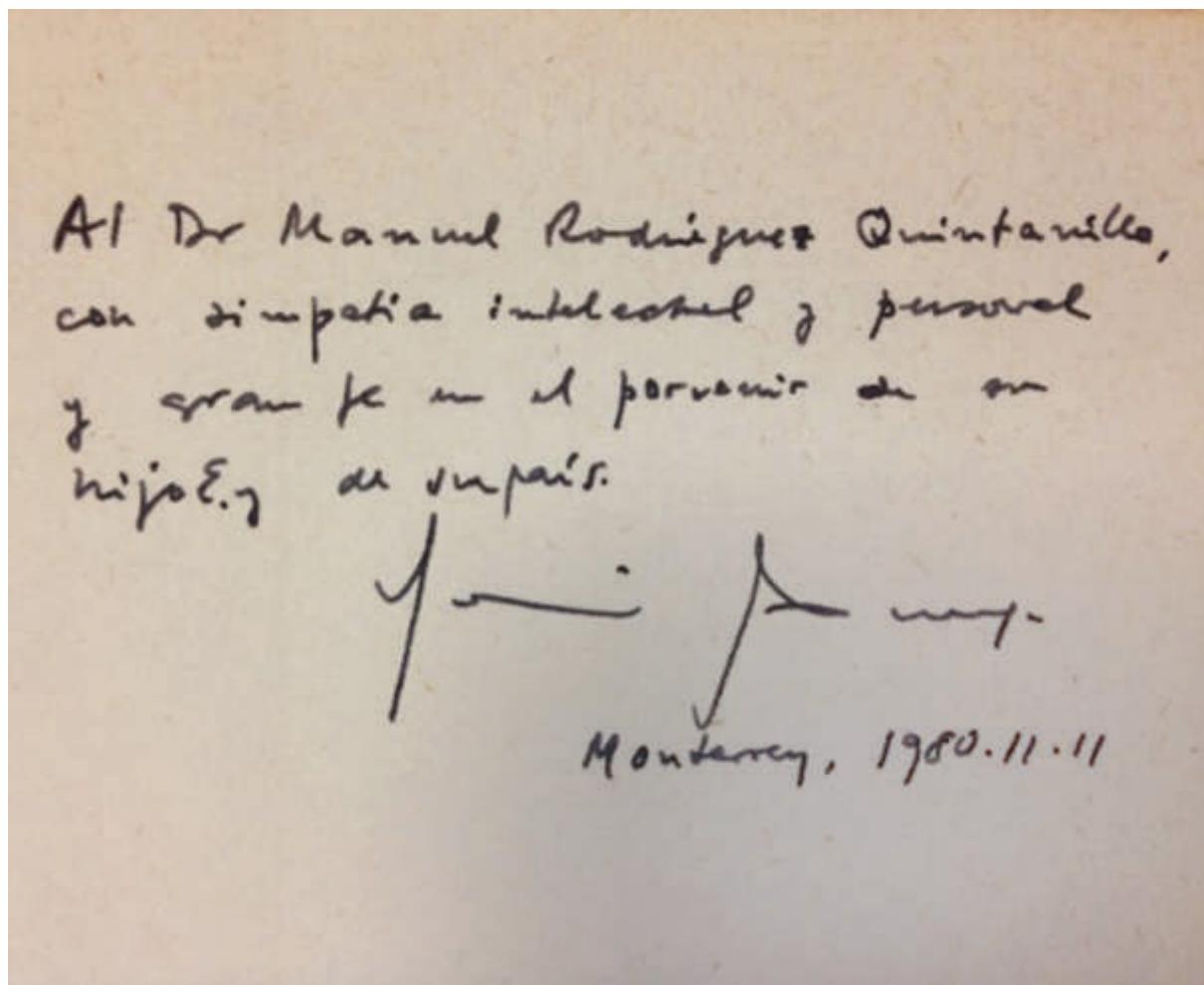
**Ernst Köhn Behn.** Biólogo, Entomólogo, Profesor del Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la UANL, (1978-1998).

Tuve el gran privilegio de colaborar en el curso de Metodología de la Investigación Científica para estudiantes de Posgrado, y es aquí donde puedo decir que conocí al Dr. Rodríguez. Él daba gran importancia a esta materia. Muestra de ello es que había invitado al Dr. Mario Bunge, de Argentina, célebre filósofo de la ciencia destacado internacionalmente y autor de varios libros sobre la materia. Debido a esta prioridad, el Dr. Rodríguez procuraba revisar a fondo y modificar el programa de este curso para cada nuevo semestre, lo cual siempre generaba positivas discusiones sobre los conceptos e ideas. Cierto día, el doctor trajo un texto que lucía interesante, publicado en una revista aparentemente seria. El artículo versaba sobre la confirmación de hipótesis, si mal no recuerdo; él me dijo que lo revisara para dar mi opinión. Al día siguiente, le relaté los detalles de lo que había extraído del texto, y que era muy interesante y revelador. El doctor escuchó y luego me dijo: “pues yo no lo entendí”. Y a secas me despidió de su oficina.

Algo perplejo, me volví a sentar a analizar la publicación y pronto me quedó claro que la misma no tenía pies ni cabeza. Yo había caído en la trampa de una buena presentación formal, y en forma “tajante” (como él hubiera dicho) el Dr. Rodríguez me hizo ver mi error. La claridad y rectitud intelectuales eran valores muy altos para él, y de esta manera él me llamó la atención para atenerme a los mismos.

Algo similar aconteció cuando un padre de familia, de semblante altivo e imponente, se presentó como abogado con la secretaría del departamento. El Dr. Rodríguez lo recibió amablemente y lo invitó a su oficina. Pasó mucho tiempo, y finalmente la puerta se abrió de golpe. De la oficina salió el señor apresuradamente, rojo de la cara y con una expresión de ira. Poco después salió el Dr. Rodríguez para impartir una de sus clases. También se veía alterado, pero de alguna forma contento. Después transcurrió que el padre quiso hacer pasar a fuerza a su hijo o hija. Ciertamente, el Dr. Rodríguez no disfrutaba de tales momentos. En lo que platicaba evocaba más bien ambientes de civilidad y de humanismo,

En lo que platicaba el Dr. Rodríguez evocaba ambientes de civilidad y humanismo.



A invitación del Dr. Rodríguez, el argentino-canadiense filósofo de la ciencia Mario Augusto Bunge visitó la UANL, y presentó un puntual informe sobre la implantación de los programas de doctorado en la Universidad. Dedicatoria escrita en su libro *Epistemología* en noviembre de 1980.

como en la siguiente anécdota: en uno de los congresos internacionales de Microbiología se salió de la sala durante una conferencia, y se sentó en una escalera, hojeando algún programa. De pronto, otro participante se sentó a su lado y se desarrolló una amena y prolongada conversación entre los dos. “¿Y qué crees? —se reía el Dr. Rodríguez—, resultó que mi compañero de conversación era un Premio Nobel, sentado en la escalera como si nada y charlando conmigo!”

Todos tenemos que morir. Pero la mayoría morimos más que aquellos que dejan huellas profundas en las mentes de la gente, y siguen vivos a través de sus enseñanzas. Muy seguido recuerdo al doctor Rodríguez, cada vez que me doy cuenta que mucho de lo que yo pienso, hablo y siento proviene de su ejemplo.

# Dos bibliotecas



CARLOS EDUARDO MEDINA DE LA GARZA

**R**ecuerdo cómo conocí a Manuel A. Rodríguez Quintanilla: en su casa, a la hora de la comida. Su hijo Manuel era condiscípulo mío en la escuela primaria y recorriámos el mismo camino a nuestras casas, que no quedaban lejos una de la otra, en la colonia Las Mitrás. Regresábamos acompañados de su hermanita Alma y frecuentemente era invitado por ellos a comer y después a hacer la tarea. Una vez estábamos a la mesa cuando llegó el papá de Manuel: un señor de lentes vistiendo bata blanca, la cual se quitó para dirigirse al comedor. Más tarde, un poco intrigado por la bata blanca, pregunté a Manuel a qué se dedicaba su papá. “Mi papá es *científico investigador*” me contestó muy asertivamente. Ese fue mi primer conocimiento del doctor Rodríguez, en una tarde del año 1969. Al concluir la tarea y antes de regresar yo a casa, nos poníamos a ver en la televisión a color –la novedad de aquel tiempo– a “los Cuatro Fantásticos”, “los Herculoides” o al “Sorprendente Hombre Araña”. El cuarto donde se encontraba la televisión, en la planta baja, tenía sus paredes revestidas de libreros con abundantes libros y revistas: me imagino que era la biblioteca del señor de la bata blanca y lentes. Al paso de los años, con el cambio de domicilio de ellos, cambio de escuela y la continuidad de la vida, dejé de ver a Manuel y a su familia.

Al ingresar como becario al Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la UANL en 1979, resultó que el jefe del departamento a donde había ingresado no era, como muchos creíamos, el entrañable Dr. José W. Bustos Aldana, de grata memoria, sino un Dr. Manuel Antonio Rodríguez Quintanilla, un personaje a veces no tan visible para los alumnos de licenciatura de medicina, cuya oficina se encontraba en el segundo piso, al fondo del pasillo. Un día se encontraba por allí cerca

---

**Carlos Eduardo Medina De la Garza.** MCP. Doctor en Medicina, ex director general de Relaciones Internacionales de la UANL, ex director del Centro de Investigación y Desarrollo en Ciencias de la Salud de la UANL, profesor del Departamento Inmunología del Hospital Universitario de la UANL. Miembro del SNI nivel I.

de su despacho una estudiante de la carrera de Químico Clínico Biólogo también impartida en la facultad, Alma Rodríguez Garza, quien me reconoció como el compañero de la escuela primaria que según parece le ayudaba a cargar los libros e iba a comer a su casa. Resultó ser la hija del jefe del departamento y entonces vino a mi memoria el señor de bata blanca, de quien recordaba perfectamente era un *científico investigador* y a quien había visto por primera vez hacía más de una década.

Mi paso por el departamento durante la licenciatura y pasantía fue de gran aprendizaje personal y profesional. Tuve oportunidad de interaccionar brevemente con el Dr. Rodríguez durante ese tiempo y me impresión siempre fue la de un individuo afable y bienhumorado, respetuoso y asertivo por igual como jefe, y quien con su presencia transmitía seguridad y calma en el entorno. Parecía tener un dicho o una frase para cada ocasión: una de sus expresiones frecuentes era el asentir a algo que se le decía o comentaba con un lacónico *lo sé*, cuya entonación dependía de la trivialidad o gravedad de lo que se comunicaba. Nunca tuve la percepción de que ejerciera en sus subalternos una presión innecesaria para hacer sentir su tamaño como jefe, la que seguramente ejercía cuando suponía necesario. Después de algunos años, a mi regreso del extranjero y reinicio de mi vínculo profesional con la Facultad de Medicina, mi contacto con el Dr. Rodríguez fue mínimo y por circunstancias de los tiempos, no necesariamente el más venturoso. Pero después, al restablecerse la calma y la empatía en la relación, tuve el honor de gozar de su amistad y confianza, y así fui privilegiado al acompañarle durante muchos desayunos en donde conversábamos ampliamente e intercambiábamos opiniones en variados temas tanto mundanos como sustanciales. En una de esas ocasiones me recomendó conseguir un libro titulado *What I needed for life I learned in Kindergarten* de Robert Fulghum. Cuando conseguí el libro se lo presté y cuando me lo devolvió, por alguna razón u otra no continué inmediatamente su lectura. Algun tiempo después, al reanudar la lectura del libro, cayó de entre sus páginas una hojita, un “testigo” escrito por su puño y letra. Once cosas que el autor aprendió en el jardín de niños y que el Dr. Rodríguez retomaba y me dejaba en herencia en un papel, dentro de un libro, para cuando me tocara verlo. Después de muchas interpretaciones, las más importantes de las cuales suceden ahora a veintitantes años de distancia, creo que las palabras que yo buscaba de él se encontraban contenidas en ese texto y que, en estricto cumplimiento con el refrán, al paso del tiempo mayor sería el valor de una pálida tinta, que el de una brillante memoria.

- ① Comparte todo
- ② Juega limpio
- ③ Pon los cuadros donde los encuentres
- ④ Limpia tu hogar
- ⑤ No tomes cosas que no son tuyas
- ⑥ Pide disculpas cuando lastimes a alguien.
- ⑦ Hazte los masas antes de comer
- ⑧ Dale la cabrona cuando das el biberon
- ⑨ Los juguetes y la leche son buenas cosas (tu salud)
- ⑩ Vive una vida balanceada.

De su puño y letra, consejos para la vida tomados del ensayo titulado “All I really need to know I learned in Kindergarten”, que da inicio al libro del mismo nombre del autor norteamericano Robert Lee Fulghum, publicado en primera edición en 1986.

Tras el fallecimiento del doctor en diciembre de 1996, su familia generosamente decidió donar sus libros y colección hemerográfica a la biblioteca central de la UANL. Colaboramos de esta manera con el maestro Juan Manuel Adame –entonces director de la Facultad de Ciencias Biológicas– en la tarea de organizar su colección. Por diversas circunstancias no se concretó de la manera prevista y solo sus revistas, muchas de ellas cuidadosa y excelentemente encuadradas por don Arturo Benavides Luna, engrosaron el acervo de la Biblioteca Raúl Rangel Frías. Casi veinte años después, al fallecer su esposa, la química Alma Garza Mercado, su familia nos preguntó al Dr. José Gerardo Velasco Castañón y a mí si podríamos colaborar en la organización de los volúmenes de su biblioteca personal para entregarlos igualmente a la biblioteca universitaria. Su hijo Manuel Rodríguez Garza, Gerardo y yo nos dedicamos a esa insospechadamente laboriosa empresa durante numerosos fines de semana. De nuevo me encontraba en la biblioteca del doctor, pero ahora con otro cometido, uno que jamás imaginé ayudaría a cumplir. “Uno está en casa en donde están sus libros”, dicen algunos. Y puedo imaginarme perfectamente bien que él estaba donde sus libros. Evocando esta idea llevamos a cabo la labor con una mezcla de respeto y curiosidad ante la cantidad de volúmenes acumulados durante toda una vida de dedicación a la Microbiología y a la Ciencia. Innumerables diapositivas dedicadas a la enseñanza de los que venían detrás, incontables anotaciones tomadas en conferencias y seminarios. También abundantes propuestas estructuradas de algún programa académico, conceptos derivados del pensamiento reflexivo o simplemente frutos de la inspiración espontánea, todas consignadas en sus típicas tarjetas. En los apuntes de algunos congresos internacionales, a un lado del nombre del ponente, dibujaba un elemental pero definido bosquejo de la cara del expositor en cuestión, tal vez para recordar luego quién había expresado tal o cual idea. El texto inédito sobre Robert Koch y el descubrimiento del bacilo tuberculoso que se incluye en este libro, esperaba allí pacientemente entre sus apuntes el ser descubierto y traído de nuevo al papel. Sus libros llegaron finalmente a su destino y muchos de ellos también a las manos de discípulos y amigos. Y es así es como recuerdo nuestra coincidencia en el tiempo y el espacio. Inició en su biblioteca de su casa en la Av. Simón Bolívar y cerró el círculo imprevisiblemente en la biblioteca de su último domicilio en la calle Río Rin. Una concurrencia fugaz, para mí llena de enseñanzas y aprendizaje. Espero esa convergencia haya sido grata también para el señor de los lentes, el *científico investigador*. Gracias, doctor.

# Una vida se mide a largo plazo



JAVIER RAMOS JIMÉNEZ

**L**a trascendencia de una persona se puede medir bajo diferentes parámetros. En el mundo académico puede ser por el número y/o la calidad de publicaciones científicas, por los equipos y el tamaño de los laboratorios. Pero a un nivel más relevante, por lo difícil y complejo, es lo que se logra a mediano y a largo plazo a través de los alumnos de pre y posgrado, aún después de haber partido de este mundo terrenal.

En mi caso, el primer contacto con el Dr. Rodríguez fue en 1972 durante el curso de Microbiología en el segundo año de Medicina, lo que me permitió valorarlo como un docente bien preparado y habilidoso comunicador. Tuve la oportunidad y privilegio de tratarlo y conocerlo más directamente al realizar mi servicio social en el Departamento de Microbiología en 1976, donde me introdujo a la docencia y al mundo académico mediante el contacto con otros profesores mexicanos y extranjeros, asistiendo a actividades académicas y congresos.

En una época de efervescencia académica por el inicio formal de maestrías y doctorados en nuestra facultad, infundió en mí el interés hacia la trascendencia formativa de estos programas, llevándome a tomar los primeros cursos de la maestría en ese año y los siguientes, cuando realizaba la residencia de Medicina Interna en el Hospital Universitario de 1978 a 1982, lo que me permitió seguir aprendiendo del maestro.

---

**Javier Ramos Jiménez.** MCP. Especialista en Medicina Interna e Infectólogo. Maestro en Microbiología. Profesor y coordinador del Servicio de Infectología del Hospital Universitario de la UANL. Líneas de investigación: Infectología y VIH-SIDA. Miembro del SNI nivel I.

En mi convicción de realizar la especialidad de Infectología en el extranjero, resultó fundamental la formación académica recibida. Al llegar al Baylor College of Medicine en Texas, tuve ventaja sobre mis compañeros estadounidenses por mis habilidades en el laboratorio, permitiéndome adquirir aceptación e integrarme rápidamente a la dinámica en el servicio de Infectología del Hospital Ben Taub en Houston durante el periodo 1982-1984.

Después, pude realizar dos años adicionales como *postdoctoral fellow* en el Departamento de Microbiología de Baylor bajo la tutela del Dr. Robert P. Williams, amigo personal del Dr. Rodríguez y, en ese momento, presidente de la American Society for Microbiology (ASM).

Al incorporarme al servicio de Infectología del Hospital Universitario “Dr. José Eleuterio González” de la UANL en 1986, ahora como profesor, volví a tener un contacto más estrecho y continuar aprendiendo en el diario quehacer de la medicina académica. Organizamos una reunión de la Texas Branch de la ASM en Monterrey, lo cual fue extraordinario ya que nunca había sido llevada a cabo fuera de Estados Unidos. En múltiples ocasiones viajamos juntos a congresos nacionales e internacionales, lo que me permitió valorarlo bajo múltiples escenarios y conocer también al hombre de familia que siempre fue.

Dentro de las incontables anécdotas resalta la de uno de los viajes a un Congreso de la Texas Branch de la ASM en Fort Worth. Los hoteles estaban llenos, y resultó difícil conseguir hospedaje. Invitamos a compartir habitación al que había sido alumno de posgrado con el Dr. Rodríguez que, en ese momento, era profesor de la Facultad de Ciencias Biológicas, y que en un futuro se convertiría en rector de la UANL y secretario de Educación a nivel nacional.

De tal manera que tuve el privilegio de tener contacto con el Dr. Rodríguez como alumno desde temprano en mi formación como médico. Sus enseñanzas han perdurado en mi vida profesional aún luego de muchos años de su partida. Me da mucho gusto que ahora sus méritos y logros como profesor y mentor de muchos alumnos como yo sean reconocidos. El maestro aún vive a través de su influencia en las decisiones que a diario tomamos los que fuimos sus alumnos.

# Vive en mi memoria y corazón



LYDIA GUADALUPE RIVERA MORALES

**M**i pasión por la Microbiología surgió cuando llevé la materia de este tema en el segundo año de la carrera de Laboratorista Clínico Biólogo (LCB) en la Facultad de Medicina de la UANL. Tan pronto como terminé la materia, decidí hablar con mi maestra la M.C. Rita Rositas Martínez. De hecho, dos personas de mi generación decidimos formar parte de los instructores en Microbiología, Elva Lydia Garza Tijerina y yo, Lydia Guadalupe Rivera Morales, por tener un nombre en común, nos bautizaron como las “Lydias” del laboratorio.

Desde entonces terminando nuestro segundo año de la carrera de LCB, después de ser instructores, fuimos becarias de pregrado y, finalmente, por nuestra pasión por la Microbiología, el Dr. Manuel A. Rodríguez nos dio la oportunidad de ser unas de las primeras becarias de posgrado del departamento.

Al ser unas de las primeras becarias, tuvimos que tomar materias de posgrado y participar activamente en dar clases de prácticas de Microbiología tanto a los alumnos de LCB como a los alumnos de la carrera de Médico Cirujano y Partero.

En el Departamento de Microbiología estábamos adscritas con la M.C. Rita Rositas Martínez. Al empezar el segundo semestre del año 1976, el

---

**Lydia Guadalupe Rivera Morales.** QBP. Maestría en Ciencias con especialidad en Microbiología Médica por la Facultad de Medicina, Doctorado en Ciencias con especialidad en Microbiología por la Facultad de Ciencias Biológicas de la UANL, profesora de Microbiología en la Facultad de Ciencias Biológicas de la UANL. Área de Investigación: Microbiología e Inmunología. Miembro del SNI nivel I.

Dr. Rodríguez habló con la maestra Rita Rositas para informarle que llegarían unos estudiantes de la Facultad de Ciencias Biológicas a tomar materias con opción a título, por lo que también nos tocó apoyar a esos estudiantes de la carrera de QBP (Químico Bacteriólogo Parasitólogo).

El Dr. Rodríguez comentó que uno de esos estudiantes de la carrera de QBP apoyaría a la M.C. Irma Rositas Martínez en uno de los proyectos que tenía el laboratorio, y que yo apoyaría conjuntamente con él. El nombre de ese estudiante era Juan Manuel Adame Rodríguez. Ese día cambió mi vida, ya que me permitió conocer a mi actual esposo.

Como estudiantes de posgrado, Blanca E. Rodríguez, Gloria Nelly González, Alejandro Garza Osuna, Elva Lydia, Lydia Guadalupe, Rosy Hinojosa, Cecy Tinoco y otros estudiantes, uno de ellos de Guadalajara, el Dr. Alejandro Cruz Luna, disfrutamos nuestra estancia como becarios de

posgrado del Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la UANL. Teníamos a uno de los más grandes doctores en Microbiología, al Dr. Manuel A. Rodríguez

**Uno de los mejores profesores que ha tenido la Facultad de Medicina de la UANL.**

Quintanilla como profesor de las materias de Microbiología. Él, además de abrirnos las puertas de su departamento, nos invitó a realizar estancias en otras instituciones extranjeras. Nos enseñó a dar las clases teóricas a grandes grupos de los futuros estudiantes de medicina y nos permitió conocerlo como académico y como una gran persona. Una frase que no se me olvida es cuando le hacían preguntas en clase y él contestaba: “Sí y no, en ese orden”.

En su ausencia, ahora tengo su recuerdo en mi memoria y en mi corazón, con un gran agradecimiento a uno de los mejores profesores que ha tenido la Facultad de Medicina de la UANL.

# Mi papá



ALMA RODRÍGUEZ GARZA

**M**i papá es la persona que me ha hecho sentir que valgo tal como soy. Desde muy niña lo percibía como un hombre musical, que todo el tiempo silbaba melodías relajantes y afinadas. De él aprendí a cantar: *Hilitos, hilitos de oro / Que se me vienen quebrando / Que manda decir el rey. / Que cuantas hijas tenéis...*

De él aprendí a recitar: *Pajarito, pajarito, / Que cantas en tu nidito. / Con tan melodiosa voz / Dime, pajarito, ¿a quién le cantas?....*

Con su ejemplo me enseñó a dar los buenos días desde al presidente de la república, hasta al señor que lavaba los carros. A cualquier lugar que íbamos, siempre platicaba con la gente, haciendo algún comentario interesante o chusco. En una ocasión que fuimos a una farmacia a comprar un medicamento, recuerdo que con un pedazo de papel le mostró a la dependienta cómo se envolvían los medicamentos en las farmacias antiguas.

Además de sus frases célebres como “la paciencia trae rosas”, también decía frases transformadas. En una ocasión en la que tuvimos que hacer una larga fila para comprar un artículo, yo le dije que estaba muy cansada de estar parada, a lo que papá contestó: “¿Qué acaso crees que yo estoy en un lecho de Rusas?

Él me llevó los domingos a los juegos Manzo, a comprar nieve a la Danesa 33 y al laboratorio de Micro de la Facultad de Medicina a revisar los cultivos. “Ponme bichitos en el microscopio papi”, le pedía yo con emoción. Así es, nuestro paseo dominical incluía llegar a revisar placas de Petri, hacer tinciones y verlas en el microscopio.

---

**Alma Rodríguez Garza.** QCB. Maestra en Microbiología. Hija del doctor Manuel A. Rodríguez Quintanilla.

En la casa le encantaba cocinar, ¡todo le quedaba delicioso! Disfrutaba prepararse su desayuno. Recuerdo que el pan tostado siempre se le quemaba, pero él decía que así le gustaba, bien tostado. Era especialista en preparar hot cakes, todo el tiempo buscaba nuevas recetas y modalidades para elaborarlos. ¡También le gustaba comer cosas raras, como arenques y quesos apetitosos!... “Mientras más huelan a calcetín de cartero más buenos saben”, decía.

Le gustaba poner su disco de marchas ejecutadas por bandas universitarias norteamericanas; “Barras y estrellas” era su favorita; mis hermanos y yo marchábamos alrededor de la mesa de la sala al ritmo de la música. A Beethoven, Mozart, Vivaldi y muchos más de los clásicos los escuchaba haciendo con sus manos los movimientos del director de sinfónica. La música clásica formó parte muy importante de su vida, todo el tiempo la escuchaba, incluso cuando trabajaba en casa.

Para la familia lo cotidiano era ver a papá en casa leyendo, escribiendo,

etc. Era típico que en el correo llegaran los volúmenes de las diferentes revistas científicas que recibía; tan pronto llegaban a sus manos las abría y empezaba a señalar los diferentes artí-

**La música clásica formó parte  
muy importante de su vida, todo  
el tiempo la escuchaba.**

culos que le interesaban para él o para sus demás colegas.

Cada vez que llegaba a la casa después del trabajo, generalmente traía algo que había pasado a comprar al supermercado, abría la puerta de la casa y gritaba: “¡Maaaanos, ¡maaanos!”, pidiendo que le fuéramos a ayudar a bajar las cosas del carro. ¡Ah! pero, cuando llegaba con alguna cosa envuelta o que no se podía ver lo que era, y mis hermanos y yo le preguntábamos, “¿Qué es?”... El siempre respondía serenamente: “un caballo”.

Siempre estaba muy pendiente de su mamá (los años que ella vivió) y de sus hermanos que vivían en Laredo, Tamaulipas; varias veces al año íbamos a visitarlos. El ritual era llegar a quedarnos a dormir a casa de mi abuela y pasar la frontera a Laredo, Texas, de compras. Desde que tengo uso de razón, papá todos los domingos en la noche sin excepción, hasta el último



día de su vida llamó a sus hermanos por teléfono para saludarlos y saber de sus vidas; también siempre estuvo pendiente de sus necesidades económicas y de salud para apoyarlos en lo que más le fuera posible.

Era muy divertido ir con él en el automóvil, tenía sus frases típicas para cuando iba conduciendo por el tráfico: Si algún conductor se le atravesaba decía los números y letras de la placa del auto, por ejemplo: “¡A ver, RQP 563, hazte para un lado por favor!”

Si el semáforo en rojo se tardaba mucho decía: “¡A qué horas me toca jugar a mí?”

Y contaba que una vez había oído a un señor que vendía verdura decirle a un semáforo que estaba en rojo: “¡Tomatito, cámbiate a lechuguita!”, y muy frecuentemente usaba esa frase.

En caso que le tocara enfrente un camión o vehículo que echaba mucho humo, decía: “¡Válgame Dios!, éste se cree fumigador.”

Yo no la recuerdo, pero papá tuvo una época en la que pintó al óleo y al pastel. Mi abuela materna tenía en su casa una pintura de un bodegón de

Graduación de su hija Alma. Se encuentra el Dr. Amador Flores en segundo plano y en tercer plano parece el Dr. José Mario Gutiérrez.



botellas y frutas que a mí me gustaba mucho; fue una agradable sorpresa enterarme que papá lo había pintado. Con el tiempo fuimos encontrando en la casa de mis papás otros cuadros y bosquejos que él había realizado, así como su caja de gises pastel.

Siempre lo escuché hablar de sus amigos de una manera muy cordial; nos contaba sus anécdotas y vivencias en los cursos y congresos. Recuerdo en particular una vez que yo lo acompañé a un congreso en la Ciudad de México; llegó la hora de la comida y nos fuimos con varios de sus amigos y colegas a comer a un restaurante cerca de ahí. ¡Qué conversaciones tan interesantes escuché en esa comida! ¡Ciencia microbiológica pura!

Cuando me casé y me fui a vivir fuera de Monterrey, papá y yo conversábamos frecuentemente por teléfono. De hecho, cada vez que a mí “se me atoraba la carreta” con alguna situación, mi instinto siempre fue llamarle por teléfono para platicárselo; a todas mis réplicas él contestaba: “¡Ay hijita!, gracias a Dios que esos son tus problemas”.

El tomar una cerveza Bohemia, escuchar las estaciones de Vivaldi o ver una película de Mel Brooks, son algunas de las muchas cosas que traen a mi mente el recuerdo de papá. El decir: “Tú ten fe”, o el pensar, “¿Qué es lo peor que puede pasar?”, es algo espontáneo en mí. El traer a mi mente su rostro alegre y amable me ilumina el día. El saber que soy hija de Manuel Rodríguez es un orgullo y un regalo de Dios.



Con la Dra. Rosa María Hinojosa en una ceremonia de reconocimiento al doctor Rodríguez en 1996.

PÁGINA OPUESTA.  
El Dr. Rodríguez  
con su hija Alma y  
su primera nieta,  
Natalia, en julio de  
1993.

# La herencia para mí y para todos a quienes tocó

● MANUEL RODRÍGUEZ GARZA

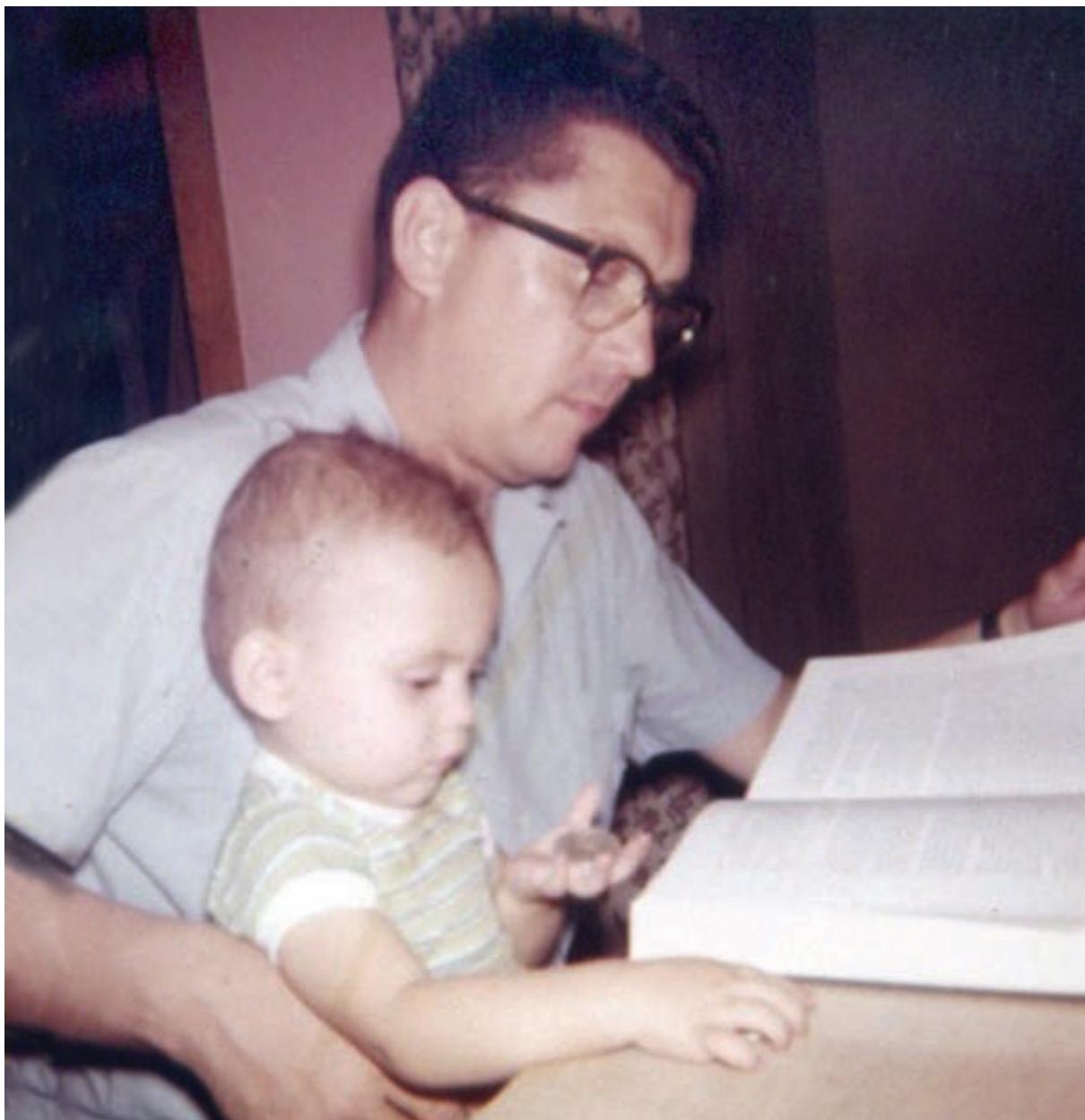
Cuando yo era niño pasaba buena parte de mis domingos en la Facultad de Medicina. Es interesante: cuando tú quieres que te compren una bicicleta, te subes al carro con tu papá bañadito y arregladito y jacabas extrañamente en el Departamento de Microbiología! Esto parecía ser el requisito dominical para llegar a cualquier lado, llegar primero a Microbiología. Una vez sentado papá frente al microscopio, sabías que no ibas a poder moverlo de allí en horas. Con papá no había pataleta, berrinche o grito que funcionara. Tenía una capacidad de concentración sobrenatural y una paciencia infinita. Tal así, que podía pasar la banda de pueblo con bombo y platillos detrás de él y no darse cuenta. Yo no podía entender eso. En un principio, papá pensó que lo más sencillo sería simplemente dejarnos jugar. Comenzamos por explorar el departamento y el laboratorio, hasta que un día nos quedó chico y entonces decidimos pasearnos por toda la Facultad de Medicina. No era tan difícil, pues la facultad estaba literalmente sola, vigilada solamente por Don Catarino y en el estacionamiento el único automóvil era el *vochito* de papá. Cuando papá se dio cuenta dónde andábamos, se llevó el susto de su vida y pronto se percató que no era la mejor de las ideas dejarnos vagar libremente. De esta manera, pasamos a la etapa del dibujo al pastel: nos compró una caja de gises de colores y nos puso al pizarrón. Esto era muy

PÁGINA OPUESTA.  
El Dr. Rodríguez  
con sus hijos

Manuel y Alma,  
ca. 1964.

**Manuel Rodríguez Garza.** Arquitecto, Posgraduado de la Universidad Paris IV. Hijo del doctor Manuel A. Rodríguez Quintanilla.





El Dr. Rodríguez  
con su hijo  
Manuel.

divertido, pintábamos flores, luego jugábamos al gato... hasta que un día en la junta de los lunes por la mañana se percató que ya sabíamos escribir palabrotas... y que no las podía borrar, pues de hecho algunos colores de gis no se borran con facilidad. Así, el siguiente domingo nuestro medio de expresión sería diferente: algo que se pudiera llevar, como los marcadores de colores. Esto era perfecto pues salíamos de la sala de juntas y cargábamos

con todo lo que habíamos hecho. Pero nuestro arte era expansivo, no cabía en una hoja o dos y necesitaba algo amplio. Y los rayones de marcador en la mesa de juntas tampoco se quitaban, por lo que había que pensar en algo más lavable. Papá, siendo muy letrado y leído, hizo igual que Picasso, que pasó del periodo azul al cubismo. Hizo que nosotros pasáramos del marcador al acuarelismo y nosotros, igual que Picasso, ahí nos establecimos. Todavía hasta esta fecha, pienso que el Departamento de Microbiología tuvo como pilar al doctor Manuel Rodríguez y a varias colecciones de esas acuarelas, un verdadero trabajo en equipo. Cada lunes que llegaba a la escuela, mis amiguitos y yo platicábamos sobre nuestro fin de semana. Ellos me decían cosas tales como “¡mi papá se puso una borrachera...!” , y entonces yo les preguntaba “¿qué es una borrachera?” Por otro lado la pregunta de ellos era “¿qué es un microscopio?” Decían, por ejemplo, que a su papá “no lo podíamos quitar de la botella y nos lo tuvimos que llevar arrastrando a la casa...” Por mi lado, yo a papá no lo podía quitar del microscopio y ni de relajo lo podría arrastrar a la juguetería a comprarme la bici.

“Creo que papá no es normal”, pensaba yo. No podía entender, yo quería saber qué era eso que lo tenía tan absorto y retenido al microscopio, qué eran esos vidritos que le ponía al microscopio... Un día aproveché que se levantó y me asomé al microscopio y solo vi manchas. ¿Manchas? ¿Eso es lo que se interpone entre la bicicleta y yo? ¿Manchas? No entiendo, ¡necesito explicación! Papá regresó, me vio sentado en su banco, escuchó mi pregunta, y como todo padre paciente y amoroso, me dio una larga y científica explicación. Yo hice como que había entendido, me senté y me dije “mejor ponte a pintar”. Pero de hecho si entendí algunas cosas de las que dijo, pues ese lenguaje científico era lo cotidiano en casa. Tanto papá como mamá eran científicos. Eso lo comíamos todo el tiempo y no era entonces raro que nos expresáramos acordemente. Un día llegaron a casa preguntando: “niño, ¿aquí todos son cristianos?” La respuesta fue: “sí todos, excepto mi papá que es microbiólogo”. O cuando llegabas a la escuela después de varios días de ausencia y te preguntaban qué tenías y contestabas “Estreptococos maestra”...y así sigue siendo hasta la fecha.

Papá tenía un paladar muy sofisticado. Te decía con certeza “a esto le faltó un poquito de sal, o un poquito de albahaca, o un chorrito de aceite de oliva”. Mamá no era afecta a esos comentarios y muy en su

temperamento un día simplemente decidió dejar la cocina para siempre. Todos tuvimos que aprender a cocinar. Dentro de su paladar sofisticado su repertorio culinario no era muy extenso: hot cakes con plátano, los omelets, el chicharrón en salsa verde eran su especialidad. Pasó el tiempo y crecimos, y así pasamos de los domingos de arte y ciencia en microbiología a los domingos gastronómicos en casa. Papá nos levantaba los domingos con el aroma del desayuno y una gran sonrisa. Las acuarelas quedaron atrás. Yo tuve finalmente mi bici, de hecho ya tenía hasta carro... exacto, el *vochito* de papá. Ya sabía qué eran esas manchas, ya no era un niño y ahora eran otras cosas las que me concernían, como el bienestar de papá. ¿Cómo es que papá, que es un genio, un científico reconocido, no puede abrir una bolsa de fritos sin que estos vuelen por los aires o quitarle la tapa al bote del café sin que este ruede por los suelos? Me inquietaba esa dualidad. Cada vez que lo veía tratando de abrir una lata le decía, “trae para acá, no quiero ver sangre”. Gran parte de sus recetas de cocina requerían alimentos enlatados y yo ya lo había visto hacerse una herida fuerte tratando de abrir una botella de vino y no quería que se hiciera daño. Eso a mí me enojaba, era muy joven y no entendía: yo sabía que los genios tienen sus peculiaridades, pero por lo general son intolerantes y egocéntricos, difíciles, pero papá era todo lo contrario.

Creo que esa es la parte de su herencia, la que me dejó a mí y a todos los que tocó en su vida: el seguir adelante, no obstante, el saber quién eres y qué quieres, saber tu vocación y tener la valentía de seguirla con decisión y fortaleza. Eso fue lo que hizo que un niñito que vivía en una casa de tablones y techo de lámina en Nuevo Laredo, se convirtiera en el doctor Manuel Rodríguez, y que un muchachito que vio una película sobre la vida de Louis Pasteur, se diera cuenta que eso era precisamente lo que quería hacer y lo siguió férreamente hasta el grado de conseguir una distinción del mismo Instituto Pasteur. Lo que llevó a un joven profesionista, tímido y callado, a hablar en público para poder impartir cátedra. Papá se dio cuenta de muchas cosas a temprana edad. Yo he cumplido recientemente mis 60 años y todo esto ha sido parte importante de mi vida y sigue siéndolo aun años después de su partida. Hay miles de historias que podríamos platicar de papá. Yo creo personalmente que, a estas alturas, este relato que les compartí y todos aquellos con los que me quedé, los lanzaría al viento y les pondría un simple “Gracias papá, ya entendí”.

# Mi amigo Manuel



RAÚL ROMERO CABELLO

**R**ecibí la invitación para escribir un texto en memoria de mi muy querido amigo Manuel Rodríguez Quintanilla. De principio me pareció fácil, pero fueron pasando los días y no encontré la forma de iniciar esta empresa, le he dado muchas vueltas en mi cabeza y no veo la forma verbal de comunicar lo que la amistad de Manuel representó en mi vida. Definitivamente las palabras se quedan cortas para expresar el sentimiento y lo que desde siempre he guardado y aplicado de la maravillosa experiencia de convivir con un alma grande y generosa... mi amigo Manuel.

En la Reunión de Profesores de Microbiología y Parasitología en Escuelas de Medicina, A. C. en el año de 1974 conocí a Manuel, como un líder de gran fuerza y claridad mental, con quien me identifiqué. Poco a poco, primero de reunión en reunión, fuimos conviviendo y forjando la amistad, más tarde logramos reunirnos con mucha frecuencia en múltiples oportunidades en Monterrey, México, en diferentes ciudades de nuestro país y también en el extranjero. Esta convivencia maravillosa permaneció hasta unos días antes de su partida.

De Manuel, aprendí en la Microbiología, la enseñanza, la necesidad de escribir nuestras experiencias para comunicarlas a la comunidad, así como actitudes en la vida profesional y familiar. Tuvimos la oportunidad de

---

**Raúl Romero Cabello.** MCP. Especialista en Medicina Interna e Infectólogo Pediatra. Maestro en Parasitología, profesor de la UNAM, Universidad Anáhuac y Escuela Médico-Naval. Director general del Instituto para el Desarrollo Integral de la Salud, México.

participar en múltiples eventos académicos y en muchas ocasiones, juntos estructuramos y realizamos presentaciones en mesas redondas, simposios, conferencias, clases, cursos, talleres, mesas de discusión, etc. También hicimos programas para los cursos universitarios de Microbiología y para diversos cursos extrauniversitarios de agentes biológicos, educación y docencia. Publicamos juntos algunos artículos y logramos como coautores la publicación del libro *Microbiología y Parasitología. Autoevaluación*, con la colaboración de tres profesores, microbiólogos y amigos: Dr. Ramón Becerril Luna, Dr. Carlos Garrocho Sandoval y Dr. Jaime Mendiola Gómez. Es de mencionar que en la preparación del libro nos reuníamos en la Ciudad de México en un departamento pequeño, donde trabajábamos días completos. Mi hijo primogénito tenía escasos meses de nacido; se quedaba con nosotros y los cinco participábamos en cuidarlo, cargarlo y atenderlo. *Microbiología y Parasitología. Autoevaluación* se publicó en 1981, por la editorial El Manual Moderno, se reimprimió en muchas ocasiones hasta finales de la década de los años noventa y se vendieron alrededor de 25,000 ejemplares.

**[ Por setenta años caminó en este mundo y enriqueció a los que tuvimos la fortuna de cruzarnos con él. ]**

Otra gran empresa, en la que Manuel me apoyó y ayudó, fue escribir el libro *Microbiología y Parasitología Humana, bases etiológicas de las enfermedades infecciosas*, que se

publicó en 1983 por la Editorial Médica Panamericana. Este texto se reimprimió varias veces y más tarde se realizaron la segunda, tercera y cuarta ediciones, la última vigente a la fecha como texto en escuelas de formación de profesionales para la salud.

Podría seguir relatando las muchas actividades que juntos realizamos con el compromiso y pasión que Manuel imprimía en su quehacer profesional, de lo que, sin duda, mucho me transmitió y sigue presente en mi persona. Pero más difícil es comunicar quién era este personaje, que por setenta años caminó en este mundo y enriqueció a los que tuvimos la fortuna de cruzarnos con él. Era un comunicador nato, que al igual que en una clase, en una conferencia y en la plática de persona a persona, envolvía y nos compartía su pensamiento, pero también era un gran escucha, tengo

la fortuna de haber hablado con él en tantas ocasiones que seguramente podría llenar una bitácora de muchísimas horas de convivencia, de las que hoy todavía disfruto, al recordar sus frases y comentarios. La amistad cultivada con los años nos hizo tan cercanos, que en nuestro devenir por la vida nos buscábamos para comentar las diversas situaciones personales y el uno al otro nos pedíamos una opinión, un comentario una sugerencia o un consejo.

Han transcurrido más de dos décadas de la pérdida de mi amigo, consejero y profesor en la vida, desde luego que aún duele su ausencia y sigue por hoy y siempre el vacío que dejó su partida. Ahora con la serenidad que los años rociaron en mi persona, puedo declarar sin duda que fui un suertudo al tener a Manuel como el amigo, que según dicen no siempre llega en la vida.

Como Manuel Antonio Rodríguez Quintanilla era un adorador de las letras, encantado con una *galofilia* (por los legados franceses), con admiración en particular por Louis Pasteur y ávido lector entre otros del gran novelista Víctor Hugo, me serviré de algunas palabras escritas por éste último:

Te deseo también que  
tengas amigos, y que,  
incluso malos e  
inconsecuentes sean  
valientes y fieles, y que por  
lo menos haya uno en quien  
confiar sin dudar

No sé si Víctor Hugo... lo encontró, pero yo puedo decir que, en mi vida, Manuel fue el amigo al que le confié sin dudar, y en los últimos 23 años de incomunicación, frecuentemente he recordado sus consejos, que vuelvo a analizar antes de tomar una decisión. Manuel sigue presente en mi vida.

Gracias amigo.

# El maestro que inspiró mi formación científica



MARIO CÉSAR SALINAS CARMONA

Era septiembre de 1969 cuando por primera vez tuve la fortuna de mi encuentro con el Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla como maestro titular del curso obligatorio de Microbiología. Yo cursaba el segundo año de mi carrera de Médico Cirujano y Partero. Desde 1968 los estudiantes de todo México vivimos un despertar de la juventud, al igual que en todo el mundo contra una sociedad con gobiernos autoritarios que controlaban un estilo de vida que ya no respondía a las expectativas de una clase pensante crítica que rompió con los estereotipos de la música, la vestimenta y cuestionó todo el *establishment* como ya inaceptable. México recién celebró la Olimpiada en 1968 y uno de los acontecimientos de represión con armas de fuego que ocasionaron la muerte de gente inocente en la noche de Tlatelolco. Pero esto nos abrió el camino a los jóvenes para pensar de una forma diferente con otros horizontes. Justo en medio de esa situación, las clases de Microbiología del Dr. Manuel Rodríguez, quien terminó su doctorado en el Instituto Politécnico Nacional. Pasado el primer semestre de ese año de 1969 el Dr. Rodríguez organizó un curso de Inmunología para estudiantes de posgrado como parte de los requisitos de la Maestría en Microbiología, que recién se había iniciado para capacitar a maestros e instructores de su departamento en la Facultad

---

**Mario César Salinas Carmona.** MCP. Especialista en Medicina Interna, maestro y doctor en Inmunología. Ex director y ex secretario de Investigación de la UANL. Fundador y jefe del Servicio de Inmunología del Hospital Universitario de la UANL. Miembro del SNI nivel III.

de Medicina. En ese curso yo pude estar como “oyente”, ya que era alumno de licenciatura, y tuvimos como profesores a los doctores Sergio Estrada Parra, Luis Jiménez Zamudio, Emilio García Procel, Ethel García, Jesús Kumate y Roberto Krestschmer. Las presentaciones de los profesores visitantes abundaban en información científica recientemente publicada en las revistas especializadas de la época, que rebasaban al conocimiento fundamental y básico que estaba contenido en el libro enciclopédico de Microbiología de Zinsser, que era el texto único y obligatorio de ese curso de licenciatura.

A mi temprana formación tan solo del segundo año de la carrera, mi interés se iba perfilando hacia la Inmunología como la disciplina que a la postre se constituyó en mi pasión científica.

El diseño profesional de las prácticas de Microbiología por el maestro Manuel Rodríguez aún hoy a la distancia resultaba impresionante, ya que incluía desde las tinciones básicas de aislamiento e identificación de las bacterias, el reconocimiento de su morfología bajo el microscopio de luz y de las colonias en las placas de Petri en diferentes medios, las pruebas microbiológicas y bioquímicas de identificación, hasta técnicas de obtención y aislamiento de muestras biológicas de casos clínicos. Este mismo diseño se aplicaba a la enseñanza de la Parasitología y la Micología Médica. En esos laboratorios, mi conocimiento se acrecentó con maestros inolvidables como Alicia Suárez Semour, Irma Salinas, Lily Galarza y químicos excelentes como Alejandro Osuna en el área de Micología.

La personalidad del Dr. Rodríguez, su entrega a la docencia y a la capacitación del personal académico, así como su permanente interés por la lectura de las publicaciones científicas de la microbiología, nos contagiaba para acudir a la biblioteca departamental de Microbiología y solicitar esas revistas. El Dr. Rodríguez insistía en la necesidad de guardar los valores éticos humanos esenciales para la convivencia en grupo y escribió 10 reglas que, a manera de Decálogo, compartía frecuentemente.

Su legado dejó huella en varias generaciones que él formó directa e indirectamente no solo como maestro sino como funcionario académico, ya que participó en la organización de los estudios de Posgrado de la Universidad Autónoma de Nuevo León y de la Facultad de Medicina. Recuerdo que algunos estudiantes del Posgrado de Microbiología realizaron algunos de sus experimentos en el Laboratorio de Inmunología que apenas estaba creando. Entre esos alumnos recuerdo a Violeta Cecilia

Tinoco Cabriales, quien después de varios años en Estados Unidos de Norteamérica finalmente obtuvo el grado de Doctor en Inmunología en nuestro programa. El Dr. Rodríguez también fue pionero durante su gestión administrativa en la Dirección de Posgrado, organizando cursos como el de Filosofía de la Ciencia entre muchos más, e inició el primer enlace entre la investigación científica de esta Facultad de Medicina y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT). El día terrible del gran temblor en la Ciudad de México de 1985 el Dr. Rodríguez se encontraba precisamente realizando una visita en las instalaciones del CONACYT para lograr la inscripción del programa de Maestría de Microbiología en el recién creado Programa de Excelencia. En ese tiempo las oficinas del CONACYT se encontraban ubicadas en el campus de Ciudad Universitaria. Su vivencia del nefasto evento y de las discusiones con los funcionarios del CONACYT fueron motivo de largas pláticas con el Dr. Oliverio Welsh Lozano y mi persona.

Su pasión por la ciencia en general y la Microbiología en particular con todo su creciente nivel de complejidad desde las bacterias, hongos, parásitos, virus, hasta los genes, la bioquímica microbiana, la inmunología, nos contagiaba a estudiantes y profesores del área clínica, del área básica, alumnos de licenciatura y posgrado incluso residentes del Hospital Universitario.

Gracias al esfuerzo y al interés que siempre lo caracterizaron, le permitieron establecer relaciones sinérgicas con distinguidos profesores como Oliverio Welsh Lozano, Juventino González Benavides, Corando Sáenz y muchos otros que contribuyeron a consolidar áreas como la Infectología, la Parasitología con el Dr. Wilfrido Bustos, la Micología, la Virología y en todas estas áreas, el doctor Rodríguez contribuyó a la formación de distinguidos profesores que lograron con sus estudios de Posgrado en la Ciudad de México o en el extranjero, establecer sólidas áreas de investigación científica. Esta visión compartida por el Dr. Rodríguez con mi persona me inspiraron a caminar en esa senda de formarme para luego formar a otros y lograr en el futuro consolidar un área de inmunología.

Excelentes egresados de los programas de Posgrado de Microbiología, de los cuales solo recuerdo algunos como: José Santos García Alvarado, Norma Heredia Rojas, Alma Yolanda Arce Mendoza, Lucio Vera Cabrera, Irma Rositas, Irma Salinas, Rita Rositas, entre muchísimos otros.

La visión personal del Dr. Manuel Rodríguez acerca del futuro de la Facultad de Medicina estaba ligado al reconocimiento de la actividad de investigación científica como una actividad sustancial, rutinaria de los profesores de la facultad, tan digna y gratificante como la de un avezado clínico de asistencia hospitalaria. Su pasión por la investigación científica estaba sin duda en su mente ligada a los necesarios estudios de posgrado, por lo cual se dedicó a la consolidación reglamentaria del posgrado.

En cuanto a mi formación académica siempre estuve pendiente para guiarme y orientarme. Por ejemplo, al término de mi carrera de Médico Cirujano y Partero, me ayudó a gestionar una estancia en la Universidad de Texas específicamente en el MD Anderson Hospital and Tumor Institute; allí trabajé y logré mi primera publicación en el *Journal of Immunology* en el año de 1975. Durante esa experiencia en investigación científica hice un cambio de rumbo al correctamente decidir que necesitaba mi formación médica como residente de Medicina Interna, el cual realicé en el Instituto Nacional de la Nutrición ahora “Salvador Zubirán”.

Sin abandonar mi sueño de convertirme en un estudioso de la Inmunología, con los

consejos del Dr. Rodríguez, me inscribí en el programa de Maestría y luego en el de Doctorado en Inmunología en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del

Instituto Politécnico Nacional, y luego mi estancia postdoctoral en los Institutos Nacionales de Salud de Estados Unidos de Norteamérica en Bethesda, MD. Al término de mi estancia doctoral, para lograr mi contratación como Profesor Titular de la Facultad de Medicina, de nuevo el apoyo del Dr. Manuel Rodríguez y del Dr. Oliverio Welsh Lozano fue fundamental, y logré iniciar la fundación del Primer Servicio/Departamento de Inmunología que incluía la ciencia básica y la aplicación clínica, con la distinción de ser el primer jefe del Servicio, siendo director del Hospital el Dr. José Mario Gutiérrez Zambrano.

Nuevamente mis primeros trabajos de investigación científica eran en colaboración con el Dr. Manuel A. Rodríguez y con el Dr. Welsh precisamente sobre el actinomicetoma por *Nocardia brasiliensis* de los

Su pasión por la investigación científica estaba en su mente ligada a los estudios de posgrado.

casos clínicos que el Dr. Welsh trataba en el Servicio de Dermatología del Hospital Universitario. El primer gran fruto de esta estrecha colaboración culminó con el aislamiento e identificación de una cepa de *N. brasiliensis* aislada de un paciente, que luego pudimos registrar en la American Type Culture Collection (ATCC) asignándosele el número 700358. Este trabajo lo pudimos completar gracias a las relaciones del Dr. Rodríguez con Libero Ajello y June Brown de los Centros para Control de Enfermedades Infecciosas (CDC) de Atlanta, Georgia. Los doctores Rodríguez y Welsh me retaron a diseñar una prueba para diagnóstico clínico de infección por *N. brasiliensis*, ya que las pruebas microbiológicas clásicas tardaban más de un mes y esto era inaceptable en algunos casos clínicos con afectación de órganos vitales. Esto me ayudó primero a identificar los antígenos protéicos inmunodominantes de *Nocardia brasiliensis*, datos que publicamos de manera conjunta los tres. Luego por encargo del Dr. Rodríguez, tuve el gusto de recibir a un estudiante distinguido del programa de Microbiología, a la postre el Dr. Lucio Vera Cabrera, para realizar su trabajo de tesis doctoral consistente en diseñar una estrategia para aislar y purificar los antígenos inmunodominantes de *Nocardia*, con lo cual el entonces estudiante Lucio Vera obtuvo su Grado de Doctor en Microbiología. Inmediatamente después con una estudiante del ya creado Posgrado de Excelencia del CONACYT (ahora PNPC) de nuestro programa de Maestría de Inmunología, la química Silvia Casillas Q., utilizamos esos antígenos purificados para crear la primera y única prueba serológica que sirve, no solo para comprobar el diagnóstico clínico de actinomicetoma por *Nocardia brasiliensis*, sino que permite evaluar la respuesta al tratamiento.

Entre ejemplos de publicaciones científicas en que colaboramos, puedo citar a dos de éstas: 1) Mario César Salinas-Carmona, Lucio Vera, Oliverio Welsh, and Manuel Rodríguez. 1992. "Antibody response to *Nocardia brasiliensis* antigens in man". *Zentralblatt für Bakteriologie*, 276: 390-397., y a 2) Lucio Vera-Cabrera, Mario C. Salinas-Carmona, Oliverio Welsh and Manuel A. Rodríguez. 1992. "Isolation and purification of two immunodominant antigens from *Nocardia brasiliensis*". *Journal of Clinical Microbiology*, 30:1183-1187.

El legado del Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla a la Microbiología de la Facultad de Medicina, a la Universidad Autónoma de Nuevo León, a la formación de muchos profesionistas, sin lugar a dudas nos sigue inspirando a la distancia.

# Nada inconcluso y devolver con creces



ODILIA SAUCEDO CÁRDENAS



Qué escribiré del Dr. Rodríguez?, me pregunté en cuanto recibí la invitación para la realización de un libro dedicado a una persona siempre jovial, a un profesor que le encantaba la enseñanza, a un jefe de departamento atento a su grupo de trabajo. Y rápidamente me contesté: con gusto escribiré unas líneas de una de las personas que le dieron dirección a mi carrera como profesionista.

Así que, pensando en el Dr. Rodríguez, me remonté a los años ochenta, cuando tuve una entrevista con él para entrar a la Maestría en Microbiología Médica de la Facultad de Medicina de la UANL. Llegué temerosa al Departamento de Microbiología, quizás por no conocer al Dr. Rodríguez y aunado a que era la primera vez que estaba en una Facultad de Medicina. Así que esperé sentadita en el pasillo donde veía pasar personal de laboratorio y finalmente conocí al Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla, quien amablemente me recibió con su sonrisa característica. Y con la diaria convivencia llegué a conocer su manera de ser, siempre atento, amable y con sus amenas pláticas.

Al año de conocerlo, el grupito que formábamos los estudiantes de la maestría (Rolando, Francisco, Tere, Lucio, Alma, Jorge, Lulú, Isi), presentaríamos un examen de Microbiología en nuestra aula de posgrado, así que cada quien tomó un lugar en los tradicionales bancos de madera que tienen su paleta para apoyar. Yo me senté en el rincón del aula, con un grado de dificultad por tener más de ocho meses de embarazo, y comenzó el examen. Transcurrió el tiempo del examen y yo entre los continuos

---

**Odilia Saucedo Cárdenes.** MCP, con maestría y doctorado en Ciencias Morfológicas. Profesora del Departamento de Histología de la Facultad de Medicina de la UANL. Jefa del Laboratorio de Genética del IMSS. Miembro del SNI nivel III.

cambios de posición y tremenda labor de concentración, logré concentrarme tanto que logré obtener un dulce sueño reparador. Sin sobresaltos, desperté tranquilamente sintiendo la mano del Dr. Rodríguez sobre mi hombro y tiernamente me dice: “¡Son los efectos del embarazo, mujer! no te preocupes, tú tranquila, vayamos a la oficina para que termines tu examen”. Siempre tan amable y con una gran calidez humana.

Al principio mencioné la gran influencia que el Dr. Rodríguez había tenido en la dirección de mi carrera profesional, y a continuación les narro cómo aconteció. Sucede que, debido a los continuos cambios del lugar de trabajo de mi esposo Roberto, tuve que cambiar el trabajo de mi tesis de Maestría en Microbiología como tres veces. Y transcurría el tiempo y yo sin poder obtener mi grado de maestría, así que finalmente logré tener más del 50% de mi nuevo trabajo de tesis, y acudí con el Dr. Rodríguez para platicarle de mi tema de tesis. Me escuchó atentamente como siempre, y con su mano en el mentón me dice: “Odilia, está muy bien tu trabajo pero los objetivos no corresponden a un trabajo que genere conocimiento nuevo en el área de la Microbiología. El único elemento microbiológico que veo es la bacteria *Escherichia coli*, que utilizarás solo como medio para obtener el ADN que necesitarás. Así que te sugiero que vayas y platicues con el Dr. Julio Sepúlveda del Departamento de Histología. Tu trabajo incluye un minucioso análisis histológico necesario para evaluar los cambios que sufren los tejidos debido a la inactivación del gen que estudiarás”. Además, me dice: “...y como el tiempo apremia, coméntale a Julio que quieras hacer el doctorado directo, y que te diga qué materias adicionales necesitarás”. Y como siempre, el Dr. Rodríguez estaba en todo, y siempre incondicional. Finalmente, son dos puntos importantes que quiero resaltar: El Dr. Rodríguez siempre me inculcó que las cosas no deben dejarse inconclusas, y gracias a él logré que me aceptaran como estudiante de posgrado en la especialidad de Morfología, cumpliendo con una meta: la obtención del grado de Doctor en Ciencias. El Dr. Rodríguez siempre me dijo que se tiene que devolver con creces los conocimientos adquiridos a las generaciones futuras y, siguiendo su consejo, día tras día transmito el conocimiento a nivel de pregrado y posgrado.

Y, por último, quiero terminar con una frase que siempre la escuchaba del Dr. Rodríguez: “te vas a dar una gran divertida”, frase que nos decía cuando íbamos a comenzar algún experimento. Y, hasta la fecha, recuerdo esta frase cada vez que comienzo un nuevo proyecto y con ella viene la imagen de nuestro querido Dr. Rodríguez.

# Un maestro ejemplar



MARÍA ALICIA SUÁREZ SEMOUR

**R**ecordaré por siempre al doctor Manuel Rodríguez Quintanilla como una persona con gran calidad humana, amable, sencilla y muy respetuosa, atento a las necesidades de sus colaboradores y sensible ante los problemas personales de cada uno de los que formamos parte de su equipo de trabajo. Como maestro fue ejemplar, dedicado, alegre y con muy buen sentido del humor; sus clases amenas, manteniendo la atención de los alumnos, ya que siempre tenía una ocurrencia relacionada con la misma. Perfeccionista y organizado con el contenido de la clase, explicando a detalle la materia; su material de apoyo, el pizarrón y equipo audiovisual. A nosotros como maestros, nos evaluaba y corregía en lo que estábamos fallando en la exposición y/o explicación de la clase. Siempre correcto y estricto, quería clases perfectas como las que él impartía.

Constantemente trabajaba en proyectos de investigación, asesorando a estudiantes de pregrado y posgrado. En ocasiones no había presupuesto para el material que se requería y él se las ingenia y conseguía lo que necesitaba para solucionar el problema.

Una anécdota que recuerdo es que se necesitaban muchas cajas de Petri y no había suficientes porque las que se tenían eran para las prácticas de laboratorio. Se fue a la empresa Cristalería y encontró unos ceníceros que fueron utilizados como placas de Petri. Con su ingenio todo lo resolvía.

Incansable, los fines de semana se iba al laboratorio para inocular las bacterias en los medios de cultivo y trabajarlas al día siguiente de acuerdo al protocolo del proyecto. Con sabiduría, inteligencia y consejo, nos guió a sus alumnos para desempeñarnos en la docencia e investigación.

---

**María Alicia Suárez Semour.** QFB. Maestra en Ciencias con especialidad en Microbiología Médica por la Facultad de Medicina de la UANL. Maestra de Tiempo Completo del Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la UANL (1964-1994).

Como maestro, el Dr. Rodríguez era un ejemplo a seguir.



Como mencioné antes, el doctor como maestro era un ejemplo a seguir a través de sus conocimientos, dedicado totalmente a la enseñanza; como jefe, un gran guía, dispuesto a compartir sus experiencias, enseñándonos a ser mejores cada día; como amigo, gran ser humano, al escuchar y aconsejar brindando su mano, apoyo incondicional a quien lo requería.

Un legado muy grande y sólido ha dejado en la Facultad de Medicina, nuestro inolvidable compañero y gran amigo, Dr. Manuel Rodríguez.

# Mi formación fue hecha por el Dr. Rodríguez



ERNESTO TORRES-LÓPEZ

**C**omo inicio de esta remembranza acerca del Dr. Manuel Rodríguez Quintanilla, vale la pena recordar la primera vez que lo vi el 2 de agosto de 1978, entrando ágil al salón de clase en el aula 5 en el sótano de la Facultad de Medicina. Fue en la presentación del curso de Microbiología Básica para la carrera de LCB (Laboratorista Clínico Biólogo), ahora QCB (Químico Clínico Biólogo). Él ingreso al aula de manera jovial y alegre y nos dio la bienvenida, además de presentarnos a algunos de nuestros maestros que impartirían las clases, siempre fueron varios los profesores. Cuando uno de ellos no podía atender la clase, él nos la impartía sin problemas, lo cual fue una forma divertida de ir integrando los procesos microbiológicos a nuestro lenguaje.

Recuerdo que en esa época una de mis compañeras al exponer su tema acerca de las micobacterias se expresó así: “El bacilo tuberculoso de Micobacteria tuberculoides (sic) es el agente causal de la tuberculosis”. El Dr. Rodríguez detuvo la explicación y corrigió, “perdone usted, señorita, pero a la bacteria no le da tuberculosis, esta bacteria es el agente causal de la tuberculosis en humanos”.

Años después en 1982, y una vez que había aprobado los cursos de

---

**Ernesto Torres-López.** QCB. Maestro y doctor en Inmunología. Posdoctorado en la Universidad de Harvard. Profesor del Servicio de Inmunología del Hospital Universitario de la UANL. Ex investigador principal de la Unidad de Laboratorios de Virología, Inmunoterapia y Biotecnología en el CIDCS-UANL.

Microbiología básica, Micología y Parasitología, me inscribí en la lista de becarios del departamento que él dirigía, e ingresé como pre instructor en el Laboratorio de Inmunología con el Dr. Rolando Tijerina (QEFD) y la Dra. Alma Yolanda Arce Mendoza, en el mismo Departamento de Microbiología. Esta área de trabajo estaba justo al lado de la oficina del Dr. Rodríguez, y nos dábamos cuenta cuando llegaba y cuando se iba. En esa época no existían tantas reglas sanitarias que nos impidieran comer en las mesas de trabajo (o si existían, pero no las ejercíamos). Un día llegó el Dr. Rodríguez con su caminar característico y él mismo decía que caminaba de forma “ladina”, lo cual nosotros lo interpretábamos como que ameno y chistoso, pero ese día no llegó de buen humor y nos mandó a todos profesores, laboratoristas, técnicos y becarios a comer a la cafetería de la facultad. Sorprendidos por la reacción dejamos de comer en las mesas de trabajo, moraleja: nos faltaba disciplina.

Para estas fechas ya éramos tres los becarios de LCB en el Departamento de Microbiología, Lucio Vera Cabrera en el Laboratorio de Micología a cargo del Dr. Oliverio Welsh y Alma Rodríguez Garza, hija del Dr. Rodríguez. Ella era el comodín, pues prácticamente estaba en todos los laboratorios y fuimos nosotros tres quienes por instrucciones de él, nos responsabilizamos del control de calidad del índice de bacterias coliformes en diferentes distribuidoras de leches del área metropolitana. Estas muestras de leches llegaban lunes, miércoles y viernes. Los tres Alma, Lucio y yo nos dimos cuenta de la calidad de contaminación y esterilidad de las leches y tomábamos como criterio que aquellas que salieran con índice de calidad aceptable las podíamos consumir. Cuando el Dr. Rodríguez se enteró de lo que hacíamos con las leches al final del estudio, nos llamó la atención e indicó que teníamos que desecharlas, prohibiéndonos el consumo de éstas. Más que sentirnos regañados, nos dio mucha risa a los tres por el estilo de la llamada de atención muy paternal, porque ni su hija Alma se escapó de ella.

No recuerdo la fecha exacta, pero siendo compañeros de generación como LCB, un día Alma Rodríguez me invitó a su casa a realizar un trabajo y estudiar, solo estaba su mamá y de rato llegó el Dr. Rodríguez, la señora Alma, también experta en el laboratorio clínico, nos compartió limonada y el Dr. Rodríguez nos dio consejos de cómo estudiar manteniendo su calidad paternal ante los compañeros de Alma, su hija.

Para 1982 yo ya era instructor de Parasitología donde lideraban esta disciplina el Dr. José W. Bustos Aldana (QEPD) y la QBP Elba G. Rodríguez, y por obvias razones la mayoría de nuestras muestras biológicas fueron materia fecal humana. Uno de esos días en que estuve realizando aislamiento y concentración de parásitos intestinales, el aire del laboratorio se encontraba impregnado con el olor de las muestra biológicas. Ese día en particular tuve muchas muestras de *Entamoeba histolytica* (quistes y trofozoitos), siendo ya tarde, (después de las 4:00 pm) va entrando el Dr. Rodríguez al Laboratorio de Parasitología (ya que le gustaba ir a la biblioteca que estaba al fondo de los laboratorios) y al pasar dice en voz alta y firme: "Neto, huele mucho a caca, enciende los extractores". Esperé a que saliera del laboratorio y no pude contener un ataque de risa. En esa misma época llegó una muestra de carne contaminada de triquinosis y el único método para aislar las larvas fue el de digestión enzimática con tripsina y colagenasa. Este método requiere la digestión y fermentación del tejido e incubar a 30°C por dos a tres días para liberar las larvas. Realicé el procedimiento y al llegar el lunes la sorpresa fue que la maestra Alicia Suárez Semour, Irma Alicia Salinas González y la maestra Lily Galarza se molestaron tanto porque el laboratorio se impregnó obscuramente del olor fétido de putrefacción, asumiendo que oía peor que el anfiteatro. La maestra Alicia con mucha influencia sobre el Dr. Rodríguez me reportó con él y el doctor me llamó a su oficina para explicar qué había sucedido. Pensé que me llamaría la atención o que me correría del departamento, pero mi sorpresa fue que revisó mi protocolo de trabajo y me dijo que siguiera con el experimento, solo que no olvidara encender los extractores del laboratorio.

Una vez que me gradué de QCB busqué estudiar el posgrado en 1984. Él y el Dr. Wilfrido Bustos eran ejecutivos de la Subdirección de Posgrado, pero el comité no me quería aceptar, ya que tenía una materia en segunda y otra en tercera oportunidad del primer año de mi formación profesional, época en la que tuve una crisis económica muy fuerte y falleció mi padre. El Dr. Rodríguez elaboró una carta apoyándome, resaltando mi entrenamiento en los últimos tres años en su departamento; además me comentó: "Neto, no es posible que no te acepten solo porque tuviste problemas con dos materias. Yo dejé una en quinta y soy jefe de departamento, y esa no es una forma pedagógica de evaluar los talentos".

La carta dio frutos e inicié mi Maestría en Microbiología, aunque yo la quería en Inmunología, en esa área solo había doctorado y no maestría. Este mismo año se abrió el Servicio de Inmunología a cargo del Dr. Mario César Salinas Carmona, y pedí mi cambio y aceptación a Inmunología. El Dr. Salinas me aceptó como trabajador, mas no como estudiante de posgrado, por lo que solo pedí terminar el semestre ya que tenía beca de la SEP (Secretaría de Educación Pública). En 1991, me reincorporé al posgrado y terminé la maestría en 1994. Aquí el Dr. Rodríguez fue mi maestro de Metodología de la Investigación Científica. Por mi hambre de tener más conocimiento y sabiendo que de mi maestría obtuve premios, publicaciones y asistí a congresos, entendí que mi camino era la ciencia, aunque en ese momento no tuve apoyo para inscribirme en el doctorado. A principios del año 1996 llegó el Dr. Manuel A. Rodríguez al Departamento de Inmunología como maestro adjunto, ya que dejó de ser jefe del Departamento de Microbiología. El Dr. Salinas lo abrigó en nuestro departamento y justo en la última semana de noviembre de 1996 platicando con él me dijo: "Mira Neto, yo no tengo duda de que tú, Lucio y mi hija Alma son talentosos, pero tú tienes otra personalidad diferente a ellos, y estás en una jaula de oro, pero esta no deja de ser prisión. Vuela Neto, salte de esta jaula y vuela, vuela tan alto hasta donde tú quieras". Y lo hice. Él falleció quince días después y me queda de enseñanza de su parte que mucho de mi formación personal y profesional fue hecha por el Dr. Rodríguez.

# Una amistad para siempre



JOSÉ GERARDO VELASCO CASTAÑÓN

**L**a educación fue siempre una parte importante en mi trayectoria académica. Hay muchas definiciones de su significado, pero en su sentido más amplio, yo considero que es un proceso en el que se mejoran los conocimientos y capacidades de una persona para enfrentar cualquier situación en los diferentes ámbitos de la vida.

El doctor Manuel Rodríguez era jefe del Departamento de Microbiología cuando yo cursé el segundo año de los estudios de Medicina. El dirigía a un grupo de maestros y maestras entusiastas y el programa de enseñanza tenía la fama de ser la asignatura más difícil en ese año.

Las clases impartidas por el doctor Rodríguez no sólo eran amenas sino también completas y lograban despertar la curiosidad por saber más. Fue durante las prácticas de esta asignatura que recibí la lección más impresionante para cualquier médico: el entendimiento de la muerte, pero no participé como testigo sino que fue un proceso de estudio del fenómeno, planificado como práctica de laboratorio. Se trató de la inducción de anafilaxia en un cobayo, previamente sensibilizado una semana antes a la albúmina de huevo, al cual le fue inyectada una segunda dosis de la misma substancia. Esto desencadenó un proceso alérgico generalizado con foco en los pulmones como órganos de choque que terminó por matar al animal en cuestión de minutos. La muerte del animal no solo era esperada sino

---

**José Gerardo Velasco Castañón.** MCP. Doctor en Microbiología. Diplomado en Educación Médica. Profesor del Departamento de Microbiología (1976-1996) y del Departamento de Medicina Preventiva (1996-2010). Investigador en el CIDICS y presidente del Comité de Bioseguridad en el mismo Centro (2010-2015). Integrante del Consejo Estatal Contra las Adicciones.

explicada también en detalle por el Dr. Rodríguez. Tuve una actitud no solo de incredulidad, sino que también experimenté una reacción de rechazo que se manifestó con náuseas muy intensas que me obligaron a pedir la salida del laboratorio para ir al retrete a vomitar.

No lo supe entonces pero esta experiencia formativa se integró con otros dos eventos el primero un año antes, en la mesa de disección del anfiteatro de anatomía, cuando vi por primera vez un cadáver y no solo tuve que tocarlo sino también hacer mis primeros cortes con bisturí como se requiere en la disección como aprendizaje. El otro evento fue ser partícipe de la atención médica de un paciente joven y sano que a consecuencia de un accidente automovilístico murió irremediablemente en la sala de urgencias.

Tiempo después cuando pasé a ocupar una plaza como profesor en el Departamento de Microbiología, pude integrar aquellas experiencias de estudiante para darle dimensión y profundidad al proceso educativo, proceso que necesariamente va más allá de la experiencia en el aula y que requiere no sólo de una sólida formación académica del profesor, sino

también de una vocación que le lleva paralelamente con el estudiante a incorporar un conocimiento que será la base para mejorar no sólo en las actividades profesionales, sino también las

A la distancia, mis recuerdos de él tienen la perspectiva de toda una vida.

actitudes y conductas para desempeñarse mejor en todo contexto social.

En todo lo anterior, tuve la fortuna de tener al doctor Manuel A. Rodríguez en tres facetas: como jefe afable, maestro más que competente, y amigo entrañable. A la distancia, mis recuerdos de él tienen la perspectiva de toda una vida, puesto que disfruté de su compañía desde mi adolescencia en 1969 hasta su repentina muerte en 1996.

Tenía vocación de viajero y asumía las vicisitudes como anécdotas que en el futuro se convertían en aderezo de sabrosas charlas o bien herramientas para romper el hielo en cualquier circunstancia.

Faltaría espacio para narrar las experiencias personales que salpicaron todos esos años, baste decir que compartimos el gusto por los viajes, la

música, los idiomas de los que dominaba el inglés y el francés, además de que procuraba siempre una especial pulcritud en la gramática castellana. También compartí con el Dr. Rodríguez otros intereses como fueron los campos del conocimiento distantes de las ciencias de la salud o de la biología, como la astronomía, la filosofía, la política nacional e internacional. Un lugar especial lo ocuparon los libros y en general cualquier tipo de publicación tales como las suscripciones a revistas de sólido prestigio académico como *Science*, *Nature* y *Scientific American* o bien las publicaciones propias del campo de la Microbiología. Las charlas con él no solo eran estimulantes, sino que con frecuencia servían también para tener un enfoque diferente, provocativo o novedoso en contenido o estrategias para la docencia.

Es relevante que luego de 23 años de su muerte, muchos de quienes entonces laboramos en el Departamento de Microbiología de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Nuevo León seguimos cultivando una amistad que nos une y que proviene de haber tenido como compañero a un líder eficaz, con sonrisa casi perenne y facilidad para asimilar la adversidad. Convivir con él constituyó, para muchas personas, ya sea alumnos o colegas, subordinados o autoridades de todos los niveles, la oportunidad de tener un compañero de trabajo, un maestro, un jefe como pocos. Quienes disfrutamos de su presencia en las tareas propias de la Universidad fuimos agraciados con experiencias únicas.

Diré finalmente que en lo personal tuve el privilegio de ser considerado como de la familia, con un afecto irrestricto y pródigo tanto de su esposa, la señora Alma, como de sus hijos Manuel, Alma, Jaime y Eduardo, afecto y cariño que han trascendido el tiempo.

El día que falleció, llegué muy temprano a mis labores solo para percibir un silencio extraño: momentos después la maestra QFB Alicia Suárez me comunicó la infiusta nueva.

Acertadamente la dirección de la Facultad de Medicina accedió a la petición de hacerle una guardia de honor en el frente del edificio principal. De este acontecimiento conservo muy pocos detalles en la memoria, pero sí recuerdo que a su término caminé siguiendo el féretro primero y después también el vehículo fúnebre hasta que salió del estacionamiento a la calle... fue mi manera de decirle ¡Hasta siempre querido amigo!

# Vive en quienes influyó

LUCIO VERA CABRERA

Cuando ingresé a la Facultad de Medicina a estudiar la Licenciatura de Químico Clínico Biólogo, tuve mis primeras experiencias con una materia sumamente difícil para mí, ya que no tenía previo contacto con la misma: la Microbiología. No me imaginaba lo importante que es ni la gran variedad de organismos biológicos que están muy por abajo de nuestra capacidad visual, así como las terribles epidemias y condiciones médicas que pueden producir. Tanto se me dificultó aprenderlo que me fascinó y, tiempo después, entré al Departamento de Microbiología como ayudante en las prácticas de pregrado. Ahí conocí a excelentes microbiólogos y a su jefe el doctor Manuel A. Rodríguez. Me sorprendió el clima de trabajo y el ambiente de respeto entre maestros, trabajadores y estudiantes. Y esta era una de las cosas que más admiraba del doctor: su facilidad para coordinar el Departamento de Microbiología. A pesar de contar con más de diez maestros y como treinta personas entre químicos, técnicos y demás personal, el departamento funcionaba como una máquina de engranes. Su secreto era que sabía delegar a los profesores diversas coordinaciones, cada quien en su área de dominio.

Al entrar al posgrado en Microbiología, conocí un poco más al Dr. Rodríguez, que, como maestro, era siempre dicharachero y nos hacía ver los conceptos ásperos y difíciles de la Microbiología Médica como cuestiones fáciles de aprender. Ya que él era una persona muy ocupada, tenía poco tiempo para dedicarnos, y para las clases se ayudaba de notas con detalles de cada clase, que él preparaba para cada una de las cátedras.

---

**Lucio Vera Cabrera.** QCB. Maestro y doctor en Microbiología. Posdoctorado en la Universidad de Toronto. Profesor del Servicio de Dermatología del Hospital Universitario de la UANL. Jefe del Laboratorio Interdisciplinario de Investigación Dermatológica del Servicio de Dermatología en el Hospital Universitario. Miembro del SNI nivel III.

Su conocimiento del área de Microbiología Médica era muy extenso, en parte debido a la realización de su posgrado en la Universidad de Michigan, en Ann Harbor, en los años cincuenta, en los tiempos de oro de la Microbiología Médica, y a que atendía regularmente un sinnúmero de congresos. A nivel nacional, conocía a los principales investigadores de Microbiología, y todo esto le permitía tener una excelente visión de lo que debía ser un programa de Microbiología Médica a nivel de enseñanza de posgrado.

A principios de los años ochenta la investigación en México era muy escasa, los apoyos del CONACYT eran muy pocos y no existía aún el Sistema Nacional de Investigadores, por lo que eran necesarios profesores como el Dr. Rodríguez para mantener activo el desarrollo de la investigación. Años después yo me gradué de doctor en Ciencias con especialidad en Microbiología Médica, y tuve la oportunidad de que se me incluyera como profesor del Departamento de Microbiología. Ahora mi relación con el doctor era más directa, ya que como profesor mis obligaciones eran mayores en el área de docencia e investigación. El Dr. Rodríguez siempre tenía un consejo a la mano y ayudó a su servidor a continuar en la naciente actividad de investigación apoyándome a realizar una estancia posdoctoral que enriquecería mi experiencia académica. Asimismo, impulsó a un sinnúmero de otros investigadores en Microbiología, los cuales emigraron posteriormente a otros lugares o facultades de la Universidad, y que ahora son pilares de la investigación en sus lugares de adscripción. Quizá el Dr. Rodríguez no publicó 500 trabajos de investigación como pudo haber hecho si hubiese trabajado en el primer mundo; prefirió quedarse y ayudar a enverdecer este desierto y sentar las bases para el actual sistema de investigación de nuestra facultad que ahora está muy desarrollado. En tiempos de oscurantismo es importante mantener la visión de lo que en un futuro más próspero se puede realizar. El Dr. Rodríguez físicamente ya no está con nosotros, pero vivirá en las personas que influyó para ser mejores personas y profesionistas.

**Sentó las bases para el actual sistema de investigación de nuestra facultad.**

# Unidos por la ciencia y la amistad

OLIVERIO WELSH LOZANO

**L**a Micología en la Facultad de Medicina tuvo sus inicios en el decenio de 1950, cuando el MC. QFB. Manuel Rodríguez Quintanilla, egresado de la Facultad de Ciencias Químicas y con maestría en Ciencias en la Universidad de Michigan, y posteriormente doctorado en Ciencias del Instituto Politécnico Nacional, inició el Departamento de Microbiología en 1957. El estudio de los hongos se desarrolló como una sección de la Microbiología y Parasitología. El Dr.

**Nota de los editores:** El Dr. Oliverio Welsh Lozano (1939-2020), compañero y amigo del Dr. Manuel Rodríguez, recibió la invitación a participar en este libro-homenaje para el doctor. Desafortunadamente, una súbita enfermedad y su infeliz deceso impidieron su colaboración en este espacio. Hemos querido recuperar, sin embargo, una expresión de la amistad y colegialidad de ambos profesores expresada en este texto, tomado del artículo “La Micología en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Nuevo León” publicado en *Dermatología. Revista Mexicana*, volumen 60 (6) de noviembre de 2016, escrito por el Dr. Oliverio Welsh en colaboración de los doctores Jorge Ocampo Candiani, Lucio Vera y Mario César Salinas. Este texto refleja la relación de orden profesional y no transmite en toda su expresión la gran amistad y afecto personal existente entre ellos. La doctora Esperanza Welsh Hernandez, hija del Dr. Welsh y también dermatóloga, narra asimismo desde su perspectiva la relación personal de estos dos amigos y colegas. Agradecemos a la doctora Elisa Vega Memije, editora en jefe de *Dermatología. Revista Mexicana*, órgano oficial de la Sociedad Mexicana de Dermatología y de la Academia Mexicana de Dermatología, permitir generosamente la reproducción del texto relevante en el presente libro.

**Oliverio Welsh Lozano.** (1939-2020). MCP. Especialista en Dermatología. Doctor en Medicina. Fue subdirector de Pregrado y de Estudios de Posgrado, profesor y ex jefe del Servicio de Dermatología de la Facultad de Medicina y Hospital Universitario de la UANL. Profesor Emérito de la Facultad de Medicina de la UANL. Miembro del SNI nivel III.

Rodríguez recibió su preparación en Micología durante su maestría en la Universidad de Michigan, bajo la dirección del subjefe del Departamento de Dermatología, el Dr. Richard Harrell, discípulo del eminente micólogo estadounidense Francis Norman Conant, PhD, egresado de la Universidad de Duke, con maestría y doctorado en la Universidad de Harvard. En la Facultad de Medicina de la Universidad de Michigan, el Dr. Harrell desarrolló durante los decenios de 1950 y 1960 un excelente laboratorio para el diagnóstico, estudio e investigación en el área de la Micología; en él laboraban químicos y doctorados, y fue en este sitio donde los residentes de Dermatología y los estudiantes de maestría en Microbiología se preparaban en el área de la Micología. En ese laboratorio se realizaban estudios de diversos cultivos y subcultivos, así como estudios de investigación en animales. En ese sitio el maestro en Ciencias Manuel Rodríguez y el Dr. Oliverio Welsh, dermatólogo egresado de la Universidad de Michigan, recibieron su preparación micológica. En 1974, el Dr. Welsh acordó con el Dr. Rodríguez

**El doctor Welsh acordó con el doctor Rodríguez el desarrollo de un laboratorio de Micología.**

el desarrollo de un laboratorio de Micología que se realizaría en el Departamento de Microbiología. El laboratorio se construyó en el espacio de un salón para las clases de Microbiología, localizado en el segundo piso del ala poniente del Departamento de Microbiología. La adaptación de este espacio se realizó tomando en consideración las recomendaciones del Dr. Antonio González Ochoa, el Dr. Pedro Lavalle y la QCB Amanda Trujillo. El presupuesto para realizar el laboratorio se obtuvo de un remanente de un donativo que la Fundación Kellogg había otorgado a la Subdirección de Posgrado, entonces dirigida por el jefe del Departamento de Patología, el Dr. Sergio de la Garza. El laboratorio inició sus funciones en septiembre de 1974, dirigido por el Dr. Oliverio Welsh, con un pasante de la carrera de QCB, Alejandro Garza Osuna, primer lugar de su generación. En los primeros cinco años, en el laboratorio se realizaron todos los cultivos, microcultivos y otros estudios de infecciones micóticas superficial, subcutáneas y sistémicas.

# Colegas y amigos

● ESPERANZA WELSH HERNÁNDEZ

**A**l Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla lo recuerdo como un gran amigo de mi padre el Dr. Oliverio Welsh. El Dr. Manuel Rodríguez comenzó el área de Micología en la década de los cincuenta. Había sido egresado de la Facultad de Ciencias Químicas, con maestría en Ciencias en la Universidad de Michigan, y posteriormente doctorado en Ciencias del Instituto Politécnico Nacional. En la Universidad de Michigan recibió su preparación en Micología bajo la dirección del subjefe del Departamento de Dermatología, el Dr. Richard Harrell, discípulo del eminente micólogo estadounidense Francis Norman Conant, PhD. En la Facultad de Medicina de la Universidad de Michigan, el Dr. Harrell desarrolló durante los decenios de 1950 y 1960 un excelente laboratorio para el diagnóstico, estudio e investigación en el área de la Micología.

El Dr. Oliverio Welsh terminó su especialidad en Dermatología en la misma Universidad de Michigan en 1969 y regresó a México donde se incorporó al cuerpo docente de la Facultad de Medicina y al Departamento de Dermatología. En ese entonces, el Dr. Rodríguez, siendo jefe del Departamento de Microbiología, en 1974 le abrió las puertas al Dr. Welsh para desarrollar en conjunto un laboratorio de Micología que se realizaría en el Departamento de Microbiología.

Desde entonces y trabajando en equipo los departamentos de Microbiología y Dermatología, y luego el de Inmunología, desarrollaron

---

**Esperanza Welsh Hernández.** Dermatóloga, Dermatología Cosmética y Dermatopatóloga por la Universidad de Miami. Especialista en cirugía de la piel, enfermedades del cabello y de las uñas y Dermatología Cosmética. Miembro del Consejo Mexicano de Dermatología. Hija del doctor Oliverio Welsh Lozano.



múltiples trabajos de investigación que resultaron en numerosas publicaciones en revistas nacionales e internacionales, maestrías y doctorados.

El Dr. Manuel Rodríguez fue un amigo muy querido de mi padre. Compartieron el gusto por la Micología y siendo académicos abrieron lazos de intercambio con universidades, en particular en Europa, con la Universidad de Hamburgo y el Instituto Pasteur de París. Recordaban con gusto que les abrieron el mausoleo de Louis Pasteur en París, algo que raramente sucedía.

Compartían el gusto por la investigación y el estudio. Eran buenos amigos y había aprecio mutuo. Juntos construyeron áreas de investigación importantes en la Universidad Autónoma de Nuevo León y dejaron un legado para las generaciones siguientes.

El Dr. Manuel Rodríguez en el Instituto Pasteur de París durante los años setenta.  
Foto: archivo personal del Dr. Rodríguez.

ANEXO FOTOGRÁFICO





Frente al Hospital Universitario probablemente a fines de los años cincuenta o principios de los sesenta.



Clase sobre *fagos* en la Facultad de Medicina.



En una exhibición  
en la facultad.  
Abajo, de pie, el  
Dr. Joaquín Ortiz,  
Biol. Efraín  
Montes; sentados  
de izquierda a  
derecha, maestra  
Alicia Suárez, Prof.  
José Vargas, Dr.  
Manuel Rodríguez  
y maestra Lydia  
Galarza Rocha,  
*circa 1968.*



## GALERIA FOTOGRÁFICA

LA GACETA ANTERIOR CON FECHA DE JUNIO DE 1980, PÚBLICO LA GALERIA FOTOGRÁFICA DEL CUERPO DOCENTE DE LOS DEPARTAMENTOS DE BIOQUÍMICA, EMBRIOLOGIA E HISTOLOGIA, Y AHORA CONTINUANDO CON ELLA, PRESENTAMOS LA GALERIA FOTOGRÁFICA DE LOS DEPARTAMENTOS DE MICROBIOLOGIA Y PARASITOLOGIA, DEPARTAMENTOS DE QUÍMICA Y QUÍMICA ANALITICA DE LA CARRERA DE L.C.B., MEDICINA PREVENTIVA, ANATOMIA Y FISIOLOGIA.

### MICROBIOLOGIA



MANUEL A. RODRÍGUEZ QUINTANILLA. Nació en Nuevo León, Tampico. Estudios Profesionales: Químico Farmacéutico Biólogo. Maestría en Ciencias. Dr. en Ciencias. Recibida: Junio de 1965. Docencia: Sept. de 1967.



LEYDA R. GALARGA ROCHA. Nació en Torreón. Estudios Profesionales: Químico Farmacéutico Biólogo. Recibida: 1958. Docencia: 1965.



M.R. ALICIA SUÁREZ JIMÉNEZ. Nació en Mérida. Estudios Profesionales: Químico Farmacéutico Biólogo. Maestría en Ciencias (Microbiología Médica). Recibida: 1963. Docencia: 1965.



RITA ELSA RODRÍGUEZ MARTÍNEZ. Nació en Ecatepec. Estudios Profesionales: Licenciatura en Ciencias (Microbiología Médica). Recibida: 1963. Docencia: 1965.



IRMA CONSUELO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ. Nació en Zapopan, Jalisco. Estudios Profesionales: Licenciatura en Ciencias (Microbiología Médica). Recibida: 1968. Docencia: 1968.



ALINA YOLANDA ARCE MENDOZA. Nació en Nuevo León. D. F. Estudios Profesionales: Laboratorista Clínico Biólogo. Recibida: 1968. Docencia: 1968.



IRMA ALICIA SALINAS GONZALEZ. Nació en Villa de Juárez, M. L. Estudios Profesionales: Laboratorista Clínico Biólogo. Recibida: 1971. Docencia: 1971.



JOSÉ W. BUSTOS ALDANA. Nació en Villa Guerrero, Ed. de México. Estudios Profesionales: Médico Cirujano, Medicina Tropical, y Parasitología. Recibido: 10 de abril 1963. Docencia: 1963.



ELBA GUADALUPE RODRÍGUEZ PÉREZ. Nació en Monterrey, N. L. Estudios Profesionales: Químico Biólogo. Recibida: 1974. Docencia: 1974.



JOSÉ GERARDO VILARDO CASTAÑOS. Nació en Monterrey, N. L. Estudios Profesionales: Médico Cirujano, Recibido: Marzo 1971. Docencia: 1971.

ANEXO FOTOGRÁFICO





PÁGINA OPUESTA.  
El Dr. Rodríguez y la  
LCB Diana Garza;  
abajo, con pasantes  
de la carrera de  
Química de la  
Universidad  
Labastida, a  
principios de los  
años sesenta.

Interior de los  
laboratorios de  
enseñanza en el  
primer piso del  
Departamento de  
Microbiología.  
Abajo, Ala sur-  
poniente de la  
Facultad de  
Medicina, dedicada  
al Departamento de  
Microbiología.

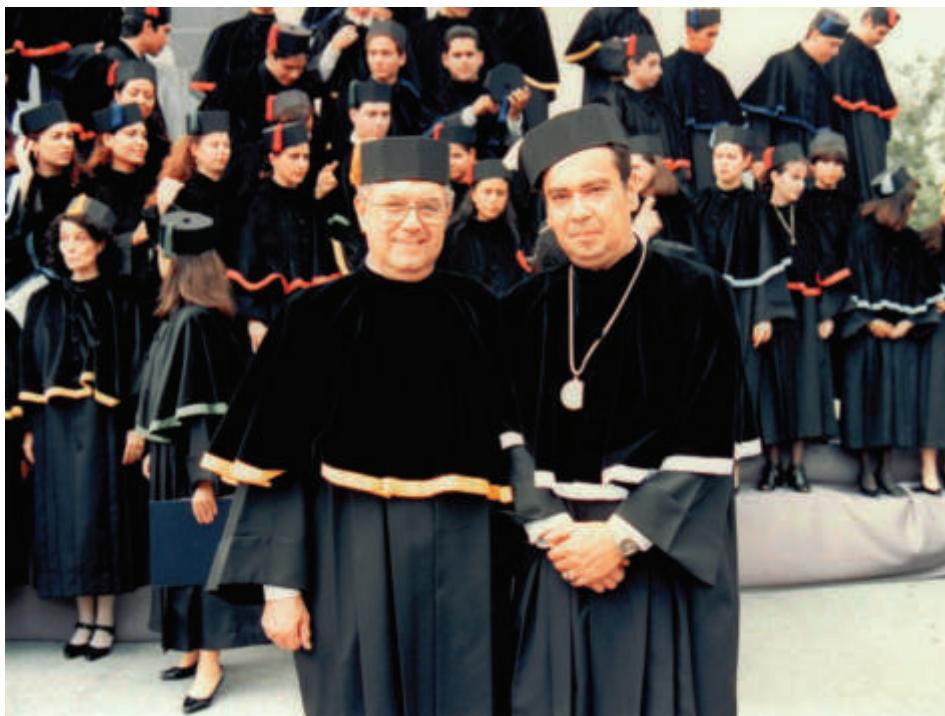


ANEXO FOTOGRÁFICO

En el Simposio de Enteropatógenos en la Facultad de Ciencias Biológicas de la UANL en los años noventa, con la maestra Alicia Suárez, el Dr. Javier Ramos y el Dr. José Santos García.

Abajo, con personal y profesores de la Facultad de Ciencias Biológicas, en torno del director en ese momento, maestro Juan Manuel Adame.





El Dr. Rodríguez y el Dr. Luis Galán Wong en una sesión solemne del Consejo Universitario.

Foto familiar en la Navidad del año 1995 en Nuevo Laredo. De izquierda a derecha, el Dr. Rodríguez, su esposa Alma, su hijo Eduardo, su nieta Natalia, su hija Alma, su yerno Ramiro Villarreal sosteniendo a su nieto Gerardo y su hijo Jaime. Su hijo Manuel no se encuentra en la fotografía.



# EPÍLOGO

Te vas a dar una divertida...!

Amanera de epílogo, pensamos que sería justo y oportuno concluir estos textos con una frase tan característica del doctor. Seguramente todos quienes le conocieron en persona la escucharon alguna vez de sus labios. Una frase que resume entusiasmo, optimismo, alegría de vivir y confianza de que el esfuerzo siempre vale la pena. Tal vez esto se podría complementar con otra frase suya que resume lo anterior: “tu ten fe”

Así fue para el Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla su vida: un ejercicio de valores, conocimiento, responsabilidad y fe. Esa fe que se vive y se lleva consigo todos los días y no se queda guardada para ocasiones especiales. “La paciencia trae rosas”, solía también decir ...y aquí de nuevo un simbolismo más de esa fe pues, como sabemos, la paciencia es el arte de saber que las cosas sucederán. Creemos que el doctor estaría contento con estas páginas, donde pudimos enterarnos cómo él se dio *una divertida bruta* en su vida terrenal, en donde compartió con todos nosotros las altas y las bajas, lo soleado y lo nublado, y que en el balance final dejó una obra y una huella indelebles. Tuvimos oportunidad de saber de su vida personal y universitaria, y de los colegas, amigos y discípulos que también tuvieron un lugar en estas páginas y fotografías, al igual que lo tuvieron en su vida.

Es pertinente aclarar, como a veces se piensa del recuento positivo de la vida de grandes hombres y mujeres, que este libro no es una hagiografía. Sólo trata sobre la vida de un ser humano: un recuento y anecdotario de



una existencia luminosa y coherente, y de la cual podemos sentirnos contentos, *divertidos* y agradecidos de haberla conocido. En páginas anteriores Ernst Kohn escribió que, aunque todos tenemos que morir algún día, unos mueren más que otros y eso es una gran verdad. En alguna parte del corazón y del cerebro de muchos de nosotros viven y vivirán imágenes, ideas, palabras, palíndromos y recuerdos, producto de la interacción, larga o corta, con Manuel Antonio Rodríguez Quintanilla. Ese es su magnífico legado viviente. Reconocemos y agradecemos a todos haber hecho este libro una realidad tangible al escribirlo y leerlo, y al doctor, a casi veinticinco años de su ausencia física, agradecemos de nuevo por haberlo inspirado en todos nosotros.

Los editores

# ÍNDICE

Introducción / **6**

Prefacio / Dr. Reyes Tamez Guerra / **8**

Semblanza del Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla: un ejemplo a seguir / **13**

ESCRITOS DEL DR. MANUEL A. RODRÍGUEZ QUINTANILLA / **23**

El centenario del descubrimiento del gérmen causal de la tuberculosis. En Homenaje a Robert Koch / **24**

Extraordinarios avances de la Microbiología / **38**

Hay que inspirar ideas vitales / **44**

TESTIMONIOS DE SUS AMIGOS, COLEGAS Y FAMILIARES / **47**

Dios y mi padre lo pusieron en mi camino / Rosaura Aldaco Rodríguez / **48**

Dios lo puso en mi destino / Alma Yolanda Arce Mendoza / **50**

Un señor en toda la extensión de la palabra / María de los Ángeles Castro Corona / **54**

Sentirse bien recibido / Jorge Castro Garza / **57**

...más que un amigo, ¡un hombre! / Alejandro Cruz Luna / **59**

Mi jefe: un caballero inteligente, sutil y firme / Marisela de la Peña Medrano / **65**

Pionero de la Microbiología en el Norte / Sergio Estrada Parra / **68**

En breve: un buen hombre / Amador Flores Aréchiga / **70**

Visión y liderazgo de un académico universitario / Luis Jesús Galán Wong / **72**

Un gran maestro, colega y amigo / José Santos García Alvarado / **75**

Un profesional de trato educado y cordial / Silvia Giono Cerezo / **79**

Creador de un lugar donde se forja día a día / Gloria María González González / **83**

Una trayectoria profesional y personal admirable / Santos Guzmán López / **85**

Enseñó a encarar el mundo con una sonrisa / Norma Laura Heredia Rojas / **88**

Confianza, sabiduría y calidez humana / Rosa María Hinojosa Robles / **92**

Muere menos quien deja huella / Ernst Köhn Behn / **94**

Dos bibliotecas / Carlos Eduardo Medina De la Garza / **97**

Una vida se mide a largo plazo / Javier Ramos Jiménez / **101**

Vive en mi memoria y corazón / Lydia Guadalupe Rivera Morales / **103**

Mi papá / Alma Rodríguez Garza / **105**

La herencia para mí y para todos a quienes tocó / Manuel Rodríguez Garza / **110**

Mi amigo Manuel / Raúl Romero Cabello / **115**

El maestro que inspiró mi formación científica / Mario César Salinas Carmona / **118**

Nada inconcluso y devolver con creces / Odilia Saucedo Cárdenas / **123**

Un maestro ejemplar / María Alicia Suárez Semour / **125**

Mi formación fue hecha por el Dr. Rodríguez / Ernesto Torres-López / **127**

Una amistad para siempre / José Gerardo Velasco Castañón / **131**

Vive en quienes influyó / Lucio Vera Cabrera / **134**

Unidos por la ciencia y la amistad / Oliverio Welsh Lozano / **136**

Colegas y amigos / Esperanza Welsh Hernández / **138**

ANEXO FOTOGRÁFICO / **140**

EPÍLOGO / Te vas a dar una divertida...! / **148**

*Maestro de Microbiología y de Vida: Dr. Manuel A. Rodríguez Quintanilla* se terminó de imprimir en los talleres de la Imprenta Universitaria. En su formación se utilizaron las fuentes tipográficas Garamond y Trebuchet MS. El cuidado de la edición estuvo a cargo de los editores. Diseño interior y de portada de Alejandro Derbez García.

**Investigador nato, maestro ejemplar que dejó huella en muchas generaciones de alumnos, apasionado del maravilloso mundo de la Microbiología, pero sobre todo un universitario de gran calidad humana, amable y sencillo, el doctor Manuel A. Rodríguez Quintanilla es recordado a través de las páginas de este libro en las voces de amigos, colegas y familiares, quienes dan testimonio de su ejemplar vivir y de su formidable trascendencia a más de veinte años de su partida.**



**La lira de mnemosine**  
Centro de Documentación y Archivo Histórico de la UANL

